

JACOBIN

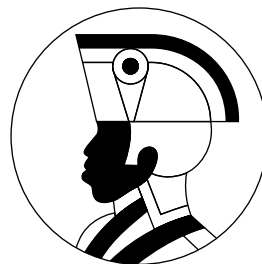


**¿DÓNDE ESTÁ
LENIN?**

Se suele decir que «el germen del estalinismo estaba en el bolchevismo desde sus inicios». Pues bien, no tengo nada que objetar. Solo que el bolchevismo contenía también muchos otros gérmenes, montones de otros gérmenes, y quienes vivieron el entusiasmo de los comienzos de la primera revolución socialista victoriosa no deberían olvidarlo. Juzgar al hombre vivo por los gérmenes que la autopsia revela en su cadáver —y que puede haber llevado consigo desde su nacimiento—, ¿es algo realmente sensato?

— Victor Serge,
From Lenin to Stalin, 1937.

colectivo



EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

COORDINADORA DE REDACCIÓN

Florencia Oroz

EDITOR INTERNACIONAL

Nicolas Allen

EDITOR ASISTENTE

Pedro Perucca

COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva
Martín Arboleda
Luis Bonilla
Luciana Cadahia
Anahí Durand Guevara
Franck Gaudichaud
Hilary Goodfriend
Emilio Tellez Contreras
Karina Nohales
Adrián Piva
Rolando Prats
Thea Riofrancos
Sabrina Rosas

DIRECCIÓN GRÁFICA

Y MAQUETACIÓN

Diego Fernández
Carolina Ocampo

TIPOGRAFÍAS

Antwerp (Henrik Kubel)
Hurme (Toni Hurme)

DISEÑO WEB

Sergio Dobkevicius

CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui
Verónica Gago
Álvaro García Linera
Claudio Katz
Claudia Korol
Michael Löwy
Massimo Modonesi
María Emilia Tijoux

PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

DISTRIBUYE



siglo veintiuno
editores

*
Esta revista se imprimió
con el apoyo de
Mecenazgo, el programa
de financiamiento del
Ministerio de Cultura
del Gobierno de la Ciudad
de Buenos Aires.

Jacobin es una voz destacada
de la izquierda radical
en el mundo que ofrece
un punto de vista socialista
sobre la política, la economía
y la cultura. La revista impresa
se publica semestralmente.

SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 5000
(digital solidaria)
ARS 7500
(digital estándar)
ARS 7900
(impresa y digital solidaria)
ARS 12000
(impresa y digital estándar)
USD 19
(digital solidaria)
USD 36
(digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,
C1019ABA, Argentina
jacobinlat.com
redaccion@jacobinlat.com

©2022 Jacobin América Latina
ISSN: 2718- 6466
Diciembre 2023

Se imprimió
en Latingráfica
en noviembre 2023

escriben

ARTE DE TAPA
Brenda Greco

Bruno Bauer, pseudónimo de Alejandro Galliano, es historiador y docente de la Universidad de Buenos Aires. Su último libro se titula *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de las ideas de izquierda para pensar el futuro* (Siglo XXI, 2020).

Liza Featherstone es columnista en *Jacobin*, periodista y autora de *Selling Woman Short: The Landmark Battle for Workers' Rights at Wal-Mart*.

Eileen Jones es crítica de cine, columnista en *Jacobin* y autora de *Filmsuck, USA*.

Connor Kilpatrick es editor de reportajes en *Jacobin Magazine*.

Paul Le Blanc es un historiador y militante socialista estadounidense. Profesor de la Universidad La Roche de Pittsburgh, es autor de numerosos libros, entre ellos *Unfinished Leninism: The Rise and Return of a Revolutionary Doctrine* (Haymarket, 2014), *From Marx to Gramsci* (Humanities Press, 1996) y *Leon Trotsky: Writings From Exile* (Get Political, 2012). Su trabajo de investigación se especializa en Rosa Luxemburg y León Trotsky.

Lars T. Lih estudió filosofía y ciencias políticas en las universidades de Yale, Oxford y Princeton. Actualmente enseña en la universidad McGill de Montreal, Quebec. Entre sus libros se cuentan *Bread and Authority in Russia, 1914–1921* (University of California Press, 1990) y *Lenin Rediscovered: What is to be Done? in Context* (Haymarket, 2005).

Søren Mau es un filósofo e investigador postdoctoral residente en Copenhague, Dinamarca. Es autor de *Mute Compulsion: A Marxist Theory of the Economic Power of Capital* (Verso, 2023).

China Miéville es un escritor y profesor británico. Es autor de *Octubre* (Akal, 2017), *La ciudad y la ciudad* (Macmillan, 2009) y otros libros de ficción y no ficción.

Martín Mosquera es editor principal de *Revista Jacobin*.

Florencia Oroz es coordinadora de redacción de *Revista Jacobin*.

Pedro Peruca es editor asistente de *Revista Jacobin*.

Víctor Piemonte es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, especialista en historia de Rusia.

Ed Rooksby (1975-2021) fue un investigador y escritor socialista, profesor de la Universidad de York.

Massimo L. Salvadori es un historiador, docente universitario y político italiano. Entre sus numerosos libros se cuenta *Kautsky e la rivoluzione socialista, 1880-1938* (Feltrinelli, 1976).

Jorge Sanmartino es sociólogo e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Universidad de Buenos Aires.

Adaner Usmani es profesor adjunto de Sociología y Estudios Sociales en la Universidad de Harvard y miembro del consejo editorial de *Catalyst*.

John S. Will es investigador asociado en el Instituto Leibniz de Historia y Cultura Judías - Simon Dubnow y miembro del consejo editorial de *Emanzipation. Zeitschrift für ökosozialistische Strategien*.

18

TRAS LAS HUELLAS
DE LA POLÍTICA

JORGE OROVITZ SANMARTINO

48

LOS HILOS INVISIBLES
DEL CAPITALISMO

SØREN MAU

72

EL ESTADO
Y LA CONFUSIÓN

ED ROOKSBY

F

DE FRENTE

10
GAMBITO
DE REY
**¿Dónde
está Lenin?**

FLORENCIA OROZ

12
FUEGO AMIGO
**En redes andan
diciendo**

13
LÍNEAS DE
SUMINISTRO
**Los nuevos
comunistas**

ADANER USMANI
Y CONNOR KILPATRICK

A

LAS ARMAS DE LA CRÍTICA

30
MISERIA
DE LA TEORÍA
**¿Es todavía
posible otra
interpretación
de Octubre?**

MARTIN MOSQUERA

36
DESIGUAL
Y COMBINADO
**El fantasma de
Lenin en
América Latina**

VICTOR PIEMONTE

42
VUELTA A
LAS FUENTES
**Kollontai
y Lenin: por
un consumismo
que libere
a las mujeres**

LIZA FEATHERSTONE

C

CAPITAL CULTURAL

56
PUNTO
DE FUGA
**Diecisiete
películas
soviéticas**

EILEEN JONES

63
CARNE
DE CAÑÓN
**Un soñador
en el Kremlin**

PEDRO PERUCCA

68
TELÉFONO
ROJO
**De regreso
a Octubre**

CHINA MIÉVILLE

G

LA GUILLOTINA

84
GIRONDINS
**De camarada
a oponente**

JOHN S. WILL

89
GIRONDINS
**¿El «renegado»
Kautsky?**

MASSIMO SALVADORI

E

EXCEDENTE

100
BASURERO
DE LA HISTORIA
**Dos concepciones
del bolchevismo
de 1917**

LARS T. LIH

110
BASURERO
DE LA HISTORIA
**Lenin: historia
y revolución**

PAUL LE BLANC

el nuevo libro de
NANCY FRASER

NANCY FRASER
CAPITALISMO
CANÍBAL

¡2^a
edición!

Qué hacer con este sistema
que devora la democracia y el planeta,
y hasta pone en peligro su propia existencia



de frente

TODO EL PODER A LOS SOVIETS

¿Dónde está Lenin?

Este 2024, el 21 de enero, más precisamente, se cumplen 100 años de la muerte de Vladímir Ilich Uliánov, «Lenin» para los amigos. Si existen personas que cambiaron el rumbo de la historia, definitivamente Lenin fue una de ellas. Difícil sería subestimar la importancia de sus reflexiones y su quehacer político, no solo para el devenir de aquel evento deslumbrante y bisagra que fue la Revolución Rusa, sino para el pensamiento de izquierda en todo el mundo. Su influencia se hace presente hasta nuestros días, un siglo después de su desaparición física, y las polémicas que lo involucraron siguen tan encendidas como si hubieran sucedido, si no ayer, al menos hace pocos años (definitivamente no cien).

¿Qué hace a Lenin tan resistente, tan permanentemente actual, tan inmune a la tenaz atracción del basurero de la Historia? Contra los intentos siempre recurrentes de despolitizar el marxismo, de convertirlo en una teoría simpática pero sin anclaje concreto, Lenin se alza como un escudo resistente y poderoso. El leninismo aporta al marxismo el análisis del Estado y de la revolución, de las vías concretas por las que puede discurrir la destrucción del capitalismo y su reemplazo por un sistema social más justo, de los modos en que las masas explotadas podemos organizarnos... y precisamente por ello resulta imprescindible.

El pensamiento leninista, como ha destacado Jodi Dean, tiene una dimensión de principios y una de táctica. El principio es la necesidad de control de la clase trabajadora sobre la sociedad, la producción y la reproducción. La táctica no es otra cosa que la mejor forma de alcanzar ese principio en cada contexto histórico y social particular. Así es que debemos ser escépticos de cualquiera que advierta contra la actualidad de Lenin. Particularmente, debemos ejercitar nuestra capacidad para diferenciar entre aquellas posturas que abogan sinceramente por una actualización de la teoría socialista y aquellas otras que, bajo el pretexto de perseguir un necesario «reajuste» de reflexiones ya centenarias, en realidad solo pretenden avanzar contra la organización de las masas explotadas y contra el análisis concreto de las situaciones concretas.

Porque si hay algo que no podemos endilgarle a Lenin es la etiqueta de dogmático (una cualidad que lo distingue de muchas de las organizaciones que pretenden seguir su legado). Más bien, todo lo contrario. El derrotero de sus reflexiones es muestra de su capacidad para volver sobre sus propios pasos, para barajar y dar de nuevo; simboliza el equilibrio justo entre la convicción sobre las propias ideas y el desapego respecto de supuestos anteriores cuando estos se muestran inútiles ante una nueva situación. Si Lenin se hubiera mostrado inmovible respecto de la coyuntura que lo rodeaba, si se hubiese mantenido obcecadamente inalterable en sus propias formulaciones y no se hubiera permitido el giro de sus *Tesis de abril* —cristalizado más tarde en *El Estado y la revolución*—, la toma del poder en Rusia en octubre, casi con toda seguridad, no se habría producido.

Y aquel es un legado inestimable. Los revolucionarios rusos, con Lenin a la cabeza, demostraron a las clases explotadas del mundo que la revolución socialista —más allá de sus errores, de su degeneración y su posterior fracaso— era posible. Entiéndase bien esto: que

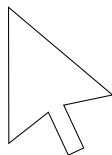
haya sido posible, que efectivamente haya ocurrido, abrió la posibilidad para que generación tras generación de socialistas pudiésemos discutir sobre qué cosas corregir, cuáles evitar, cuáles recuperar de algo que *efectivamente sucedió*, y dejar de elucubrar sobre la *posibilidad* o no de que *alguna vez* suceda. En ese sentido, la Revolución Rusa fue una caja de Pandora para el capitalismo contemporáneo: liberó todos los males que aún hoy continúan quitándole el sueño al poder burgués.

A un siglo de aquellos sucesos, sin embargo, cabe preguntarse dónde está Lenin hoy. Una respuesta leninista a este interrogante sin dudas descartará cualquier intento por querer encontrar en su obra «recetas para las cocinas del futuro». Intentar rastrear en el pensamiento leninista un análisis sistemático de la manera en que las masas trabajadoras de Rusia dieron a luz aquella enorme experiencia que fue la soviética para procurar recrearla en el presente es un ejercicio vano. No solo sería una forma de proceder desaconsejada por el mismo Lenin —que se inclinaría por partir del análisis concreto de la situación concreta («el alma viva del marxismo»)—, sino que además ni siquiera él sería capaz de darnos una respuesta definitiva a la cuestión. Si bien buena parte del marxismo del siglo XX se apropió del pensamiento leninista como una suerte de parche que venía a llenar el vacío dejado por Marx y Engels respecto del eterno problema de convertir a la clase obrera en un sujeto político dotado de unidad y conciencia, lo cierto es que Lenin no ofrece una sino un conjunto de respuestas a la cuestión de la relación masas-vanguardia.

En las últimas décadas, la postura de la izquierda revolucionaria pivotó entre las tesis que postulan la necesidad de cierta ruptura o superación del leninismo y aquellas que demandan un urgente «retorno a Lenin». Pero volver a Lenin, si lo leímos con atención, no implica nada parecido a una aplicación acrítica de postulados pensados para una coyuntura que ya no existe. Lo importante no pasa entonces por dilucidar cuál es la respuesta *correcta* —como si existiera una solución de carácter universal— sino por desentrañar los engranajes que conectaron cada una de aquellas opciones a la coyuntura política particular y a la correlación de fuerzas específica de cada momento histórico. Es allí donde reside el legado más fértil del pensamiento leninista.

Volver a Lenin, en definitiva, no debería involucrar para la izquierda de nuestro tiempo tanto un ejercicio de recuperación o de retorno, sino de elaboración autónoma, de creación heroica. ✕

**Este 2024 se cumple un siglo
de la muerte de Lenin. A pesar de las distancias,
reencontrarnos hoy con el pensamiento
leninista es una tarea tan imprescindible como
siempre para cualquiera que quiera dar
la batalla por un mundo más justo.**



Monsters Inc.

Y los monstruos del socialismo son los Umpa Lumpas, Jabba the Hutt, Darth Vader y Cruella de Vil.

— Monica Saenz
(Ciudad de México)

Genocidio progresivo

Fue un gran avance para la humanidad la conquista de america, fue la base del capitalismo, substrajo al continente de regimenes canibales opresivos y estancados en la edad de bronce e integro a millones de seres humanos al mercado mundial, la civilizacion avanzo con el imperio español.

— Lu Edu (Quilmes, Argentina)

Un mensaje desde las estrellas

Se equivocan; la derecha va en descenso.

— Esteban Manuel Iglesias Casas (Ciudad de México)

Nos descubrieron

Repugnante. Pero así son los socialdemócratas de esta revista.

— Aaron Ruby (San Francisco, Estados Unidos)

En redes andan diciendo

/tɪoʊl/, /tɪɑl/: En la mitología escandinava, ser maligno que habita en bosques o grutas.
En internet...

El pueblo elegido

Siempre son los alemanes los que encabezan las transformaciones sociales: Lutero, Engels. etc!

— Janos Abkarovits (Sin datos)

Se llama texto

Qué revoltijo de palabras.

— Luisito Zambrano (Maturín, Venezuela)

Oligarquía jacobina

Este perfil (Jacobin) intenta justificar a las oligarquías que siempre han querido anular al Estado.

— Esteban Manuel Iglesias Casas (Ciudad de México)

Cállese y tome mi dinero

La facción psicoactiva de la Escuela de Frankfurt...

— Juan Pablo Garcia Vallejo (Texcoco, México)

Metafísica

Qué es el alma del arte, y cómo se succiona?

— Guille Rmo (Sin datos)

Credencial en trámite

Jacobin ya se unió a la derecha?

— Crescencia Martínez (Ciudad de México)

Los nuevos comunistas

Nada llama más la atención que el contraste de dorado sobre rojo. Y en la gran guerra del siglo XX, la combinación de colores estuvo a ambos lados de la línea divisoria: la hoz y el martillo soviéticos y los arcos dorados de McDonald's. En su apogeo, alguna variante de la bandera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ondeaba en el 20% de la superficie habitable de la Tierra. Pero mientras que hoy McDonald's se ha extendido a más de 120 países, solo tres de los cuatro partidos comunistas gobernantes que quedan enarbolan la hoz y el martillo, símbolos que tampoco aparecen en las banderas de las cinco naciones que aún reivindican el marxismo-leninismo. Alguna vez imagen de la lucha por un mundo mejor, hoy la hoz y el martillo representan poco más que la esclerosis del partido único.

Pero ese ícono se forjó en el tipo de experiencia popular que le resultó esquiva durante décadas. En 1918, los bolcheviques buscaban una nueva bandera para su joven Estado,

sabiendo que tenían que comunicar la importancia de su logro: el primer Estado obrero de la historia. Así como la bandera tricolor de la Revolución Francesa marcó la pauta para las repúblicas del siglo XIX, creían que la iconografía soviética debía marcar la pauta para los Estados proletarios venideros.

Por ello Lenin y el comisario de educación Anatoly Lunacharsky convocaron a un concurso de diseño, esperando recibir propuestas de toda la república. La imagen ganadora tomaba prestada la imaginaria

industrial (el martillo), tan celebrada en los partidos obreros y socialdemócratas británicos, franceses y alemanes, pero con la hoz hacía una importante concesión a las tres cuartas partes de la población rusa que seguía siendo campesina. Al fin y al cabo, los bolcheviques eran socialdemócratas europeos, pero su genialidad residía en su disposición a adaptar su doctrina a la experiencia, a amoldar el marxismo europeo a la Rusia zarista. En otras palabras, hicieron ajustes al modelo en un país



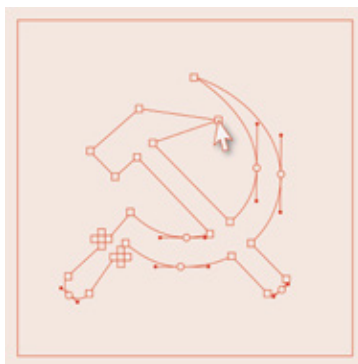


que no encajaba perfectamente con su forma de entender el mundo.

Hoy, cien años después, el mundo ha cambiado. Las tareas políticas actuales no se parecen en nada a las que tuvieron que afrontar los bolcheviques en 1918. Al menos en Occidente, la cuestión agraria ha sido resuelta por el capitalismo. Los bolcheviques heredaron una Europa convulsionada por una guerra interimperial asesina; mientras que nosotros vivimos en el período más pacífico de la historia.

El movimiento sindical que sostenía tanto a los partidos socialdemócratas como a los comunistas occidentales prácticamente ha desaparecido e incluso los martillos han empezado a parecer tan anticuados como las hoces. Sin embargo, en la izquierda socialista apenas hemos roto nuestros lazos con el ejemplo soviético. Destacados académicos convocan conferencias para debatir «la idea del comunismo», publican libros sobre «el resurgimiento de la idea comunista» o terminan sus historias de octubre de 1917 con un llamamiento a seguir intentándolo.

No debemos olvidar que la mayoría de nosotros vivimos en sociedades capitalistas avanzadas gobernadas por Estados robustos y amplios. Pero en 1917 el régimen zarista había perdido dos millones de hombres en la guerra, mientras que el resto regresó a un país menos desarrollado que Angola, Bangladesh o el Irak de posguerra de hoy. No importa cuántos estudiantes de primer año acudan a tu habitual proyección de la película *Octubre*, hoy la probabilidad de una revolución semejante es infinitesimalmente pequeña. Y, sin embargo, la forma más aguda de



poner en la picota a un izquierdista sigue siendo llamarlo «reformista».

¿Cómo hemos llegado a esto? Observar que el comunismo está obsoleto no significa que nunca haya marchado bien. Tanto Francia como Italia tuvieron prósperos y poderosos partidos comunistas con bases sociales obreras hasta la década de 1980. La afiliación al partido italiano alcanzó un máximo de más de dos millones de personas en 1947 y obtuvo su mayor porcentaje de votos (34,4%) en 1976. Para los europeos que vivieron las pesadillas del fascismo, la hoz y el martillo representaban una resistencia organizada y eficaz. Y poco después de la guerra, tras el descrédito de sus clases capitalistas por su apoyo explícito o tácito al fascismo, esos martillos y esas hoces fueron enarbolados por partidos obreros de masas que pasaron las décadas siguientes consiguiendo reformas radicales. En sus luchas contra la patronal, aquellos sindicalistas vieron la misma noble causa del antifascismo.

Ejemplos como estos abundan también en otros lugares. En Sudáfrica, la hoz y el martillo flameó a la cabeza de una lucha de décadas contra otro poder reaccionario y racista. En Brasil, el Partido Comunista es el partido político más antiguo en actividad, una organización que forjó su legitimidad en la lucha contra un

régimen que tomó el poder tras el golpe de Estado de 1964. En algunas zonas de la India, el Partido Comunista de la India (marxista) debilitó a una élite terrateniente venal y consiguió logros muy apreciados por los trabajadores y los campesinos.

Pero hoy el Partido Comunista Italiano ya no existe. Un ala se ha convertido en el Partido Democrático, inspirado en Tony Blair, y la otra en el Partido de la Refundación Comunista, que no puede presumir de tener más de 16.000 miembros. En Francia, un Partido Comunista (ahora con menos de 43.000 miembros) fue un socio menor de la coalición que respaldó a Jean-Luc Mélenchon, candidato que consiguió el mayor porcentaje de votos para un candidato de la izquierda radical en Francia desde 1969. Pero el logro se concretó bajo su propia bandera: la de La France Insoumise, una formación populista de izquierdas a la que poco le servía la iconografía soviética. Para entonces, incluso los propios comunistas franceses habían retirado la hoz y el martillo de sus carnets de afiliación.

En Sudáfrica, el Partido Comunista sudafricano es un apéndice del Congreso Nacional Africano en el poder, una coalición que hizo poco por transformar las realidades que hoy hacen de Sudáfrica la nación más desigual del planeta. El Partido Comunista de Brasil es impotente: en la cámara baja del Congreso Nacional solo tiene 8 de los 513 escaños. En India, el PCI-M no es hoy mucho más que una máquina de clientelismo regional.

En efecto, solo quedan en pie dos tipos de Partidos Comunistas: los partidos de la atrofia (que pueden presumir de tener muchos afiliados pero que tienen poco que ofrecer a

sus simpatizantes) y los partidos de la marginalidad (que han perdido por completo cualquier conexión sustancial con los trabajadores, si es que alguna vez la tuvieron).

En cierto modo, esto refleja las dos tendencias del comunismo de preguerra. Por un lado, el sectarismo extremo del Tercer Periodo (de finales de los años 20 a principios de los 30), en el que la Comintern apuntó contra los partidos socialistas. Por otro, el peor acomodacionismo del Frente Popular y los años de guerra. En ese momento, el Partido comunista estadounidense, por ejemplo, apoyó las promesas de no huelga, aclamó acríticamente el New Deal de Roosevelt e incluso se disolvió brevemente en 1944. El PC de los Estados Unidos llegó incluso a denunciar a A. Philip Randolph por amenazar con la primera Marcha sobre Washington en 1941, en un intento de eliminar la segregación en las industrias de guerra, todo un cambio para un partido que había exigido la «autodeterminación del Cinturón Negro» tan solo unos años antes. Pero estos dos extremos —marginalismo ultraizquierdista o conformismo desvirtuado— solo destacan el profundo malestar del comunismo.

De hecho, el problema va mucho más allá de los partidos que nunca rompieron con Moscú: afecta a cualquiera que insista en mirar el mundo a través de los ojos de Octubre. La historia contrafáctica se ha convertido en materia de debates sectarios e interminables para la izquierda socialista: «Si tan solo Alemania hubiera ido por el buen camino, si Lenin hubiera vivido más tiempo, si Stalin hubiera sido aislado, sí, sí...». Esta mirada es capaz de encontrar al Octubre bolchevique en casi cualquier



instancia de revuelta de masas (desde Alemania en 1918-20 hasta Egipto en 2011, pasando por Francia en 1968 y cualquier otro evento entre estas fechas), finalmente convertidas en meros «ensayos revolucionarios» por obra de burócratas conniventes o cuadros ingenuos.

En lugar de ver a la Revolución Rusa como una trágica historia de elecciones imposibles en las peores condiciones imaginables, fantaseamos con una época en la que los Estados podrían ser desmantelados y reconstruidos desde los cimientos por la voluntad revolucionaria. Una época en la que pequeños grupos de activistas e intelectuales disciplinados podrían rehacer el mundo: «La próxima vez estaremos preparados ¡y nos aseguraremos de tomar las decisiones *correctas!*».

Tanto si el comunismo del siglo XX estaba destinado al fracaso como si no, ahora vivimos en una nueva era. La cuestión del socialismo en el siglo XX fue inevitablemente la de la Revolución Rusa. Hoy es un problema que interesa a los historiadores profesionales y a la izquierda radical. Las clases trabajadoras del mundo han avanzado. Y, sin embargo, la izquierda sigue abrazada a la obsesión soviética como un cazador de vampiros al ajo. El problema es que el ajo no solo repele a los monstruos, también te hace apestar.

En el peor de los casos, en la multitud el aislamiento puede presentarse más como prueba de virtud revolucionaria que de calamidad política. En muchos países la política de «¡Sí a la revolución! ¡Buu a la reforma!» condujo a una carrera armamentística retórica en la que las posiciones más virtuosas y maximalistas son las más progresistas. El hecho de que estas posiciones no solo estén desvinculadas de una base social de masas sino también de cualquier estrategia política plausible se convierte en una prueba más de su pureza: «¡Intenta cooptar esto, menchevique!». Estos son síntomas de una izquierda que mira hacia dentro en busca de validación, de una izquierda con un plan de batalla y muchos generales pero sin ejército.

Más allá de lo que digan los liberales, lo que atormenta a la izquierda socialista hoy en día no es la incapacidad de expiar los cadáveres del comunismo sino nuestra incapacidad para superar estos sueños de ruptura apocalíptica, las fantasías de mundos nuevos e insondables que de alguna manera surgirán libres de los cascarones del pasado. Las lecciones de la derechización socialdemócrata se han internalizado hasta la parálisis.

Como señaló Ralph Miliband al final de su vida, los partidos comunistas de Europa Occidental también eran partidos de reformas que se diferenciaban de los socialdemócratas «por sus programas de reforma más nítidos y radicales y por su disposición a recurrir a la agitación y la acción extraparlamentarias». La verdad incómoda tanto para los liberales como para los revolucionarios acérrimos es que siempre y dondequiera que los

→



partidos comunistas occidentales fueron más fuertes fue porque eran los *reformistas* más eficaces, no los más revolucionarios. Ganaron cuando superaron a los socialdemócratas en sus propios objetivos declarados. No fueron los sueños ilusorios sino las victorias materiales cotidianas las que llevaron a 1,5 millones de personas a asistir al funeral del líder del Partido Comunista Italiano Enrico Berlinguer en 1984. La otra cara de la moneda es que en el periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial el comunismo europeo fue débil e ineficaz (con la clara excepción del Partido Comunista Francés durante el Frente Popular y del Español durante la Guerra Civil).

El fenómeno de Bernie Sanders debió haber sido un llamado de atención para gran parte del mundo de la izquierda: incluso Estados Unidos está preparado para una política de la clase trabajadora y hasta para la palabra con s, siempre que hablemos de ella en términos cotidianos y tangibles. Y, sin embargo, siete años después del final de la primera campaña presidencial de Bernie, gran parte de la izquierda radical sacó la lección opuesta de la experiencia de 2016. Nos hemos ido adentrando en terrenos cada vez más salvajes, moviendo las metas mucho más allá de lo que la mayoría de los socialistas o comunistas del siglo pasado creían posible o incluso deseable.

Por supuesto, los horizontes no tienen nada de malo: los necesitamos. Pero el reto básico de la política de izquierdas es entrenar nuestros ojos en horizontes que otros puedan ver. La socialdemocracia no fracasó por cambiar el utopismo por la reforma sino porque renunció por completo a los horizontes y empezó a mirar hacia adentro, hacia sus

propios partidos y parlamentarios. La izquierda radical es diferente en su retórica, pero en su práctica el error es similar: la victoria se define como aquello que conmueve a los convencidos. El ultraizquierdismo y el reformismo están unidos por su desprecio hacia la acción de masas.

Si hemos de aprender algo de Octubre, que no sea de un grupo de lectura sobre Kronstadt. Como dijo Lukács, el genio de Lenin fue exigir «el análisis concreto de la situación concreta». Hoy, el Lenin relevante no es el Lenin revolucionario infatigable sino el Lenin estratega disruptivo, el hombre que en 1920 reprendió a los comunistas planteando una política «para *convencer* a los elementos rezagados, para trabajar *entre* ellos, y no para *aislarse de ellos* con consignas artificiales e ‘infantilmente izquierdistas’».

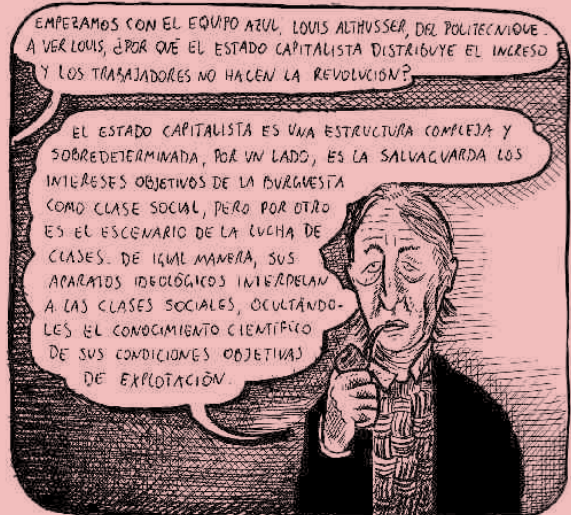
Cabe preguntarse qué pensaría un hombre así de la obsesión de los socialistas durante un siglo por la revolución que él ayudó a hacer. Cuatro años antes de asaltar el Palacio de Invierno, Lenin se lamentaba por la triste situación de Rusia. Y eligió un ejemplo peculiar para poner de relieve el atraso de su propio país: la Biblioteca Pública de Nueva York. En ella, Lenin vio un ejemplo tangible y realizable de lo que una sociedad moderna y democrática podía ofrecer, no una vaga promesa de un mundo mejor para después del desastre:

Allí se preocupan de que hasta los niños puedan utilizar las ricas colecciones, de que los lectores puedan leer en su casa los libros de propiedad pública; consideran como orgullo y gloria de una biblioteca pública, no el número de ejemplares raros

que contenga, el número de ediciones del siglo XVI o de manuscritos del siglo X, sino la amplitud con que se distribuyen los libros entre el pueblo, la rapidez con que se satisface la demanda de cualquier libro, el número de nuevos lectores incorporados, el número de libros entregados para leer a domicilio, el número de niños atraídos a la lectura y a la utilización de la biblioteca (...). Así se hacen las cosas en Nueva York. ¿Y en Rusia?

Es tiempo de que dejemos de preocuparnos por viejas respuestas a viejos interrogantes y empecemos a preocuparnos por las preguntas que se hace la gente trabajadora de nuestro tiempo. Para los bolcheviques, eso significaba «Paz, tierra y pan». Para nosotros, las respuestas serán diferentes. «Acceso universal a la salud» es un buen comienzo. También lo es «Reducción de la jornada laboral». Cada una de ellas ataca el núcleo del sueño socialista: una distribución radicalmente más equitativa del trabajo, la riqueza y el ocio. Son horizontes que todo el mundo puede ver y que la mayoría desea desesperadamente alcanzar.

Pero sean cuales sean las respuestas, encontrarlas es la única esperanza que tenemos de ganar. Todo militante revolucionario debe plantar un pie firmemente en el mundo tal y como es y el otro en el mundo tal y como sabe que podría ser algún día. En este nuevo siglo, a diferencia de los años 80 y 90 del pasado, está claro que decenas de millones de personas están decididas a cambiar el mundo. Cualquiera puede verlo. Cualquiera puede sentirlo. Cualquiera, es decir, todo aquel que no esté en busca de Octubre. ✕





J O R G E O R O V I T



T

TRAS LAS HUELLAS DE LA POLÍTICA

Z S A N M A R T I N O



Si el movimiento socialista aspira a transformar sus ideas en fuerza material, debe ser parte de los grandes movimientos populares, empalmar con el «buen sentido» de las resistencias en curso y fusionar su programa con el ideario de los movimientos reales.

ILUSTRA BELÉN VALVERDE

La figura de Lenin hoy vacila entre el olvido, la ira o la burla. Para quienes se inspiran en las ideas liberales y conservadoras, es parte de la colección de líderes fracasados a los que la historia ha pasado por encima. Para muchos movimientos sociales nacidos desde mayo de 1968 representa una combinación de estatismo peligroso y socialismo autoritario. El leninismo solo anida en las sectas revolucionarias inmovibles, inspiradas por el centralismo del *¿Qué hacer?*, las 21 condiciones de la Tercera Internacional o la unanimidad disfrazada de programa.

Ni siquiera los intelectuales radicales que reivindican el comunismo como arma filosófica osan volver sobre los pasos de Lenin (con la esnob excepción de Slavoj Žižek, que acude a su figura para reivindicar honorablemente la afirmación pura de la política). En la soledad de la insistencia militante queda Daniel Bensaïd, quien regresó a Lenin luchando con sus propios demonios, recuperándolo como punto de apoyo de nuevas organizaciones políticas anticapitalistas con ambiciones populares.

Para el comunismo indoloro del autonomismo, o el socialismo sin socialismo que la democracia moderna produce a cada paso, Lenin es un estorbo, una incomodidad, un vacío. Porque mientras la política, como el mar embravecido, nos devuelva a la orilla conceptos como los de estrategia, hegemonía o alianzas, nos arroja nuevamente al lenguaje político inaugurado por Lenin y su partido. Y esto con especial resonancia en nuestra América Latina, en donde desde la inauguración del primer ciclo antineoliberal en los años 2000, el idioma de la transformación social no puede prescindir del «momento de escisión» leninista. Mientras que en otras latitudes suena como una partitura antigua ya extinguida, aquí se la recicla a cada paso en nuevas melodías.

Ahora bien, ¿qué Lenin debemos resaltar? ¿Qué costado, qué momento de la historia bolchevique precisamos destacar? ¿El que supo aprender de las masas en los soviets, el de la intransigencia en los fines perseguidos y la flexibilidad táctica y organizativa, el de la astucia y perspicacia en los momentos críticos de la toma del poder? ¿El Lenin libertario de *El Estado y la revolución*, el que denuncia las tendencias a la burocratización del partido al final de su vida o, por el contrario, aquel que desprecia durante meses los soviets de 1905, el de las expulsiones del extremismo bolchevique de 1910, el que avala la separación de líderes alemanes o italianos en la

Internacional Comunista y prohíbe las fracciones y los grupos en los terribles y excepcionales días de 1921? ¿El democrático y pluralista revolucionario o el monolítico y autoritario conspirador?

La recuperación histórica está plagada de disputas teóricas y políticas por su legado. Aquí, en particular, me interesa recuperar al revolucionario que no se ata a ninguna fórmula universal, fuera del tiempo y del lugar, ni cae en el normativismo abstracto, sino que persigue sus fines mediante el análisis concreto de la situación concreta y utiliza para ello las herramientas y las materias primas que tiene a disposición. Al creador heterodoxo que piensa con su propia cabeza y destroza todo lo establecido si es necesario, abandonando a su suerte a los «monasterios socialistas».

EL ARTE DE PRODUCIR LO IMPREVISIBLE

Pero recuperar a este Lenin, su acción, su obra práctica, requiere de una delimitación clara y una superación de proyectos y concepciones arraigadas; en definitiva, requiere revisar toda una tradición. En particular aquella que entiende al partido como grupo de especialistas profesionales colocados «por fuera» del movimiento de masas real, unido por una completa coherencia de doctrina, homogéneo en sus procedimientos, absolutamente centralizado en sus acciones, que procede de manera conspirativa y que se ha venido arrogando la propiedad indiscutida de los intereses históricos de la clase trabajadora.

¿Qué es el partido de Lenin (tan poco popular, tan censurado y de tan poca fortuna)? ¿Un grupo humano sin fisuras, un cuerpo compacto y homogéneo en su ideología, sus tácticas, sus principios, su organización y hasta en sus costumbres? ¿No había dicho ya Lenin que «un milímetro de diferencia en la teoría se transforma en kilómetros de distancia en la política»? ¿Fue el partido de Lenin un edificio monolítico y apartado del movimiento socialista nacional? ¿Qué tuvo de particular, de original, el aporte de Lenin respecto de la tradición socialista que le antecedió?

En sus escritos Marx tiende a confundir, intercambiar o utilizar indistintamente «partido» y «clase», creando una identidad social y política entre uno y otro. Esta identidad clase-partido puede rastrearse en el *Manifiesto comunista*. Marx pensaba que el desarrollo

EL APORTE DE LENIN FUE LA RADICALIZACIÓN DE LA AUTONOMÍA POLÍTICA COMO ESPACIO DE ARTICULACIÓN DE LOS INTERESES HISTÓRICOS DE CLASE ALLÍ DONDE LA EXPLOTACIÓN SOCIAL IMPIDE O BLOQUEA UNA AUTOCONCIENCIA REAL DE SÍ.



orgánico del partido obrero no podía darse sino como algo inmanente al crecimiento de la fuerza y la conciencia de clase, lo cual dependía en última instancia del proceso de polarización social dado por la extensión del capital y del maquinismo. En este sentido su dialéctica concebía al proletariado —y, en consecuencia, a la lucha de clases— como la negación determinada por la fuerza del capital. Su carácter revolucionario brotaba directamente de la subordinación estructural del trabajo al capital.

Es justamente esta identidad correlativa entre relación social y conciencia política la que cuestiona Lenin, introduciendo elementos «exteriores» a la inmediatez de la vida corriente del trabajador o incluso a la espontaneidad de la lucha sindical de la clase. Lenin no niega que la base para una política obrera está dada por su extensión y fuerza social, sino que rechaza la opinión más o menos

convencional de que es esa práctica social en los lugares de trabajo, en la lucha cotidiana, el «quehacer» cotidiano del proletariado el que elevará automáticamente su conciencia a objetivos socialistas

El aporte de Lenin fue la radicalización de la autonomía política como espacio de articulación de los intereses históricos de clase allí donde la explotación social impide o bloquea una autoconciencia real de sí. Lenin no deposita en los intelectuales la tarea de representar al proletariado, no constituye un partido de la inteligencia burguesa «exterior» a la clase. El partido lo forman no solo intelectuales sino —y sobre todo— trabajadores, que participan en el partido, tal como dice Gramsci, en tanto «intelectuales orgánicos».

Para Lenin, esa práctica laboral o incluso la lucha inmediata solo puede ser praxis reflexiva y transformadora cuando se introducen la teoría y la organización colectiva. Mientras la base social de su proyecto sigue siendo la clase trabajadora, se ve obligado a mediar esa relación incorporando intelectuales, alianzas con otras clases y nacionalidades oprimidas. Con ello se desliza hacia el posterior concepto de hegemonía de Gramsci. El timón de su estrategia lo ocupa la política en tanto arte de producir lo imprevisible. Aunque no extrajo conclusiones teóricas, se vio obligado a separar el programa de su carácter de clase, es decir, tuvo que evitar otorgarle a cada clase un programa paradigmático (tomemos como ejemplo el programa de autodeterminación de las nacionalidades dominadas del imperio zarista: su nacionalismo podía servir tanto a la reacción como a un programa democrático socialista liderado por la socialdemocracia; dependía de las alianzas, de la articulación hegemónica).

Aunque nunca se separó de una visión más «sociologista» de la formación de clase, como gran estrategia que fue intuyó que los intereses de clase no surgen de manera objetiva de las posiciones en la estructura económica, sino que son definidos en términos del «horizonte de acción», es decir, que hay un componente político cultural. Hoy diríamos que las identidades y los intereses dependen también de su organización política, de su tradición cultural, su repertorio de acción colectiva, del movimiento de otras clases y fuerzas sociales y de la acción del Estado. En definitiva (y en ruptura con la forma en que el siglo XIX entendía la relación entre clase y conciencia), diríamos que la clase trabajadora no es intrínsecamente revolucionaria, ni siquiera





instintivamente revolucionaria. Por el contrario, aquel es un sujeto que *precisa ser construido*.

Michael Mann clarificó esta tensión para la clase obrera británica. Mientras la acción obrera colectiva brota de manera mucho más directa de la posición estructural de clase, y ello explica el poder de los sindicatos, sus objetivos políticos de largo plazo, su «horizonte de expectativa» diríamos, dependen de las ideologías y las acciones de dicha clase en el campo de su propia acción política y el de otras clases y grupos. Mann agrega que, en la Europa del siglo XIX, la similitud y la interdependencia fuera del trabajo crearon densas comunidades capaces de fomentar cierta autonomía y organización social y cultural que favorecieron la formación de partidos laboristas y socialistas. Pero no fueron una clase en singular, ni tendían a la homogeneidad, como creía Marx.

En Inglaterra, por ejemplo, la religión, las ideas nacionalistas y la igualdad moral protestante nutrieron las protestas obreras, y no siempre con conciencia de clase. La tradición de los derechos naturales, las ideas del bien común, del derecho a la tierra, confluyeron en el reclamo del sufragio universal y alentaron la difusión del populismo y el radicalismo político centralizado a nivel nacional. El cartismo es la expresión de ellas; sus distintas fracciones entendían de manera muy distinta quiénes eran sus enemigos: si los empresarios, los haraganes rentistas o el Estado, que explotaba fiscalmente a los pobres. La teoría de Lenin sobre la aristocracia obrera no podía explicar la persistencia de formas de conciencia no revolucionarias. Estaba llamada a dar una explicación plausible sobre un fenómeno que creía pasajero, la influencia reformista sobre la mayoría de la clase obrera.

TEÓRICO DE LA COYUNTURA

A la no correspondencia entre las tendencias del capital y la acción política Lenin le llamó «desarrollo desigual», concepto que le permitió soldar un punto de ruptura

que de otro modo era irrecuperable. Puesto que las tareas políticas frente a la monarquía diferían radicalmente de las planteadas en occidente, lo que quedaba no era «una copia o un calco» sino creación única.

El marxismo de Lenin es la «ciencia de lo concreto», no un modelo universal. No existía una receta que pudiera «prescribirle» al movimiento socialista. Es por esa razón que el *¿Qué hacer?*, pese a lo que muchos intentaron

hacer de él, queda en realidad restringido a una polémica muy precisa, sin efecto real más que durante dos años y algo más, hasta que la revolución de 1905 y la formación de los soviets le exigen a Lenin un tratamiento mucho más «luxemburguiano» de la cuestión de la socialdemocracia rusa. El hiperpoliticismo podría engendrar, naturalmente, nuevos peligros, puesto que una concepción hipostasiada de la «ruptura» entre la clase y el partido desemboca en la independencia e incluso la subordinación del movimiento al partido y la transformación del mismo en el representante inequívoco, definitivo, de la clase y en el depositario del saber y la experiencia, tal cual la hemos conocido en la monstruosa degeneración antisocialista que fue el estalinismo.

Pero, en su época, Lenin rompió todos los hilos que unían al movimiento socialista con el fatalismo del desarrollo económico. Cruzó el Rubicón al pasar de la ciencia del capital al arte de la política. Y así apareció el Lenin impaciente, el de los giros, las oportunidades (el de los saltos, saltos, saltos, diría Daniel Bensaïd) y le abrió el campo al marxismo político que dejaba atrás las leyes ineluctables de la historia. Como producto de la historia convulsionada de la Europa de principios del siglo XX, de la Rusia arrasada por la modernización, la crisis y la guerra, emerge un Lenin maquiaveliano, como lo recuperó el mismo Althusser, quien invocó al florentino para traer de nuevo la lucha de clases después de tanta determinación estructural.

En Lenin encontramos un primado de la práctica, de la historia viva, determinada en parte por el pasado pero abierta a la incertidumbre de lo imprevisto. En Lenin existen determinaciones históricas y sociales de los procesos y no una sucesión aleatoria de acontecimientos. Pero la historia se hace también mediante la apuesta pascaliana. Una apuesta porque no hay Dios (se ha ocultado) y no hay leyes ineluctables: hay una historia abierta, un compromiso, que es confianza en una certeza, aunque siempre acechada por la posibilidad de lo contrario. Lucien Goldmann había dicho que el marxismo continuaba la herencia pascaliana, pero fue Lenin más que nadie quien le dio continuidad.

En síntesis, Lenin es un teórico de la coyuntura. Y, para él, un análisis de coyuntura adecuado requiere de un examen detallado que permita pasar de problemas estructurales a preocupaciones estratégicas inmediatas, que permita comprender los horizontes







espacio-temporales que definen la coyuntura y los objetivos estratégicos claros que guían la acción. Un correcto análisis de coyuntura, además, debe ser relacional, pues el propio cuadro de una estrategia práctica adecuada también depende de las respuestas probables de otras fuerzas sociales. Orientado por el pasado y abierto a trayectorias futuras: implica que las fuerzas sociales pueden intervenir en las coyunturas actuales y rearticularlas activamente para crear nuevas posibilidades.

EL PARTIDO LENINISTA

Una característica esencial de muchas corrientes de posguerra fue la adopción del leninismo como ideología de lo que denominamos el «protopartido», es decir, un núcleo de revolucionarios que piensan poseer un auténtico partido, que con su programa definitivo y organización acabados solo les resta, mediante «una política justa», estrechar el abismo que existe entre ellos y las masas. Esta evolución del organismo embrionario hacia la plena madurez atraviesa períodos inexorables: nace como grupo o círculo, se desarrolla a un segundo nivel como «grupo de propaganda» y si logra atravesarlo eficazmente ya se puede autotitular como un «partido de vanguardia». En todos los casos, la aspiración es llegar a ser un partido con influencia de masas. Esto exige, como describió agudamente Hal Draper, que el «minipartido» actúe como si fuera un verdadero partido, hasta que las masas «lo encuentren», y consolide estructuras organizativas propias a veces durante décadas. Haciendo una revisión de los grupos revolucionarios de la posguerra en 1970, Draper escribió:

Hay una falacia fundamental en la idea de que el camino de la miniaturización (imitando un partido de masas en miniatura) es el camino al partido revolucionario de masas. Si se intenta crear una miniatura de un partido de masas, no se consigue un partido de masas miniaturizado, sino un monstruo (...). Su principio vital es su involucramiento integral como una parte del movimiento de la clase obrera, su inmersión en la lucha de clases no por la decisión de un Comité Central, sino porque vive en ella.

Esta idea evolucionista está en la raíz de la concepción facciosa del partido, cuya máxima expresión es el

minipartido. Esta concepción lineal, desde la semilla hasta el árbol, requiere un complemento organizativo en la delimitación estricta con respecto a los grupos adversarios. En el micropartido, la unidad ideológica debe ser absoluta, sin fisuras. ¿No había expulsado Lenin a los Otvovistas por rechazar el dudoso materialismo dialéctico que defendían Lenin y Plejanov en 1910, acusando a la oposición izquierdista de misticismo? ¿No se debía extraer de la experiencia bolchevique la idea de que no se podía tener contemplación para quienes se «desviaran un milímetro en la teoría»?

Este tipo de organización apeló a Lenin una y otra vez, buceando en su textualidad las pistas de su razón de ser. Claro que para eso había que extirparle todo el contenido de su propia contextualidad, el hecho de que Lenin respondía políticamente a las circunstancias rusas del momento. Se eligió conservar la literalidad de Lenin, pero a costa de su propia esencia. Tanto sus seguidores más literales como sus detractores han tomado el ¿Qué



EL MARXISMO DE LENIN ES LA «CIENCIA DE LO CONCRETO», NO UN MODELO UNIVERSAL. NO EXISTÍA UNA RECETA QUE PUDIERA «PRESCRIBIRLE» AL MOVIMIENTO SOCIALISTA.

hacer? como la «biblia leninista», como un manual o un compendio de las concepciones leninistas.

Así pintaron el surgimiento de la fracción liderada por Lenin como un grupo sin fisuras, divisiones ni divergencias (algo que, en un movimiento por el POSDR, plagado de tendencias, grupos y fracciones, es una completa fantasía). Sus seguidores, para encontrar en su literalidad pistas para la formación de una organización fuera de tiempo y lugar. Sus detractores, para demostrar que ese librito era el huevo de la serpiente estalinista.

En cualquier caso, lo que se pierde son las coordenadas espacio-temporales del surgimiento de un movimiento revolucionario en la Rusia atrasada, un movimiento que alcanzó el poder debido a una combinación de circunstancias excepcionalísimas, entre las que destacan una derrota militar abrumadora, la parálisis y el colapso del aparato estatal, la acción decidida de tipo jacobino de vanguardia, que permitió asaltar el nudo de las dos principales ciudades y con ello cortar el conjunto del sistema nervioso y sanguíneo del inmenso imperio, y la semiparálisis de las potencias vecinas, sumidas en la derrota y la crisis.

Sacar las lecciones de la Revolución de Octubre y su posterior deriva autoritaria para darle al socialismo reaseguros democráticos es imprescindible, pero no hace falta para ello abstraer las particulares e irrepetibles circunstancias en las que un grupo de revolucionarios tuvieron que actuar para hacerse con el poder. En las circunstancias de la persecución zarista, probablemente la selección de revolucionarios para formar parte de los círculos socialistas debía ser muy estricta. (En los protopartidos contemporáneos, las fronteras organizativas buscan la reproducción del propio grupo «delimitando» «los revolucionarios de los centristas y reformistas», separación que se establece no en la realidad viva de los procesos populares, sino que se formaliza mediante divergencias programáticas o a veces incluso en cuestiones pequeñas, de tradición o simplemente de aparato).

Incluso el Lenin de la Rusia zarista y redactor del *¿Qué hacer?*, cuando entabló la lucha por constituir un partido socialdemócrata de toda Rusia, no lo hizo separado del movimiento socialista real. Batalló contra las tendencias disgregadoras de los círculos locales y regionales que carecían de un horizonte político mayor. Cuando perdió *Iskra* y emprendió la tarea del *Pravda*, no estaba pensando en un «partido aparte» sino en un círculo directivo del periódico que centralizara la labor

política de los comités socialdemócratas en toda Rusia. Para Lenin la organización común o independiente de las organizaciones de base estaba conectada con las luchas ideológicas del momento. Aún antes de la reunificación de 1906, muchos comités locales y células de empresas formadas por nuevos militantes ingresados en el período revolucionario ya habían establecido por su propia cuenta comités comunes entre mencheviques y bolcheviques.

El bolchevismo como fracción revolucionaria formaba parte de la vida política de las masas justamente por representar el ala izquierda del POSDR. Su objetivo no es el de desenmascarar y romper a plazo fijo la organización, sino el de imponer sus propias ideas y métodos al conjunto del partido. En ese sentido no hay ni rastros de lo que después se conocería como la «táctica entrista», que reconoce por anticipado su contenido exterior y conspirativo. La capacidad del bolchevismo de volverse una corriente genuinamente popular no se debe solo a su política, sino a que formaba parte del partido que las masas veían como propio, es decir, aquel que poseía una tradición y un enraizamiento en la cultura política de las masas.

El concepto de partido o fracción orgánica puede servir para clarificar la diferencia esencial que existe entre un grupo aislado de revolucionarios para los cuales es fundamental encontrar un camino a las masas y una fracción o partido conectada con la tradición y las aspiraciones populares. Gramsci había dicho que toda asociación política necesita de cierta ética común compartida por sus miembros. Pero destacaba la diferencia sustancial entre el partido político y lo que él denomina «mafia» o «familia». Mientras que en la mafia la comunidad que la une se vuelve un fin en sí mismo —porque el interés particular se presenta como interés universal, confundiendo la ética y la política—, el partido como intelectual colectivo no se concibe como algo definitivo sino como un medio y, en consecuencia, expande sus intereses hacia diversos grupos sociales y, aunque sus miembros comparten determinada ética, ella no se confunde con la política, como ocurre en los lazos de familia.

Fue el mismo período intenso de la lucha de clases (con dos revoluciones en menos de trece años, su correspondiente ascenso y caída de las luchas y las huelgas, la diversidad de los métodos de lucha y la sofisticación de la política socialista del momento) el que alimentó la amplia democracia interna y la disputa abierta de ideas

→



en el movimiento socialista. Incluso después de la toma del poder, las luchas internas fueron dramáticas y, a pesar de la prohibición de las fracciones, jamás dejaron de formarse distintos agrupamientos. El último bloque formado por Lenin tuvo como socio a Trotsky, unidos contra las tendencias crecientes de Stalin al burocratismo. Solo con la muerte de Lenin y el ascenso de la camarilla estalinista se consumó la teoría del partido monolítico, y solo la «bolchevización» posterior impuso la regimentación de todos los partidos comunistas bajo la dirección del PCUS.

MITO Y REALIDAD DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La teoría de la aristocracia obrera fue acompañada de otro gran mito fundacional: la teoría de la guerra imperialista. Como destacó Fernando Claudin, el horizonte estratégico leninista fusionaba ambas teorías, proponiendo una era imperialista que era expresión de la descomposición capitalista. Una descomposición que se había visto expresada con claridad en la Primera Guerra Mundial, una guerra por las colonias en un período de agotamiento de mercados nacionales y transformación reaccionaria del mundo que ponía a la orden del día la revolución proletaria. A eso le llamó «época de guerras, crisis y revoluciones»; la tarea inmediata en toda Europa era la revolución socialista, que parecía inminente.

La idea de que luego de la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial hemos entrado en una época de guerras y revoluciones es el fundamento de la política inmediata de la Internacional Comunista, basada en el concepto de inminencia de la revolución. Se trataba de una narrativa convincente que, además, se podía palpar en el aire de la crisis europea.

Alemania se vio arrastrada al terremoto revolucionario por la fuerza extraordinaria de los choques estatales, la guerra y las compensaciones económicas de la derrota (y no por el agotamiento de su capacidad de expansión capitalista), todo lo cual desquició el frente interno. En ese caso, los eslabones débiles podían no estar restringidos a países con estructuras sociales endebles, sino incluso a países de alta capacidad industrial o desarrollo societal. Esas posibilidades fueron evidentes en Alemania en 1919-1921, y también en Italia. Ambos han sido verdaderos nudos históricos.

Esta agitación real de urgencia inspiró a los partidos comunistas nacientes a una lucha implacable contra los viejos partidos reformistas y a denunciar a las formaciones intermedias o centristas, en la creencia de que solo la más radical intransigencia respecto a las viejas organizaciones podría forjar partidos que se dirigieran a la lucha por el derrocamiento del orden burgués y no — como lo había revelado la experiencia alemana — hacia su preservación. Esta experiencia, impulsada por los efectos de la Revolución Rusa, empujó por primera vez a los más decididos revolucionarios a abandonar las formaciones consideradas reformistas y centristas para constituir, iluminados por el desafío inmediato de hacer la revolución en Europa, organizaciones independientes.

Las narrativas juegan un papel clave en la acción estratégica porque pueden simplificar problemas complejos, identificar soluciones simples, conectarse con el sentido común y movilizar el apoyo popular. Las narrativas, como lo mencionó Bob Jessop, no necesitan ser científicamente válidas y, de hecho, a menudo son más poderosas en virtud de permitir que se formen coaliciones y movilicen secciones enteras de la población, es decir, cuando son mitos movilizadores. La idea de una revolución inminente en Europa como consecuencia de la revolución rusa estructuró el norte estratégico inmediato de Lenin, aunque las condiciones entre ambas geografías era radicalmente diferente. Este asunto torturó a Gramsci durante su vida intelectual más fructífera al que respondió distinguiendo oriente de occidente y su concepto de hegemonía.

Pero Lenin, lejos de aferrarse a un dogma, comprendió al poco tiempo que la estrategia de la ruptura se asentaba en un equívoco. Y pegó un giro táctico en el Tercer y Cuarto Congreso de la IC. Su pedido de ingreso al Laborismo inglés, ¿era una especie de táctica «entrista» de corta duración? Si la abstraemos de su polémica con el izquierdismo, de la solicitud de unidad con el centro italiano, de su lucha por impedir la ruptura la dirección del partido en Alemania, de su nueva política de «gobierno obrero» en coalición con la socialdemocracia, podría ser. Esta orientación muestra la flexibilidad táctica de Lenin y barre, de paso, con el mito del ultrabolchevismo organizativo de la Internacional Comunista.

En la base de la fundación de la Internacional Comunista estaban las 21 condiciones que exigían la ruptura con el reformismo y el centralismo internacional. Se pensaba una organización para el combate inmediato,



quizá de algunos meses, en los que la lucha revolucionaria decidiría no solo la suerte de Europa occidental sino también de la joven Revolución Rusa. Lenin preveía que la situación facilitaría el pase de la mayoría del proletariado a las filas comunistas.

Sin embargo, salvo contadas excepciones, esto no sucedió. El espíritu no revolucionario no era un fenómeno minoritario y pasajero, una borrachera pacifista y democrática, sino que estaba expresando una tendencia más profunda que anclaba en los procesos de cambio y recomposición capitalista que comenzaron a darse desde fines del siglo XIX, expresados en la sindicalización masiva, la extensión del sufragio universal y las políticas de integración en cuestiones de arbitraje laboral y contención social. Fue en esas circunstancias que Lenin habló sobre el error de las 21 condiciones, a las que consideró «demasiado rusas».

Lenin buscó, por todos los medios a su alcance, ser parte orgánica del movimiento de masas como precondición para la construcción de un partido con capacidad de poder, que presuponía en todos los casos la

convivencia de alas y corrientes en su interior. Y esto no solo en Europa, sino también en lo que llamaba colonias o semicolonias (valgan como ejemplos el caso de China, donde el PC nació desde el Koumintang asociado a los líderes de su ala izquierda y sostenido y defendido por un movimiento campesino de masas, o el caso cubano, donde las corrientes socialistas emergieron del seno del movimiento nacionalista estudiantil y urbano). Cada caso particular tenía su propia trayectoria y sus propios escenarios estratégicos, dependiendo de las condiciones nacionales y tradiciones y repertorios populares.

MÁS LENIN, MENOS ISMO

Si el movimiento socialista aspira a transformar sus ideas en fuerza material, debe ser parte de los grandes movimientos populares, empalmar con el «buen sentido» de las resistencias en curso y fusionar su programa con el ideario de los movimientos reales. La transformación social no es algo





CUANTO MÁS IMPRESCINDIBLE PARECE SER LA EXIGENCIA DE SEGUIR EL ESPÍRITU CRÍTICO Y REFLEXIVO DE LENIN, MÁS NECESARIO SE TORNA ABANDONAR PARA SIEMPRE EL LENINISMO OFICIAL DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS



que nacerá de buenas ideas a las que un día el pueblo ha de seguir. Las tácticas políticas en países como Estados Unidos o Inglaterra no pueden ser las mismas que en Francia, y diferirán notablemente de la experiencia de países como Bolivia, Venezuela o Argentina, que han vivido procesos de luchas y rebeliones. Cualquier proceso de cambio requerirá redefinir los contenidos y las fuerzas motrices de un programa socialista.

Entender las nuevas condiciones del capitalismo y sus transformaciones aceleradas, la morfología de los Estados y las instituciones como espacios de disputa, las escalas variables de la acción política, los movimientos sociales emergentes y su potencial anticapitalista, el papel que cumple la democracia política, son todas tareas de una refundación imprescindible. Implica también recuperar las mejores tradiciones intelectuales y políticas provenientes de otras tendencias emancipadoras, actualizar el ideario socialista con los aportes de vertientes como el feminismo y el ecologismo y renovar los lenguajes políticos articulando un vasto y heterogéneo movimiento popular con nuevas formas y nuevos discursos, que también redefinen los horizontes de lo que entendemos por socialismo.

Un ejercicio de tales características sería un excelente ejemplo de leninismo práctico, capaz de responder a las exigencias actuales y evitar las letanías nostálgicas del pasado o el negacionismo de las nuevas realidades, que solo conducen a repetir fórmulas que ya no se condicen con los tiempos que corren. Se trata de una tarea sumamente compleja y difícil y, por ello, solo puede emprenderse mediante la práctica y la reflexión colectivas.

El elitismo vanguardista no es más que la contracara del populismo antiteórico y el obrerismo sindicalista. La concepción de un partido independiente en miniatura está agotado. El fracaso de experiencias novedosas como la de Syriza en Grecia, la crisis de Podemos en España o los avances y retrocesos del MAS en Bolivia no le dan la razón ni le harán revivir. Una vez más, no hay recetas sencillas. En ese sentido nuestro planteo es más una negación radical de las experiencias partidistas fallidas que una nueva fórmula en disposición, que solo puede encontrarse en la práctica política situada.

Cuanto más imprescindible parece ser la exigencia de seguir el espíritu crítico y reflexivo de Lenin, más necesario se torna abandonar para siempre el leninismo oficial de las últimas décadas. ✕

las armas de la crítica

O LA CRÍTICA DE LAS ARMAS

¿Todavía es posible una nueva interpretación de Octubre?

La experiencia de la revolución rusa continúa proporcionando valiosas lecciones a los socialistas, siempre y cuando seamos capaces de superar las interpretaciones convencionales tanto de los partidarios de Octubre como de sus enemigos.

La influencia que la Revolución de Octubre proyecta sobre la izquierda socialista plantea un problema evidente a simple vista: los bolcheviques enfrentaron a un gobierno autocrático en un país predominantemente campesino, carente de tradiciones parlamentarias y desprovisto de un movimiento reformista burgués, todo ello en medio de una guerra implacable. El modelo estratégico que surge de un contexto de este tipo difícilmente puede trasladarse a las democracias capitalistas contemporáneas. Suele concluirse, entonces, que es necesario romper con la tradición leninista y su estrategia insurreccional de doble poder. Pero, ¿y si esta conclusión fuera apresurada? ¿No estamos dejando intacta

la interpretación convencional de la Revolución Rusa (compartida tanto por sus partidarios como por sus críticos)?

Mi enfoque será otro. Comparto la necesidad de construir un enfoque estratégico que se adapte a las características del ciclo histórico actual. Es decir, que se ajuste a la existencia de un Estado complejo y ramificado en la sociedad civil y a la existencia de instituciones democráticas que metabolizan las demandas de las clases populares. Pero, a su vez, considero que las interpretaciones que hicieron de Octubre un «modelo estratégico» utilizaron una imagen distorsionada de la experiencia rusa. En mi opinión, una reinterpretación adecuada de la revolución bolchevique puede proporcionar valiosas

lecciones para los socialistas, más provechosas que el simple rechazo que prevalece en ciertos sectores de la nueva izquierda.

Para demostrar esto me centraré únicamente en algunos aspectos clave del período revolucionario. Me limitaré a resaltar y articular de la manera que considero adecuada ciertos hechos históricos bien establecidos, sin necesidad de apoyarme en argumentos que dependan de nueva evidencia histórica o de investigaciones recientes, a excepción de algunas referencias al trabajo de Lars Lih. A través de esta aproximación que se basa en ajustar algunos énfasis, veremos cómo emerge finalmente una imagen global diferente.

Este debate va más allá de ser un simple ejercicio académico. Al adoptar esta perspectiva se demuestra, nada menos, que la experiencia bolchevique no puede considerarse un caso exitoso de la estrategia que defiende el «leninismo realmente existente». Si no hubiéramos relegado la interpretación de la Revolución Rusa a las concepciones dogmáticas tradicionales, habríamos tenido una visión de esa experiencia como un fenómeno rico y multifacético en

lugar de un respaldo histórico para las tradiciones dogmáticas.

La experiencia bolchevique, cuando se comprende adecuadamente, ofrece más lecciones valiosas de las que se aprecian a simple vista. A veces el mayor gesto antidogmático no pasa por romper con la tradición, sino por comprenderla adecuadamente.

El mito del partido ultradisciplinado y liberado de oportunistas

En cuanto a la relación entre los bolcheviques y otras corrientes obreras, reformistas y oportunistas, el relato convencional sostiene algo similar a lo siguiente: «los bolcheviques, con un partido altamente centralizado y liberado de oportunistas, se abrieron paso hacia las masas a través de su implacable lucha contra los reformistas que respaldaban el gobierno provisional. Esta estrategia se materializó en su llamado a romper con el gobierno provisional y transferir “todo el poder a los soviets”».

En primer lugar, es importante abordar el mito de un partido «ultradisciplinado y libre de oportunistas» que habría construido Lenin. La evidencia histórica muestra que la realidad de la socialdemocracia rusa, y en particular del bolchevismo, dista mucho de esta imagen ampliamente aceptada. Según la descripción del historiador Robert Service, quien no tiene simpatía alguna con la causa comunista, los bolcheviques «no eran la secta política celosamente excluyente de la mitología popular: en realidad estaban mucho más cerca de ser un partido *catch-all* [atrapa todo] para aquellos socialdemócratas radicales que estaban de acuerdo en la urgente necesidad de derrocar al gabinete dominado por los liberales, establecer un gobierno socialista y poner fin a la guerra».

No es difícil reconocer la asombrosa mutación de los bolcheviques *durante* el proceso revolucionario en todos los aspectos relevantes que definen a un partido: el giro estratégico de abril de 1917, el salto abrupto en la composición obrera y popular y la fusión con redes de cuadros provenientes de otros partidos socialistas (eseristas, mencheviques o el Comité Interdistrital de Trotsky y Lunacharski). Según Deutscher, Lenin mantuvo incluso hasta la víspera de la revolución la expectativa de ganar a Martov para el bolchevismo. En cierto modo, el partido que encabeza Octubre surge del proceso revolucionario mismo.

En este sentido, el partido bolchevique, un heredero leal de la tradición de los grandes partidos obreros de la socialdemocracia, surgió a través de un metabolismo constante con los cambios en la clase trabajadora y sus partidos, lo que lo hizo receptivo a procesos de fusión y reagrupamiento. Lejos del mito de la acumulación de cuadros autocentrada, el bolchevismo en 1917 fue un partido abierto que vivió una reconfiguración profunda a partir de una confluencia de fuerzas de distintas procedencias. Esto no disminuye el mérito de la fracción bolchevique, sino que lo ubica en su perspectiva adecuada: el bolchevismo pudo ser el vehículo de este reagrupamiento debido a este carácter distintivo, abierto y flexible.

Sobre el significado de la consigna «todo el poder a los soviets»

Vayamos ahora al terreno propiamente estratégico. La consigna bolchevique, que trazó una línea de delimitación clara con los liberales, los capitalistas y los oportunistas, fue «Todo el poder a los soviets». Pero, ¿qué significaba darle el poder a los soviets entre abril y septiembre

de 1917? Básicamente, consistía en instar a los líderes mencheviques y socialrevolucionarios —que eran mayoritarios en los soviets— a romper sus acuerdos con los liberales y establecer un gobierno sin capitalistas responsable ante los consejos obreros. La estrategia que dominó la mayor parte del año no fue nada parecido a «ninguna confianza en los reformistas» sino un emplazamiento permanente a los reformistas a que «rompieran con la burguesía» para conformar un gobierno de trabajadores y campesinos basado en los partidos socialistas mayoritarios (lo que hubiese excluido a los bolcheviques).

Esta propuesta adquirió contornos muy precisos a principios de septiembre luego de derrotado el intento de golpe de Kornilov. En ese momento los bolcheviques dejaron en claro su disposición a adoptar una táctica que, años más tarde, se conocería como «oposición leal». Consistía en defender a un gobierno obrero contra los embates de la burguesía, incluso si estaba dominado por corrientes reformistas. Los bolcheviques mantendrían su independencia como partido, preservando su libertad para criticar y actuar, pero renunciando a cualquier intento de derrocar revolucionariamente al nuevo gobierno.

Esto no significa que los bolcheviques no pusieran énfasis en superar la política reformista que predominaba entre los partidos socialistas mayoritarios. Indica *de qué modo* afrontaron esta tarea. La mera delimitación propagandística y el combate directo suele dejar a los revolucionarios en un lugar demasiado alejado de las fuerzas sociales mayoritarias. En cambio, construir un marco unitario donde la delimitación es un subproducto de la incapacidad de los reformistas para llevar a término una lucha común

→



es una táctica que ha pasado mejor la prueba de la historia.

Democracia parlamentaria y soviets

Dice Eric Blanc en un texto de polémica con el leninismo: «Siguiendo los argumentos de Lenin de su panfleto *El Estado y la revolución* de 1917, los leninistas durante décadas han articulado su estrategia a partir de la necesidad de una insurrección para derrocar todo el Estado parlamentario y colocar todo el poder en manos de los consejos de trabajadores». En su réplica, Lars Lih afirma:

Esta observación reúne no uno, sino dos conceptos erróneos arraigados acerca de 1917: en primer lugar, que el choque entre *dos tipos* de democracia —parlamentaria frente a soviética— que se encuentran en las páginas de *El Estado y la revolución*, tuvo algo que ver con la victoria de Octubre o la política en aquel año revolucionario. (*El Estado y la revolución* se redactó en 1917, pero solo se publicó en 1918 y fue irrelevante para los acontecimientos del año anterior). En segundo lugar, que los bolcheviques tomaron el poder por medio de una «insurrección», «levantamiento armado», o lo que sea.

Como correctamente señala Lih, la polarización entre dos formas de democracia, la parlamentaria y la soviética, no desempeñó un papel relevante en 1917. De hecho, la actitud de los bolcheviques en este punto es mucho más ambigua de lo

que indica la narrativa habitual. Una vez más, es necesario entender adecuadamente la consigna bolchevique de que los soviets se hagan con el poder. La reivindicación del poder soviético no era la proclamación de la superioridad intrínseca de un tipo específico de democracia, sino un llamado a que la clase obrera, a través de sus organismos, rompiera con la burguesía.

Además, la demanda de una Asamblea Constituyente desempeñó un papel central en toda la agitación política de los bolcheviques. Uno de los argumentos fundamentales de los bolcheviques era que, al igual que con el fin de la guerra, el gobierno provisional no era capaz de satisfacer esta demanda esencial de las masas. Como afirmó Trotsky después de la disolución de la Asamblea Constituyente: «cuando argumentamos que el camino hacia la Asamblea Constituyente pasaba (...) a través de la toma del poder por los soviets, éramos absolutamente sinceros». De hecho, durante la disolución de la Asamblea Constituyente no se hizo ninguna referencia a la supuesta superioridad intrínseca de la democracia soviética sobre las formas parlamentarias convencionales, sino a razones coyunturales y prácticas.

Incluso si consideramos en su conjunto los escritos de Lenin de ese período, su postura resulta más ambigua de lo que aparenta. Lenin contemplaba inicialmente cierto grado de complementariedad entre los soviets y la futura Asamblea Constituyente. Y aquí es importante subrayar un punto crucial: a Lenin, incluso en *El Estado y la revolución*, no le interesaba particularmente la tarea de planificar las estructuras

institucionales de un futuro régimen político tras la toma del poder. Su prioridad, como siempre, era esencialmente estratégica. Todo lo demás se subordinaba a ello, incluso las referencias, a menudo confusas, al Estado posrevolucionario. El núcleo fundamental de la estrategia leninista era el énfasis en los soviets como estructuras de autoorganización que servirían de base para una estrategia de poder *desde abajo* basado en la fuerza de las masas. Esto implicaba más una ruptura con la estrategia gradualista y parlamentaria que un debate sobre la ingeniería institucional posrevolucionaria.

No obstante, aquí afrontamos dos problemas que complican el asunto. Si bien es cierto que la polarización entre las dos formas de democracia no desempeñó un papel relevante durante 1917, la cuestión se vuelve más compleja al considerar los textos y acciones de Lenin y los bolcheviques posteriores a Octubre. En mi opinión, es tan cierta la afirmación de Lih de que «la Revolución de 1917 tuvo nada que ver con el argumento de Lenin de que “la democracia soviética” era superior a la “democracia parlamentaria”», como que Lenin y Trotsky iban a postular posteriormente dicha superioridad (y por lo tanto fundar una tradición que subestima la importancia de las instituciones democráticas parlamentarias).

Lenin y Trotsky teorizan el rechazo a las estructuras parlamentarias con una argumentación que señala el carácter intrínsecamente burgués de estas últimas. En *La revolución traicionada*, Trotsky describe al sistema soviético como un sistema representativo basado en «los grupos de clase y de producción» y

por lo tanto superior a la representación parlamentaria basada en el sufragio universal que parte de la atomización ciudadana que caracteriza a la sociedad burguesa.

Para comprender adecuadamente esta cuestión, es fundamental dirigir la atención al tema que considero verdaderamente esencial. Los bolcheviques en el poder enfrentaron el problema imprevisto de que entre la clase trabajadora (incluyendo los soviets) y el gobierno bolchevique se abrió progresivamente una grieta que se solucionó por medio de medidas de represión política. Más allá de si se trató de medidas de excepción necesarias o no, lo que todas compartían era que surgieron como respuesta a problemas imprevistos y requirieron una reacción práctica, a veces acompañada de una racionalización teórica que se desarrolló sobre la marcha.

Todas estas medidas respondían a un problema central: los bolcheviques habían tomado el poder basados en el poder democrático en los soviets, pero nunca imaginaron que esa legitimidad democrática podía ir deteriorándose y sencillamente no tenían un plan de acción ante una situación de este tipo. La disolución de la Asamblea Constituyente y la negativa a convocar nuevas elecciones basadas en el sufragio universal marcaron el primer episodio de esta brecha entre el gobierno bolchevique y su legitimidad democrática.

Las racionalizaciones que opusieron soviets y parlamento marcaron el inicio de un camino autoritario que tendría numerosos capítulos posteriores. Es necesario un balance sosegado sobre estas medidas de excepción tomadas por los bolcheviques. Es posible que encontremos



entre ellas medidas inevitables y errores estratégicos, pero en ningún caso debemos confundir la excepción con la norma. El rechazo a la Asamblea Constituyente y a las formas parlamentarias debe considerarse como parte integrante de este período excepcional, que era ajeno a la trayectoria bolchevique previa a su llegada al poder.

Dualidad de poder

Existe un segundo punto que complica el debate en torno a los soviets y el parlamento. Aunque considero que *El Estado y la revolución* debe ser comprendido como un texto estratégico más que como uno programático, lo cierto es que tomado literalmente Lenin superpone ambos aspectos. En último término, Lenin fusiona en la cuestión de los soviets dos elementos de naturaleza muy distinta:

1. La movilización de las masas en una crisis revolucionaria, según la percepción de que los organismos de autoorganización son los medios más eficaces para empujar la radicalización

social y para superar el peso de las direcciones reformistas.

2. Y la «destrucción del Estado», es decir, la supresión del conjunto de la institucionalidad vigente, según el supuesto de que su morfología completa responde a necesidades funcionales a la dominación capitalista, inclusive las libertades formales y democráticas.

La utilidad histórica efectiva que han mostrado los órganos de doble poder es su capacidad para expresar mejor las relaciones de fuerza en el marco de un ascenso revolucionario. «La dinámica de los acontecimientos revolucionarios», escribe Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*, «está directamente determinada por cambios rápidos, intensos y apasionados en la psicología de las clases». Las viejas instituciones resisten o amortiguan el impacto de un cambio abrupto en las relaciones de fuerza. Se necesita un poder que *provenga de abajo*, basado en la participación masiva de sectores populares, para expresar más directa y claramente las





relaciones de fuerza y cambiar el equilibrio entre las corrientes moderadas y las radicales. Este es el verdadero núcleo de ruptura con la II Internacional y con el gradualismo parlamentarista.

Sin embargo, la imprescindible emergencia de estructuras de autoorganización durante una crisis revolucionaria no hace de ellas órganos de gobierno. Si bien una revolución triunfante necesita un apoyo social masivo, los órganos que dirigen el proceso se basan siempre en un sector activo de vanguardia. A su vez, de su vínculo indisoluble con el momento de auge revolucionario se sigue que estos órganos tienen necesariamente una existencia transitoria. Su vitalidad depende de una atmósfera efervescente y extraordinaria, obviamente provisoria, y eso les impone su limitación como órganos estatales de gobierno.

Aquí tocamos un problema que no podremos resolver en estas pocas líneas. El impacto de largo plazo de un órgano que toma el control de la vida política durante una crisis revolucionaria tiene consecuencias complejas de medir y de limitar. Pero la diversidad de la experiencia histórica no admite ningún tipo de fatalismo autoritario derivado de la suspensión momentánea de la democracia parlamentaria, como el que encontramos en la crítica de Kautsky a la revolución bolchevique. Para tomar un ejemplo expresivo, las revoluciones democrático-burguesas, que luego de un largo y complejo proceso histórico concluyeron en la emergencia de las instituciones liberales y parlamentarias, fueron, sin excepción, encabezadas por pequeños grupos minoritarios, obviamente mucho menos democráticos que las estructuras de

autoorganización del tipo soviets o comités de fábrica.

Insurrección y democracia

Ahora bien, ¿es correcto afirmar que los bolcheviques no encabezaron una insurrección contra el gobierno provisional? Dice Lih: «En febrero, efectivamente se había producido una verdadera “insurrección” desde abajo, pero en octubre el llamado levantamiento fue una acción policial puesta en marcha por autoridades legalmente constituidas» G. K. Chesterton dijo alguna vez que «la exageración es el microscopio de los hechos». Lih procede muchas veces a exagerar un punto para resaltar un hecho que antes había pasado desapercibido. Esto permite ver un acontecimiento conocido con nuevos ojos. Pero luego es necesario preservar las proporciones. Efectivamente, la revolución de Octubre no se parece en nada al tipo de evento volcánico de masas que derroca un régimen político estable: eso fue lo que sucedió en febrero, no en octubre. Pero solo podríamos hablar de «acción policial» si los soviets ya hubiesen sido el único poder legítimo antes de la insurrección. Y ese no era el caso: hasta la madrugada del segundo Congreso Panruso de los soviets, el gobierno provisional liderado por Kerensky seguía existiendo.

Lo importante de la argumentación de Lih, sin embargo, no pasa por su rechazo del carácter insurreccional de Octubre, sino por resaltar, por encima de las consideraciones político-militares, la importancia del avance democrático de los bolcheviques en los soviets. Lih afirma que: «La victoria rusa y

la bolchevique son distorsionadas esencialmente si se sigue la folclórica versión de que los bolcheviques tuvieron éxito porque confiaban en la “insurrección” en lugar del “electoralismo”». Por el contrario, lo que permitió el triunfo de los bolcheviques fue que desde principios de septiembre habían ganado la mayoría en los soviets con un mensaje de ruptura con la burguesía. La coincidencia de la insurrección de octubre con el segundo Congreso Panruso se debió a este avance electoral de los bolcheviques.

Un último punto a considerar. Mucho se ha discutido en los últimos años sobre el contraste estratégico entre «la huelga general» defensiva de Kautsky con el enfoque ofensivo que pregonaron los bolcheviques. Sin embargo, aquí también hay una distorsión reñida con la evidencia histórica. La insurrección de Octubre fue defendida por los bolcheviques como una medida de protección de la democracia soviética ante las amenazas de la contrarrevolución. Y fue acompañada por una preocupación obsesiva por no dejar de operar bajo la legalidad de los soviets —la única legitimidad democrática existente—, y por evitar recurrir a una insurrección de partido (en este punto, Trotsky se impuso a Lenin). De estas decisiones surgió el papel del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado en la dirección de la insurrección.

De esto no se debe concluir que los bolcheviques hayan seguido un enfoque «defensivo» en el sentido atribuido a Kautsky. Más bien, se revela que la relación entre los momentos defensivos y ofensivos es más inestable de lo que parece y se pone de manifiesto que los bolcheviques no eran ajenos a los beneficios

de un enfoque defensivo, especialmente en lo que respecta a la protección de las libertades democráticas durante los enfrentamientos con las fuerzas reaccionarias.

Lenin ante la revolución en Occidente

Lenin fue un maestro de la táctica. Y no ignoraba un hecho evidente: el Estado y la sociedad rusos eran muy diferentes de las sociedades occidentales. Así, cuando Lenin hablaba de las «lecciones universales» de Octubre estaba pensando principalmente en la necesidad de derrocar el Estado burgués, en contraste con la estrategia que busca utilizar la vía parlamentaria para implementar una serie ordenada de reformas. Respecto a las formas concretas de las futuras revoluciones, él simplemente solía decir «No sabemos ni podemos saber cómo se desarrollarán las cosas».

En cualquier caso, es importante entender la manera en que el triunfo ruso inspiró a los revolucionarios de Europa occidental. Aquí nuevamente hay un aspecto que confunde la comprensión del asunto. Lenin remite permanentemente a la Revolución de Octubre para discutir con muchos de los grupos de la naciente Internacional Comunista. Esto fue entendido convencionalmente como un intento de proyectar el «modelo soviético». Pero Lenin está haciendo exactamente lo contrario, al menos si entendemos de manera convencional el «modelo soviético». Sus interlocutores son los grupos izquierdistas que integran una Internacional Comunista joven e inexperta que creen ser fieles al bolchevismo cuando aplican una política fuertemente sectaria.

Cuando Lenin remite a la experiencia rusa es precisamente para hacerles captar sus verdaderas lecciones, muy alejadas de las ensañaciones ultraizquierdistas de sus seguidores. «Hablan muy bien de nosotros, los bolcheviques», escribió Lenin, «A veces dan ganas de decirles: "¡Por favor, alábennos un poco menos y esfuércense un poco más en investigar la táctica de los bolcheviques y en llegar a conocerla un poco mejor!"».

Después de la Revolución de Octubre, los bolcheviques esperaban una rápida y espectacular extensión de la revolución en Europa. En ese momento, las cuestiones tácticas y estratégicas quedaron en un segundo plano, ya que se anticipaba una coyuntura de enfrentamientos revolucionarios inminentes. Como señaló más tarde Trotsky, la expectativa era que “se produciría una ola de levantamientos espontáneos y caóticos, en el proceso de los cuales se clarificaría la vanguardia de la clase obrera y el proletariado tomaría el poder en uno o dos años”.

Todo esto cambia poco tiempo después cuando se enfría el proceso revolucionario y el capitalismo se encamina hacia la restablización. Este cambio de situación comenzó a hacerse evidente en el III y el IV Congreso de la Internacional Comunista. En las vísperas del II Congreso, Lenin escribió su célebre *Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, donde intentaba explicar a sus jóvenes seguidores las verdaderas lecciones de la experiencia bolchevique. Destacó la amplitud y la flexibilidad de sus tácticas, la importancia de la construcción del partido y la necesidad de políticas que luego se conocerían como «frente único obrero»,

especialmente en relación al apoyo comunista al Partido Laborista en Inglaterra.

Aunque no existe un texto sistemático sobre la estrategia socialista en Occidente en las obras de Lenin, todos sus esfuerzos convergían en la misma dirección, con excepción de algunos errores puntuales como su intervención en el debate en el Partido Socialista Italiano. De hecho, sus textos y acciones se alinearon en una dirección que, nuevamente, se opone al relato convencional defendido tanto por sus admiradores como por sus detractores.

En el IV Congreso de la Internacional Comunista, especialmente a partir de la Revolución Alemana, emergieron con claridad las reflexiones sobre el frente único, el gobierno obrero, la oposición leal y las consignas transicionales. Lenin ejerció toda su autoridad para orientar a los jóvenes partidos comunistas en esta dirección y alejarlos de posturas ultraizquierdistas, consejistas o bordiguistas. Perry Anderson definió la importancia de este combate afirmando que el frente único representó «el último consejo estratégico de Lenin al movimiento de la clase obrera occidental antes de su muerte».

Estas cuestiones ya habían estado presentes en la Revolución Rusa, pero adquirieron una importancia particular en Europa Occidental. Podríamos decirlo de este modo: estos conceptos son tan indispensables en la estrategia revolucionaria que hasta fueron imprescindibles en el contexto autocrático que enfrentaron los bolcheviques. Es curioso el corolario de este asunto: si algo es una «lección universal» de Octubre son precisamente sus rasgos «occidentales». ×

El fantasma de Lenin en América Latina

Entre el 1 y el 12 de junio de 1929 tuvo lugar en Buenos Aires la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, que reunió a delegados de los partidos comunistas de casi todos los países de la región con enviados de la Internacional Comunista y del PC de Francia y de Estados Unidos.

Es bien conocido el hecho de que, más allá de la creación de organismos regionales y del envío de agentes desde Moscú, la primera aproximación oficial a gran escala desde la Comintern o Internacional Comunista (IC) hacia América Latina tuvo lugar durante la celebración de su VI Congreso en 1928. La desatención de la IC hacia los partidos comunistas latinoamericanos permitió a estos últimos, al menos en sus orígenes, disponer de una autonomía relativa. Tales márgenes de acción, no obstante, acabaron siendo relegados por las

propias direcciones de las secciones latinoamericanas a medida que resolvían tensiones internas y los sectores más proclives a privilegiar el desarrollo local del comunismo eran desplazados.

Representativas de este cambio de situación fueron las expulsiones en las direcciones de los partidos comunistas de Argentina y Chile, así como también en la conducción del Secretariado Sudamericano (SSA), de aquellos líderes que representaban ciertas formas, necesariamente limitadas, de independencia respecto del «partido de la revolución

mundial». En este nuevo entramado de relaciones ocuparon un lugar central la configuración y aprehensión del que sería, hasta el colapso de 1991, el máximo componente de la ideología oficial soviética: el «leninismo».

En efecto, en un intento por dotarse de una nueva legitimidad, la dirección soviética concibió el leninismo como un sistema de pensamiento ordenado, preclaro, unidireccional, sin contradicciones ni fisuras. Desde entonces, y durante toda la existencia de la Unión Soviética, Lenin fue la cita de autoridad que esgrimieron los mandatarios soviéticos, y el monopolio de su exégesis estableció los parámetros y los límites de las expresiones signadas por los «nuevos cursos nacionales» que emergieron en el «socialismo real».

El pensamiento de Lenin sufrió un proceso de instrumentalización dogmática tras su muerte, pasando de constituir un conjunto de estrategias para transformar la realidad social¹ a ser un poderoso factor de legitimación de la dirección soviética. Horacio Tarcus señaló que «Marx no



es el creador del marxismo: este es una creación posterior a su muerte, que recién se estabilizó como sistema doctrinario hacia 1890»². Lo mismo ocurrió con el leninismo, que comenzó a tomar cuerpo con su deceso en 1924 y se consolidó como doctrina desde fines de 1929, cuando el estalinismo se asentó en el poder de manera decisiva y definitiva.

En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, su texto más célebre sobre cuestiones internacionales, Lenin observó que los capitales encontraban un límite para la inversión

doméstica, por lo que debían lanzarse a la conquista de nuevos mercados en el exterior. El gran capital de los países industrializados encontraba predilección por los países atrasados, en donde podía obtener altos rendimientos con costos muy bajos, lo que incrementaba al mismo tiempo sus rasgos monopólicos. Pero dado que la política colonial ejercida por las potencias capitalistas había dado forma por primera vez en la historia humana a la apropiación de todas las tierras del planeta, entonces no quedaba ya más que esperar

una redistribución de los territorios dominados³.

Concebido con el propósito de brindar una interpretación a los factores económicos que decantaron en la Gran Guerra⁴, Lenin buscó sistematizar una teoría del imperialismo desde una perspectiva marxista. La presencia de estructuras económico-sociales coloniales y semicoloniales en donde se conformaba una amplia masa de trabajadores campesinos constituyó la materia prima en torno a la cual desarrolló la noción de «revolución democrático-burguesa». Dado que en los países atrasados el imperialismo no anulaba las leyes del desarrollo y la acumulación capitalistas que, por el contrario, eran impulsadas por las inversiones extranjeras, resultaba factible que emergieran allí las fuerzas sociales anticolonialistas requeridas para dar paso a la instauración de regímenes democrático-burgueses⁵.

Traducido a múltiples idiomas, el folleto de Lenin —escrito en 1916 y publicado al año siguiente— gozó de una enorme popularidad, trascendiendo el ámbito de la intelectualidad y alcanzando a un público amplio⁶. Los cuadros de los partidos comunistas latinoamericanos recogieron sus impresiones sobre el subcontinente y lo asieron como paradigma del análisis de la realidad social autóctona.

Comunismo latinoamericano en la Comintern

A través de la celebración de congresos, dotados en su origen de una periodicidad anual, la IC logró





establecer un vínculo orgánico con las secciones nacionales que la integraban. Pero los partidos latinoamericanos tenían una exigua participación: había habido un representante mexicano en el II Congreso, dos mexicanos y dos argentinos en el III, dos argentinos, un mexicano, un brasilero y un chileno en el IV, un argentino, un mexicano y un brasileño en el V.

Recién con el VI Congreso, celebrado entre julio y septiembre de 1928, las delegaciones latinoamericanas adquirieron mayor representación. Además de lograr un crecimiento numérico, consignado en el derecho a disponer de 17 votos (11 decisivos y 6 deliberativos), se había producido una expansión de los partidos representados: a las nacionalidades que ya habían tomado parte anteriormente, se sumaban delegados comunistas de Colombia, Venezuela, Ecuador, Paraguay y Uruguay.

El curso «bolchevizador» dispuesto por la IC en su V Congreso de 1924 implicó la rusificación de los partidos comunistas. Ante el fracaso de los intentos revolucionarios en que había tomado parte el Partido Comunista Alemán, el Partido Bolchevique emergió como único modelo, a ser imitado por las distintas secciones nacionales. Las crisis internas estaban en los años 20 a la orden del día en los partidos comunistas, razón por la cual la homogeneización ideológica que encerraba en su lógica primaria la bolchevización fue recibida con gran entusiasmo por los sectores mayoritarios de las direcciones comunistas, tan interesadas en ahogar toda posibilidad de expresión disidente. Así, paradójicamente, si bien la

preocupación por lograr la elevación teórica de sus cuadros y militantes fue una constante en las secciones comunistas, al mismo tiempo impidió el maceramiento de pensamientos originales propios.

El análisis que sentenciaba para el conjunto de América Latina la preparación de una revolución agraria antimperialista no discriminaba entre aparatos productivos, formaciones sociales, ni modos de acumulación del capital. No sorprendió entonces que los *apparatchiki* locales de la IC, con el argentino Victorio Codovilla a la cabeza, rehusaran siquiera a polemizar con las proposiciones formuladas por José Carlos Mariátegui alrededor de las genuinas potencialidades revolucionarias de la población indígena en Perú.

Mariátegui buscaba poner su estudio sobre la realidad nacional del Perú en relación con el devenir sociopolítico internacional⁷. No obstante, convencidos de que no se trataba más que de un aspecto marginal y subsidiario de la cuestión campesina en un país semicolonial específico, el responsable máximo de la IC en los asuntos latinoamericanos, el suizo Jules Humbert-Droz, condenó junto a Codovilla las posiciones «pequeñoburguesas» de Mariátegui al tiempo que lo conminaron a recuperar las categorías de análisis «leninistas» que pregonaban en nombre de la IC⁸.

Latinoamérica en clave leninista

La Primera Conferencia Comunista Latinoamericana tuvo lugar en Buenos Aires entre el 1 y el 12 de junio de 1929. Tomaron participación en

ella 38 delegados designados por los partidos comunistas de Argentina, Brasil, México, Uruguay, Colombia, Cuba, Perú, Paraguay, Bolivia, El Salvador, Ecuador, Panamá, Venezuela y Guatemala. El comunismo chileno se había quedado sin la intervención de su delegado a causa de la creciente represión que atravesaba el país. También estuvieron presentes en la Conferencia delegados la IC, del SSA, de la Internacional Juvenil Comunista y de los partidos comunistas de Francia y Estados Unidos. Nunca fue provista una lista completa de los delegados, y solo se puede contar con información sesgada a partir de los materiales de la Conferencia, concentrados exclusivamente en la figura de los oradores⁹.

La Conferencia se preocupó por analizar la naturaleza de la revolución que debía encarar América Latina, considerando que al pervivir formas sociales coloniales y semicolonias y careciendo por tanto de una estructura capitalista, a la región le tocaba atravesar una primera revolución de índole «democrático-burguesa». En este sentido, Lenin había dejado un instructivo crucial para la interpretación de la realidad latinoamericana al plantear que la revolución agraria decantaba en la destrucción del latifundismo y la conformación de una pléyade de pequeños propietarios rurales, lo que implicaba el reemplazo de las relaciones feudales por relaciones capitalistas¹⁰. En ese esquema, el momento más importante de la fase democrático-burguesa en el movimiento revolucionario latinoamericano sobrevendría cuando la clase obrera lograra apropiarse de la hegemonía hasta entonces detentada por

la pequeña burguesía, sentando así las condiciones para iniciar la revolución proletaria. Dado que los partidos y movimientos burgueses y reformistas incluían en sus programas componentes democráticos y antimperialistas, los partidos comunistas creían haber encontrado un punto de contacto con las masas, abarcando amplios círculos de la burguesía nacional, de los intelectuales y de los trabajadores urbanos¹¹.

En las reuniones previas a la celebración de la Conferencia, Codovilla recordó que en el II Congreso de la IC Lenin había sentenciado que para abordar la cuestión colonial era de vital importancia la formación de partidos comunistas que organizaran a los trabajadores y los condujeran hacia la revolución. El líder del SSA fundamentaba en esta tesis su llamado a los comunistas latinoamericanos a consolidar los partidos, desde los cuales se debía organizar, movilizar y concientizar a las masas. En el proceso de conformación de estas vanguardias revolucionarias era importante la promoción de acciones de alcance continental contra el imperialismo.

En el enfoque adoptado por Codovilla, la correcta realización de estas tareas habría de allanar la senda de la revolución democrático-burguesa, la antesala de la revolución proletaria¹². La lucha latinoamericana antimperialista se constituía, además, en un componente central para la lucha internacional contra la guerra. Codovilla sostuvo que Lenin había sentado las bases de la política adoptada por la IC en relación a la posibilidad de establecer alianzas transitorias con la pequeña burguesía durante la etapa de la revolución democrático-burguesa.

Estas alianzas debían ser conducidas y hegemónicas en todo momento por partidos comunistas fuertes, clave para que una vez consumado el triunfo de la revolución democrático-burguesa se pudiera proceder al desarrollo de la revolución socialista¹³.

En el número extraordinario de mayo de 1929 del órgano del Secretariado Sudamericano, *La Correspondencia Sudamericana*¹⁴, se publicó el borrador de las tesis que, habiendo contado con la aprobación del Presidium de la IC, serían discutidas un mes más tarde. Allí se señalaba que, en el lapso entre 1913 y 1927, el capital norteamericano había incrementado sus inversiones en América Latina en un 300%. En el mismo período, la penetración del capital británico había registrado apenas un alza de entre el 15 y el 20%. Aunque políticamente gozaba de una independencia formal, Latinoamérica era considerada como una gran semicolonias regada de latifundios que se erigía en escenario crucial para la competencia interimperialista. En casi la totalidad de los países latinoamericanos, la clase dominante estaba conformada por grandes propietarios terratenientes que oficiaban de enlace de los intereses imperialistas, principalmente de origen británico.

Las resoluciones y tesis de la Primera Conferencia Latinoamericana se publicaron en el número 15 del órgano del SSA¹⁵. Se retomó allí la noción de «tercer período» configurada en el VI Congreso de la IC: la revitalización del capitalismo se expresaba en los países coloniales y semicoloniales latinoamericanos a través de una agravación de la opresión imperialista sobre los obreros

y campesinos. Asimismo, conducía a la profundización de los conflictos interimperialistas que ejercían dominio en la región¹⁶.

La Conferencia consideraba que allí donde existía una burguesía industrial (Argentina, Brasil y Chile), su surgimiento se había producido en vinculación con el imperialismo, principalmente norteamericano. El incipiente proceso de industrialización en América Latina producía entonces el doble efecto de incrementar la penetración del imperialismo y aumentar la importancia del proletariado, que habría de enfrentarlo con fuerza creciente. La identificación con el sujeto revolucionario leninista por antonomasia era total: la clase obrera industrial devenía en actor crucial de la revolución. En su lucha antimperialista, el proletariado debía contar con el compromiso de la masa de campesinos y obreros agrícolas. La cabeza del proceso revolucionario no podía ser otra que la clase obrera, tal como había teorizado largamente Lenin y ratificado empíricamente el Partido Bolchevique en octubre de 1917.

Durante mayo de 1929 se celebró en Montevideo el congreso que dio origen a la Confederación Sindical Latinoamericana¹⁷, cuya finalidad fue contrarrestar la ofensiva antirrevolucionaria que ejercía la Central Obrera Panamericana entre los trabajadores de la región¹⁸. El Comité Pro Confederación Sindical, que precedió a dicha fundación, se hizo eco también del análisis de Lenin sobre los peligros de la guerra imperialista y las posibilidades de estallido social que con ella se abrían. Lenin había presentado a la guerra como parte constitutiva del

→



capitalismo¹⁹. Mientras, la Unión Soviética experimentaba un fuerte crecimiento económico, que muy pronto sería intensificado mediante la implementación de los planes quinquenales.

La invasión al suelo soviético estaba en latencia y su concreción parecía inminente, pero la transformación de esta amenaza en acto podía encontrar una férrea resistencia si se lograba tener éxito allí donde la Segunda Internacional había fallado en 1914: convencer a los trabajadores de los países imperialistas de la derrota que implicaría para el movimiento obrero internacional participar en una guerra contra los trabajadores soviéticos. La resolución del conflicto tenía origen leninista: la guerra entre naciones debía decantar en una guerra entre clases.

De guía para la acción a factor de legitimación

En 1964, Codovilla recordó que la Primera Conferencia Latinoamericana había cumplido la misión histórica de presentar por primera vez un análisis sobre el carácter de la revolución en el continente²⁰. A diferencia de lo que ocurría en los países latinoamericanos, débilmente desarrollados en términos socioeconómicos, Estados Unidos y los países capitalistas de Europa occidental contaban con una burguesía consolidada que ejercía su predominio en los terrenos de la economía y la política. No se debe perder de vista que, en tanto aspiraba a erigirse en partido mundial de la revolución, la IC «era un actor internacional único cuyas unidades locales y centrales debían funcionar y existían como

un organismo solo»²¹. Las tareas que debían desempeñar los partidos comunistas latinoamericanos, en consecuencia, eran bien distintas de aquellas que llevaban adelante los grandes partidos europeos.

Al ser un espacio predilecto para la colocación de activos financieros y comerciales, Latinoamérica era, además, el escenario principal de los crecientes enfrentamientos que tenían lugar entre los países imperialistas. Pero el primer paso que debían dar los comunistas latinoamericanos giraba en torno de la preparación de una revolución democrático-burguesa que diera por tierra con el latifundismo semifeudal²², como recomendaba la IC. La definición del carácter de la revolución en América Latina fue una de las cuestiones centrales que debieron abordar los comunistas del continente, y la Conferencia encontró en esta problemática la columna vertebral que organizó los debates. En la identificación de la naturaleza de las estructuras socioeconómicas latinoamericanas germinó el análisis del carácter del proceso revolucionario y de las tácticas y estrategias que los partidos comunistas trazaron para toda la región.

Los estudios sobre imperialismo firmados por Lenin desempeñaron un papel de primer orden entre los comunistas latinoamericanos a la hora de trazar los diagnósticos de coyuntura y acordar las acciones inmediatas a implementar. Sin embargo, el pensamiento leninista no tardaría en quedar anquilosado. En 1929 comenzó en los partidos comunistas un proceso de estalinización que, tal como lo ha definido Michael Löwy, instituyó en cada uno de ellos «un aparato dirigente —jerárquico,

burocrático y autoritario— íntimamente ligado, desde el punto de vista orgánico, político e ideológico, al liderazgo soviético, que seguía fielmente todos los cambios de su orientación internacional»²².

El leninismo que surgió como ideología de Estado en la Unión Soviética fue adoptado por los partidos comunistas latinoamericanos, convirtiéndose en un factor determinante en el proceso de alineamiento a la IC. Eran tiempos del «tercer período», de la orientación ultraizquierdista de «clase contra clase», y en suelo soviético pronto quedó claro (tal como puede advertirse en el derrotero de las trayectorias de Issak Rubin y de David Riazanov) que quienes adoptaran métodos científicos distantes de la ortodoxia estalinista serían censurados y correrían el riesgo de ser acusados de traición.

La estalinización descartó cualquier empresa de edición crítica de las principales obras del comunismo, el socialismo y el anarquismo para dar paso a la proliferación de manuales oficiales con definiciones conceptuales alambicadas. Esto implicó que, en América Latina, muchas ideas potentes de autores que no pretendían sumarse al cónclave de exégetas del pensamiento de Lenin, como Mariátegui, no pudieran encontrar espacio para su difusión y debate.

Las rigideces del mecanicismo acríptico del leninismo enarbolado por el movimiento comunista internacional se imponía así por encima del dinamismo de la teoría crítica de la revolución pergeñada por Lenin. Bajo el proceso de burocratización encarnado por Stalin y refrendado por las direcciones comunistas

latinoamericanas, la doctrina oficial «leninista» entraría pronto en colisión con el pensamiento vivo de Lenin. ×

- 1 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, Londres/NuevaYork, Verso, 2005, p. 301.
- 2 Horacio Tarcus, «El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas», en *Temas de Nuestra América*, N° 54, 2013, p. 42.
- 3 Lenin, «El imperialismo, fase superior del capitalismo (Ensayo popular)», en *Obras Completas*, vol. XXIII, Buenos Aires, Cartago, 1970, p. 375.
- 4 Marisa Silva Amaral, «Lenin, el imperialismo como fase y reflexiones sobre el imperialismo hoy», *Cuadernos de Economía Crítica*, N° 6, 2017, p. 170.
- 5 Rolando Astarita, «El Imperialismo, fase superior del capitalismo, análisis crítico», en *Hic Rhodus*, N° 10, 2016, p. 15.
- 6 José Ricardo Villanueva Lira, «Las raíces intelectuales de El imperialismo, fase superior del capitalismo (1917)», en *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 30, N° 60, 2021, pp. 279-280.
- 7 Martín Bergel, «El socialismo cosmopolita de José Carlos Mariátegui», en *Nueva Sociedad*, N° 293, 2021, p. 170.
- 8 Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista (en adelante SSA), *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio 1929*, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1930, pp. 199-200.
- 9 Lazar JEIFETS y Victor JEIFETS, «Introduction: The Outcomes of Ten Years of Latin American Communism», en Marc Becker (ed.), *The Latin American Revolutionary Movement. Proceedings of the First Latin American Communist Conference, June 1929*, Leiden/Boston, Brill, 2023, p. 15.
- 10 SSA, *op. cit.*, p. 160.
- 11 N. P. Kalmykov, *Istoriia Latinskoi Ameriki. 1918-1945*, Moscú, Nauka, 1999, pp. 5-6.
- 12 SSA, *op. cit.*, p. 33.
- 13 *Ibid.*, p. 188.
- 14 «Proyecto de tesis sobre el movimiento revolucionario de la América Latina», *La Correspondencia Sudamericana (LCS)*, 2da. época, N° 12, 13 y 14, mayo de 1929, pp. 1-16.
- 15 «La importancia de la Primera Conferencia Comunista Latino-Americana», LCS, N° 15, agosto de 1929. Una reposición crítica del conjunto de estos debates puede consultarse en Mariana Massó, «El Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista: organización y directivas para los Partidos Comunistas de Sudamérica, 1926-1932», en Daniel Gaido, Velia Luparello, Manuel Quiroga (eds): *Historia del Socialismo Internacional. Ensayos marxistas*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020, pp. 737-758.
- 16 «Resolución de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana, sobre la Situación Internacional, de Latino América y los peligros de Guerra», LCS, N° 16, agosto de 1929, p. 6.
- 17 «En vísperas del Gran Congreso Continental Sindical», *El Trabajador Latino Americano (ETLA)*, año II, N° 12, 13 y 14, 28 de febrero y 15 y 31 de marzo de 1929, pp. 1-2.
- 18 «¡Ha surgido la Confederación Sindical Latino Americana! La trascendental importancia de su Congreso Constituyente», *ETLA*, N° 17-18, junio y julio de 1929, p. 2.
- 19 «La guerra que se prepara y nuestras tareas», *ETLA*, N° 4, 30/10/1028, pp. 5-7.
- 20 Codovilla, «La penetración del marxismo-leninismo en América Latina», en *Revista Internacional*, agosto de 1964. Citado en Otto Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, Buenos Aires, Agora, 1999, pp. 522-523.
- 21 Victor JEIFETS, «La Comintern en América Latina: personas y estructuras. Presentación», en *Historia Mexicana*, vol. 72, N° 3 (287), 2023, p. 1316.
- 22 N. P. Kalmykov, «Komintern i kommunisticheskoe dvizhenie v Latinskoi Amerike», en A. O. Chubar'ian (ed.), *Istoriia Kommunisticheskogo Internatsionala, 1919-1943*, Moscú, Nauka, p. 387.
- 23 Michael Löwy, «Introducción. Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina», en M. Löwy (ed.), *op. cit.*, p. 28.

Kollontai y Lenin: por un comunismo que libere a las mujeres

Los pensadores bolcheviques discrepaban, y mucho. Pero los ideales compartidos fueron aún más importantes.

En el centenario de la muerte de Lenin vale la pena examinar su papel en los primeros debates socialistas, muchos de los cuales se repiten hasta nuestros días en los argumentos de la izquierda. Sus desacuerdos con la ideóloga, diplomática y escritora bolchevique Alexandra Kollontai ofrecen una ventana particularmente reveladora de su pensamiento.

Los dos líderes comunistas mantuvieron una profunda camaradería, aunque plagada de conflictos y discrepancias sobre muchas cuestiones. Algunas de estas discusiones condujeron a profundas y duraderas rupturas políticas y personales entre ellos. Sin embargo, sus puntos de acuerdo pueden ser aún más relevantes para

los socialistas de hoy. Lo más significativo fue que Kollontai y Lenin coincidieron en la centralidad de la liberación de la mujer para el comunismo y trabajaron juntos por esos ideales.

Un encuentro valioso

Nacida en la aristocracia, Alexandra Kollontai se convirtió en una de las traidoras de clase más importantes de la historia tras una visita a una fábrica durante la que vio las terribles y peligrosas condiciones de las trabajadoras y observó que un niño había muerto en la «guardería» de la fábrica, al cuidado de una «niñera» de seis años. Más tarde escribió

sobre esta experiencia: «Comprendí hasta el fondo de mi corazón que no podemos vivir como hemos vivido hasta ahora, cuando existen a nuestro alrededor unas condiciones de vida tan terribles y un orden tan inhumano». En otro lugar anotó: «Las mujeres y su destino me ocuparon toda mi vida y la preocupación por su suerte me llevó al socialismo».

En los años previos a la Revolución Rusa, Kollontai se erigió como defensora de las mujeres trabajadoras, así como organizadora, oradora y pensadora. Frente a las feministas burguesas que pretendían dar más igualdad a las mujeres dentro del sistema capitalista, ella sostenía que solo el movimiento de mujeres comunistas dirigido por la clase obrera



podía conseguir la igualdad social. «Al esforzarse por cambiar las condiciones de vida —escribió sobre las mujeres trabajadoras que se declaraban en huelga y se organizaban en las calles de Rusia para llevar a cabo la revolución— ellas saben que también están ayudando a reformar las relaciones entre los sexos».

Pero Kollontai sabía que la igualdad de la mujer no llegaría automáticamente con la disolución del capitalismo, por eso trabajó para construir un comunismo específicamente atento a la liberación de la mujer, luchando a veces contra comunistas que no compartían este objetivo.

Lenin no era uno de estos comunistas patriarcales. Estaba totalmente de acuerdo con Kollontai en que las trabajadoras eran fundamentales para la revolución comunista y tenían preocupaciones específicas que solo el comunismo podía abordar. Además de ser explotadas por los patrones capitalistas, escribió Lenin, las mujeres eran «esclavas del dormitorio, la guardería y la cocina». Estaba convencido de que el comunismo liberaría a las mujeres de la subordinación patriarcal y de la monotonía de las tareas domésticas, y argumentaba que estas últimas eran un desperdicio del valioso trabajo de

las mujeres y que contribuían a su opresión dentro del hogar, a la que se refería como «esclavitud doméstica».

Lenin estaba profundamente influido por las mujeres comunistas que le rodeaban, y Kollontai a menudo formaba parte de ese círculo. Lenin apoyaba el derecho al aborto, la anticoncepción y el derecho al divorcio, punto este especialmente controvertido entre los socialistas, algunos de los cuales argumentaban que a corto plazo causaría miseria a las mujeres y los niños porque serían demasiado pobres para sobrevivir sin los hombres. Aunque reconocía el problema, Lenin insistía en que si las mujeres no podían tomar decisiones sobre sus propias vidas entonces no disfrutaban de plenos derechos democráticos.

Él y Kollontai, junto con su camarada alemana Clara Zetkin, desempeñaron un papel decisivo en la creación del Día Internacional de la Mujer, que todavía se celebra hoy (aunque con una considerable cooptación capitalista). Lenin escribió, bajo la influencia de Kollontai: «Si no atraemos a las mujeres a la actividad pública, a la milicia, a la vida política —si no arrancamos a las mujeres de la atmósfera mortífera del hogar y la cocina—, será imposible asegurar la libertad real. Será imposible asegurar la democracia, por no hablar del socialismo». De hecho, la organización de las trabajadoras —profundamente explotadas en el





**Tras la marginación
de Kollontai,
la dirigencia soviética se mostró
mucho menos comprometida
con la igualdad de la mujer:
el gobierno padecía tanto la falta
de recursos como
las actitudes patriarcales.**

trabajo y agotadas por sus segundos turnos en casa— fue crucial para el éxito de la revolución bolchevique.

No se trataba solo de un acuerdo filosófico entre los dos pensadores sino de un profundo compromiso institucional: tras la revolución, Lenin nombró a Kollontai comisaria de Bienestar Social, cargo desde el que ayudó a legalizar el aborto, el divorcio y el control de la natalidad. También se impuso la igualdad salarial para las mujeres y una licencia remunerada para las madres primerizas, al tiempo que el matrimonio eclesiástico fue sustituido por el civil. Se despenalizó el trabajo sexual y se abolió el estatus legal de «ilegitimidad» para los hijos de padres no casados.

Kollontai también estableció maternidades gestionadas por el gobierno, en las que tras el parto las madres podían recuperarse junto con sus bebés. Se apoyó la lactancia materna mediante una serie de políticas gubernamentales y se

establecieron cocinas y lavanderías comunales para aliviar a las mujeres trabajadoras de las tareas domésticas (estas no tuvieron mucho éxito, ya que carecían de financiación adecuada y los servicios acabaron siendo deficientes: la comida era mala y la ropa solía rasgarse en las lavanderías).

En este prometedor periodo, la Unión Soviética también promulgó el sufragio femenino, un par de años antes que Estados Unidos. En 1919, Kollontai e Inessa Armand —otra camarada cercana a Lenin— crearon el *Zhenotdel*, un departamento especial dedicado a las necesidades de las mujeres.

Ninguna guerra salvo la guerra de clases

Con consecuencias menos prácticas pero igualmente importantes en la historia del pensamiento

antimperialista, ambos estuvieron también unidos contra la Primera Guerra Mundial. Mientras los socialistas europeos se alineaban con sus gobiernos en torno a este derramamiento de sangre épicamente inútil, Lenin y Kollontai —a menudo adversarios políticos en los años que condujeron a la Revolución de Octubre— se unieron tanto en la oposición a la guerra imperialista como en las razones para ello.

Kollontai formó parte de los mencheviques hasta 1914, cuando se unió a los bolcheviques debido a la firme línea antibelicista de estos últimos. En 1916 escribió que la causa de la guerra era el capitalismo y argumentaba que los trabajadores de todo el mundo debían unirse contra la clase dominante en lugar de matarse unos a otros. «Mi enemigo está en mi propio país — declaró — y esto aplica para todos los trabajadores del mundo». Ella y Lenin colaboraron estrechamente en ensayos y declaraciones de este tipo, intentando que los partidos socialistas de otros países se unieran a esta posición antibélica.

Las discusiones entre Kollontai y Lenin sobre cómo enmarcar la oposición comunista a la guerra llevaron a Lenin a hacer importantes distinciones, rechazando lo que él llamaba el pacifismo «pequeñoburgués» y «provinciano» que rechaza «la guerra en general». Como explicó en una carta de 1915 a Kollontai, en la que afinaba una declaración marxista internacional de izquierda que se oponía a la Primera Guerra Mundial para presentarla en la primera Conferencia Socialista Internacional: «Eso no es marxista... Creo que es erróneo en teoría y dañino en la práctica no distinguir

entre distintos tipos de guerras. No podemos estar en contra de las guerras de liberación nacional» (como, por ejemplo, las luchas anticolonialistas de países como la India para liberarse de la dominación británica). Kollontai tampoco era pacifista y exhortaba: «Volvamos nuestros fusiles y pistolas contra nuestros verdaderos enemigos comunes», es decir, los capitalistas. Más tarde, los comunistas convertirían esta idea en un eslogan conciso: «¡Ninguna guerra salvo la guerra de clases!».

Discrepancias

Sin embargo, los dos pensadores tenían algunas diferencias cruciales. Unos años después de la revolución, Kollontai se unió a la tendencia llamada Oposición Obrera, crítica de la burocracia del partido y preocupada porque ya no se representaba a los trabajadores. En un panfleto de 1921 abogaba por más poder para los sindicatos y contra lo que consideraba el creciente poder de los profesionales tecnócratas de clase en el partido y el gobierno. Al año siguiente, Lenin aprobó una resolución del partido que prohibía el «fraccionalismo», clausurando de hecho la Oposición Obrera. Ese fue el fin de su influencia sobre Lenin o los bolcheviques.

Después de eso, Kollontai fue marginada dentro del gobierno y del Partido Comunista, aunque tuvo una larga carrera diplomática representando lealmente a la Unión Soviética en Noruega, México y Suecia. Pero tras la marginación de Kollontai la dirigencia soviética se mostró mucho menos comprometida con la igualdad de la mujer: el

gobierno padecía tanto de falta de recursos como de actitudes patriarcales hasta que, tras la muerte de Lenin, Stalin disolvió el *Zhenotel* y volvió a ilegalizar el aborto.

Kollontai y Lenin discreparon también sobre moralidad sexual: mientras que la primera argumentaba a menudo que el comunismo conduciría a un tipo de amor diferente y menos posesivo entre hombres y mujeres, así como a un *ethos* sexual más moderno, el segundo pensaba que tales ideas eran libertinas y frívolas. Kollontai no fue la única mujer cercana a Lenin que discrepó con él en estas cuestiones, ya que también discutió con Inessa Armand y Clara Zetkin.

Considerando su apoyo al derecho al aborto e incluso a la despenalización del trabajo sexual, no puede decirse que Lenin fuera conservador en lo social, pero a veces lo irritaba el radicalismo de las mujeres de su círculo. Y no era el único: las ideas de Kollontai sobre moralidad sexual eran con frecuencia objeto de burla por parte de compañeros comunistas socialmente muy conservadores, a veces en términos crudos y sexistas. Como escribió Sheila Robotham en 1971, también las mujeres de clase trabajadora criticaban a veces sus ideas sobre el amor libre, dado que la anticoncepción no estaba muy extendida; «las campesinas sabían muy bien que —bromeaba Robotham— si te gusta andar en trineo tienes que estar dispuesta a subirlo a la colina».

Socialismo y familia

La gente sigue discutiendo sobre las cuestiones que dividieron a Kollontai y Lenin a lo largo de su

camaradería. En Estados Unidos, por ejemplo, se critica a menudo a los Socialistas Democráticos de América (DSA) y a otras organizaciones de izquierda por conseguir a gran parte de su membresía y dirigencia de entre lo que Barbara y John Ehrenreich llamaron alguna vez «la clase profesional-gerencial» en lugar de nutrirse de la clase trabajadora.

Haciéndose eco del panfleto de Kollontai de 1921 «Oposición obrera», muchos de estos críticos argumentan que el sindicalismo de base es un espacio más sólido para la organización socialista que la organización electoral o en torno a otros conflictos puntuales. Pero los propios Ehrenreich argumentaban que la proletarianización de las profesiones —y, podríamos añadir, la creciente dificultad de alcanzar una vida de clase media debido al alto costo de la sanidad, la vivienda y la educación superior— crean una situación en la que parte de la llamada «clase directiva profesional» quiere genuinamente el socialismo y aporta su educación y conocimientos técnicos a la causa (en cuanto al sindicalismo frente al electoralismo, ambos son cruciales y no es productivo forzar una elección: en los últimos años los socialistas han obtenido algunas victorias utilizando ambas tácticas).

La moral sexual también puede ser un factor de división entre socialistas. Aunque ya nadie discute si el «amor libre» debería formar parte de una sociedad comunista —tanto el tabú como el exuberante *ethos* liberacionista están obsoletos—, el abolicionismo familiar está teniendo un pequeño retorno

→



entre los intelectuales marxistas. Mientras que algunos pueden acoger con satisfacción el socialismo como forma de fortalecer la familia nuclear, dando a la gente más tiempo fuera de la esclavitud asalariada para criar a sus hijos y generar el acceso a guarderías gratuitas y la universidad, otros pueden abrazar el potencial socialista para liberarnos de las relaciones obligatorias, lo que nos permite sobrevivir económicamente sin el matrimonio o la forma de familia nuclear.

En efecto, el socialismo tiene el potencial de mejorar la vida íntima de las personas de diversas maneras, y estas no están necesariamente en conflicto. En lo personal, prefiero optar por la noción de Kristen Ghodsee de «expansionismo familiar», basado en las ideas de Kollontai sobre la colectivización de los deberes de la familia, un concepto que deja abierto el horizonte político respecto a cómo la gente podría elegir organizar su vida privada si contara con más libertad económica.

La propia Kollontai, como Engels antes que ella y Simone de Beauvoir después, era por esa misma razón agnóstica en cuanto a si la familia persistiría o no, pero sabía —e insistía en ello— que se transformaría luego de una serie de cambios profundos en la estructura social y las condiciones materiales. Con mejoras en las condiciones materiales de las mujeres, argumentaba, esos cambios en la vida familiar serían para mejor.

Hoy en día, la abolición de la familia plantea solo una división en el ámbito teórico ya que todos los socialistas están de acuerdo en que los padres necesitan más apoyo o en que las guarderías deben ser gratuitas,

por ejemplo. Pero hay cuestiones sociales contemporáneas que sí dividen a los socialistas. En México, por ejemplo, el presidente López Obrador abrazó muchas políticas económicas de izquierdas combinándolas con una retórica antigay o antitransgénero y lo mismo ocurre con los dirigentes chinos. En los círculos intelectuales anglosajones, algunos conservadores sociales poco amigos de los derechos trans han abrazado ideas económicas socialdemócratas.

Sin embargo, gran parte de la izquierda global apoya, con razón, los derechos, la seguridad y las libertades de las minorías sexuales tanto por una cuestión de solidaridad como por una visión antipatriarcal que puede verse como una continuación del legado de Kollontai y que probablemente esté en desacuerdo con la perspectiva más conservadora de Lenin.

Actualidad

Aunque sus desacuerdos puedan resonar hasta nuestros días, los momentos de convergencia de Lenin y Kollontai tienen incluso mayor relevancia actual en tanto que la guerra y la situación de las mujeres son preocupaciones profundamente mayoritarias.

Con el retorno del fascismo patriarcal en todo el mundo y la absoluta falta de respuestas ofrecidas por los partidos centristas, vale la pena revivir el compromiso compartido de Lenin y Kollontai en lo que hace a los derechos de las mujeres, desde el derecho al aborto hasta las licencias remuneradas por maternidad. Y también vale la pena recuperar su coincidencia en la oposición a la guerra imperial, posición que si

bien sigue siendo fuerte en todo el Sur Global, en los últimos años se ha debilitado mucho en Estados Unidos y en Europa.

Una reflexión sobre estos dos pensadores comunistas debería inspirarnos para volver a poner a la igualdad de género y al antimperialismo en el centro del pensamiento de izquierdas. Las cuestiones sobre las que Lenin y Kollontai discreparon son interesantes y difícilmente irrelevantes hoy en día, pero los socialistas realmente hacemos historia cuando somos capaces de encontrar un terreno común. Aunque Lenin y Kollontai no crearon un comunismo que emancipase verdaderamente a las mujeres, sí promulgaron muchas políticas progresistas que marcaron una diferencia en la vida de las mujeres soviéticas y, como argumentó Kristen Ghodsee, presionaron a los gobiernos capitalistas de todo el mundo para hacer lo mismo.

En marzo de 1917, pocos meses antes de la revolución, Lenin escribió a Kollontai una carta cálida y entusiasta, llena de promesas sobre el mundo que estaban construyendo juntos. Utilizó rótulos respetuosos pero efusivos —tanto «Suyo» como «Todo lo mejor»— e incluso una exclamación: «¡Le deseo mucho éxito!». En aquel momento, Lenin reflexionaba sobre el poder que estaban construyendo entre la clase trabajadora para ganar «pan, paz y libertad». Hoy esto funciona como recordatorio de la potencialidad de una camaradería y de unos ideales que el mundo sigue necesitando desesperadamente. ✕

**FUNDACIÓN
ROSA LUXEMBURGO**
OFICINA CONO SUR



Democracia
Feminismos
Sindicalismo
Ecosocialismo

Más información en rosalux-ba.org



@fundacionrosaluxemburgo
buenosaires



@ROSALUX_CONOSUR



@rosalux_conosur 47

ILUSTRACIÓN JAVIER REBOURSIN | ENTREVISTA POR MARTÍN MOSQUERA

Mute Compulsion propone un análisis específico del poder económico del capital. El libro de Søren Mau es de aquellas obras que se vuelven inmediatamente imprescindibles al llenar un hueco que no sabíamos que teníamos.



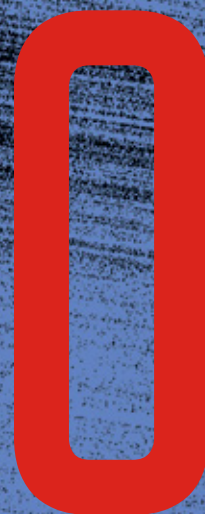
S

Ø

R

E

LOS HILOS INVISIBLES DEL CAPITALISM



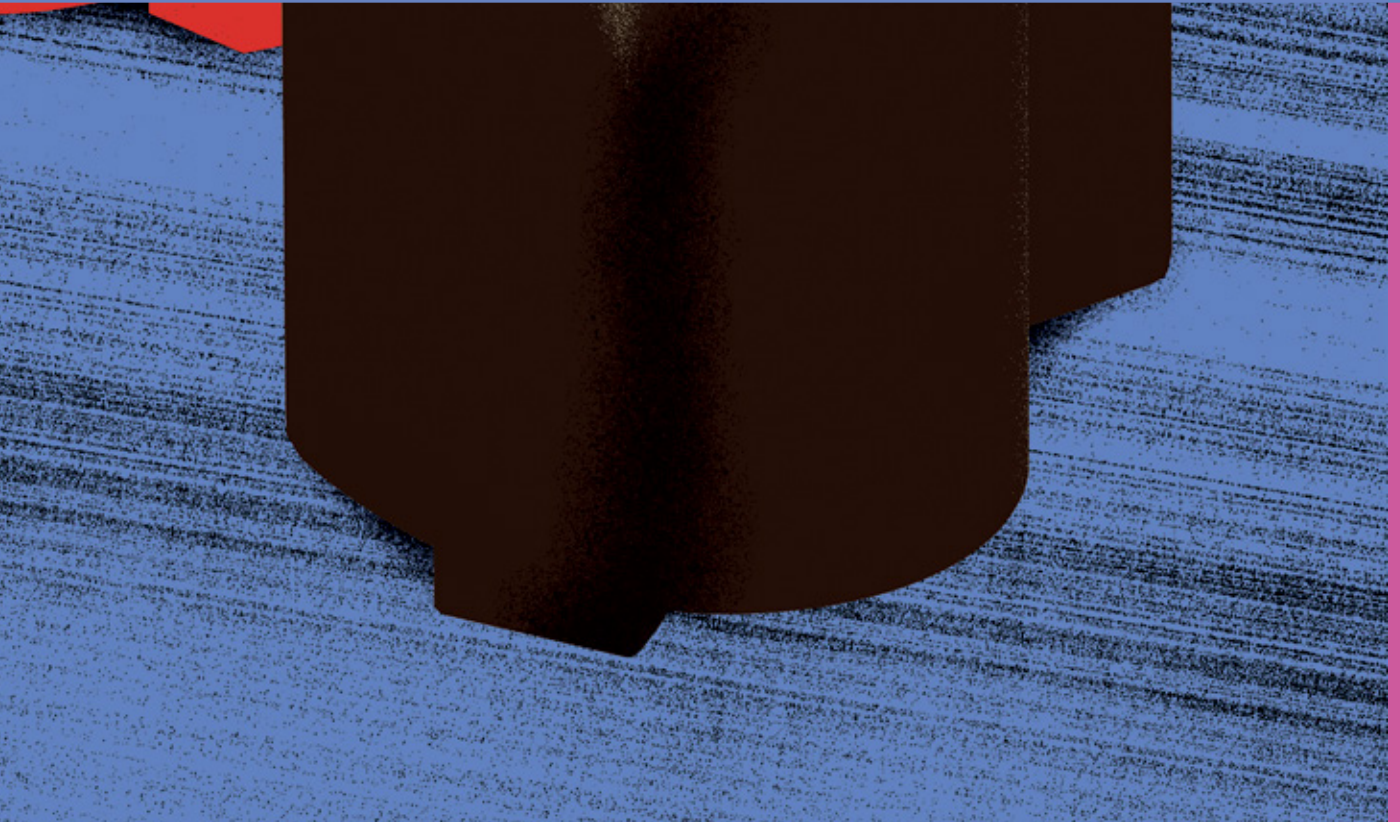


N

M

A

U



La publicación de *Mute Compulsion: A Marxist Theory of the Economic Power of Capital* (Verso, 2023) del joven marxista danés Søren Mau fue todo un acontecimiento editorial e intelectual. Allí el autor se adentra en la tarea de definir la naturaleza históricamente inédita de la «compulsión económica» que emerge con el capitalismo. Es decir, el poder abstracto e impersonal que Marx definió genialmente como la «compulsión muda de las relaciones económicas».

Ahora bien, sucede algo realmente curioso con este libro. Los análisis sobre el carácter abstracto e impersonal de la dominación capitalista estuvieron especialmente presentes en la teoría marxista de las últimas décadas. Desde los años 1970, un amplio grupo de pensadores se ha dedicado de manera constante a explorar esta cuestión. Este enfoque ha sido particularmente promovido por la corriente conocida como la «Nueva lectura de Marx», que tiene en Michael Heinrich a una de sus figuras principales. Otros autores, como Moishe Postone, el grupo *Krisis* en Alemania y toda la escuela de la «crítica del valor», también han contribuido a esta

línea de investigación. En conjunto, esta corriente representa una de las perspectivas marxistas más productivas y creativas en la escena contemporánea.

Sin embargo, no contábamos hasta el momento con un análisis sistemático y diferenciado del poder económico del capital. El texto de Mau es de aquellos libros que se vuelven inmediatamente imprescindibles al llenar un hueco que no sabíamos que teníamos.

En el prólogo al libro, Michael Heinrich describe bien esta situación paradójica: «Hasta ahora, nunca se me había ocurrido que este concepto pudiera necesitar un análisis aparte. Mi sorpresa fue similar a la que se produce en una partida de ajedrez cuando, en una apertura que ha sido analizada en la mayoría de las variantes hasta la decimoquinta o vigésima jugada, uno se enfrenta a una innovación en la cuarta. O esa jugada es terriblemente estúpida o es increíblemente buena».

Desde *Jacobin* conversamos con Mau sobre la naturaleza del poder económico del capital, exploramos las implicaciones políticas de tal naturaleza y examinamos el concepto de sociedad comunista que se deriva de este análisis.

MM. ¿Podrías resumir brevemente qué se entiende por poder económico del capital?

SM. El poder económico del capital, o compulsión muda, es la capacidad del capital para moldear nuestro entorno material y social de manera que nos obligue a reproducir su lógica. Es una forma distinta de poder abstracto e impersonal que no puede reducirse ni a la violencia ni a la ideología. Pero es crucial para la reproducción del capitalismo, y por lo tanto también para que los revolucionarios lo desmantelen.

Creo que debemos tener cuidado de no esperar directrices estratégicas y tácticas de teorías abstractas del capitalismo en su promedio ideal. La estrategia y la táctica tienen que surgir de análisis concretos de situaciones concretas, como decía Lenin. Pero nuestra conceptualización del capitalismo obviamente nos proporciona una definición negativa de lo que implicaría un modo de producción no capitalista. Así que, en ese sentido, la forma en que definimos el capitalismo tiene consecuencias sobre el modo en que pensamos en una sociedad poscapitalista o comunista.

MM. ¿Podría haber poder económico en una sociedad socialista o comunista?



EL PODER ECONÓMICO
NO ES MÁS QUE LA
CAPACIDAD DE MODELAR
EL ENTORNO MATERIAL
Y SOCIAL DE LAS
PERSONAS DE FORMA
QUE LES OBLIGUE
A ACTUAR DE UNA
DETERMINADA MANERA.



SM. En su sentido más abstracto, el poder económico no es más que la capacidad de modelar el entorno material y social de las personas de forma que les obligue a actuar de una determinada manera. En principio, creo que es posible imaginar un uso comunista de dicho poder, es decir, una situación en la que tomemos una decisión colectiva y democrática sobre la organización de nuestra reproducción colectiva de forma que se contrarreste materialmente cualquier tendencia al restablecimiento de la sociedad de clases.

MM. En una entrevista expresaste que una de las conclusiones de tu análisis es que el socialismo no puede coexistir con ninguna forma de mercado, ya que la presencia de un mercado implica la existencia de capitalismo. ¿Cuál es tu perspectiva con respecto a la fase de transición entre el capitalismo y el socialismo (o comunismo)? ¿Crees que es factible, en esa etapa, combinar la socialización de los grandes medios de producción con ciertas relaciones mercantiles? ¿O ves alguna posibilidad de implementar el comunismo de manera inmediata o, siguiendo la terminología de Negri, de un «comunismo sin transición»?

SM. No creo que sea posible responder a esa pregunta a nivel general. Eso va a depender de las especificidades de la situación revolucionaria. Pero definitivamente creo que la idea de una economía de mercado no capitalista es profundamente contradictoria, ya que la generalización de las relaciones de mercado presupone la proletarización, es decir, la dominación de clase.

MM. Recientemente, Kohei Saito afirmó que, al adoptar el enfoque de Michael Heinrich sobre el capital como una lógica social, no incluye en su análisis a la lucha de clases. Dado que tus propios argumentos se apoyan en gran medida en la obra de Heinrich, ¿cuál es tu perspectiva respecto a esta conclusión? En otras palabras, en tu análisis lógico del capitalismo, ¿qué espacio hay para la lucha de clases, la contingencia y la agencia política?

SM. Ha habido una tendencia en la teoría de la forma del valor a restar importancia o ignorar las relaciones de clase, y creo que eso es en muchos sentidos un error. Heinrich —en contraste con pensadores como Postone o Kurz— es bastante claro sobre la relación necesaria entre la dominación universal de todos por el valor y la dominación de los proletarios por los capitalistas.

El capitalismo es necesariamente un sistema de dominación de clase. Sin embargo, creo que es importante señalar que el antagonismo de clase fundamental que subyace al modo de producción capitalista no es la relación entre los trabajadores asalariados (o incluso los trabajadores en un sentido más amplio) por un lado y los capitalistas por otro, sino entre los proletarios —es decir, las personas sin propiedad que dependen de los circuitos del capital para su reproducción, independientemente de si trabajan o no, o del tipo de trabajo que realizan— y los capitalistas. Y creo que es importante tener esto en cuenta cuando hablamos de lo que es la «lucha de clases».

La lucha de clases no es solo la de los trabajadores asalariados que se organizan en el punto de producción, sino algo que tiene lugar en todo lugar donde la gente lucha por liberar las condiciones de vida de la lógica totalizadora del beneficio.

MM. A diferencia de otros autores contemporáneos —con los que tu análisis tiene puntos en común, como los mencionados Postone o Kurz—, tu trabajo reconoce la centralidad de la clase obrera. ¿Podrías explicar tu concepción





de la centralidad obrera y de la relación de esta con otras opresiones sociales (género, raza, etcétera)?

SM. El capitalismo siempre ha dependido profundamente de la opresión de género y racial. Como comunistas luchamos por la libertad, que es lo mismo que decir que luchamos contra cualquier forma de dominación y opresión, y por eso creo que es importante rechazar cualquier intento de dar prioridad a una lucha sobre otras. Además, a nivel táctico y estratégico, la dominación de clase es imposible de desligar completamente de la opresión de género y racializada.

Debemos luchar contra todo esto al mismo tiempo, y en muchas situaciones concretas lo «más anticapitalista» que se puede hacer —es decir, la forma más eficaz de combatir al capital— podría ser participar en luchas contra el sexismo o el racismo que podrían no ser explícita o inmediatamente «anticapitalistas», pero que podrían tener el mayor potencial para derrocar el dominio del capital atacando los fundamentos de género o raciales del capitalismo. Pero, de nuevo, depende de la situación concreta.

MM. Creo haber notado que algunos de tus lectores se sintieron decepcionados por ciertas afirmaciones de tu texto «El comunismo es libertad», como tu respaldo a formas de democracia representativa en el comunismo. Me parece que esos lectores están más cercanos a la perspectiva de grupos como *Endnotes* o *Krisis*, que abogan por alguna forma de democracia directa a gran escala que evite mediaciones representativas. Creo que esta última concepción piensa en la sociedad comunista como un retorno, en última instancia romántico, a algún tipo de unidad orgánica y funcional que evite las mediaciones políticas. Y considero que *Mute Compulsion* plantea una poderosa crítica a este tipo de enfoques. ¿Cuál es tu opinión sobre esta cuestión?

SM. No veo el problema de la representación como tal. Definitivamente veo el problema con la «democracia representativa» tal y como la conocemos, pero creo que es posible utilizar la representación —junto con otros mecanismos políticos, como el sorteo o la participación directa— de forma comunista, especialmente si se combina con principios de revocabilidad (como mandato imperativo), rotación, etc. ¿Por qué es un problema que alguien te represente? A nivel filosófico, podríamos incluso decir que en cualquier caso todo el mundo está ya representado, en el sentido de que el rechazo de la



LA FORMA EN QUE
DEFINIMOS EL
CAPITALISMO TIENE
CONSECUENCIAS
SOBRE EL MODO
EN QUE PENSAMOS
EN UNA SOCIEDAD
POSCAPITALISTA O
COMUNISTA.

representación se basa en una idea insostenible de una autopresencia originaria.

MM. Ese texto también presenta algo que me pareció particularmente interesante: una recuperación de la distinción de Marx entre el «reino de la necesidad» y el «reino de la libertad». En lugar de presentarlos como momentos cronológicos (donde el «reino de la necesidad» se asocia a las sociedades de clases y el «reino de la libertad» al comunismo), se plantean como instancias que se combinan irreductiblemente al interior del comunismo.



Y algo que me llamó especialmente la atención es que el «reino de la libertad» es el de las iniciativas privadas, es decir, la parte de la economía que queda fuera de la planificación democrática general y que tiene que ver con lo que la gente puede hacer en su tiempo libre. En cambio, el mundo «público» (el de la planificación democrática) parece ser siempre del orden de la necesidad, lo que en cierto modo invierte gran parte de la concepción marxista del comunismo. Incluso me recordó la concepción de Hayek de la libertad como libertad siempre económica. ¿Podrías ampliar este punto?

SM. En realidad no estoy seguro de que sea una buena idea utilizar esos términos. La «necesidad» en el «reino de la necesidad» se refiere al hecho de que siempre será necesario que los seres humanos trabajen para vivir, por lo que siempre hay cierta cantidad de trabajo necesario que hay que hacer. En una sociedad comunista, este trabajo se organizaría democráticamente. Al menos así es como yo entiendo el uso que Marx hace de esas expresiones en el famoso pasaje del tomo tercero de *El capital*.

Pero es importante señalar que en un sentido político es un poco engañoso caracterizar esto como un reino de la «necesidad», ya que en una sociedad comunista organizaremos las actividades en este reino democráticamente y, por lo tanto, serían tan *libres* como fuera posible. En ese sentido, el reino de la necesidad natural también sería un reino de libertad política. Para evitar confusiones sobre de qué tipos de necesidad y libertad estamos hablando aquí, en realidad prefiero hablar de estas «esferas» de otra forma, y por eso utilizo los conceptos de sectores «público» y «privado» en mi ensayo.

Pero esos términos también son problemáticos, me parece, porque están muy estrechamente relacionados con la economía capitalista. Así que creo que tendremos que inventar nuevos conceptos para distinguir entre las actividades económicas bajo el comunismo a aquellas que están organizadas por instituciones políticas de otras que serían organizadas directamente por los propios camaradas.

→



MM. El sector privado de la economía al que haces referencia, donde también existiría el dinero como medio de cambio, ¿no es una forma de mercado compatible con una sociedad comunista?

SM. Sí y no. Mi punto es simplemente que en una sociedad comunista no sería necesario prohibir el intercambio y que las relaciones de intercambio no serían un peligro para un modo de producción comunista. Una de las ideas importantes de historiadores marxistas como Ellen Wood y Robert Brenner es que no hay ninguna tendencia histórica a que el intercambio y el comercio se conviertan en capitalismo, que solo surge cuando la gente se ve obligada a depender del mercado para sobrevivir.

Si un modo de producción comunista garantiza a todos el acceso incondicional a todo lo que necesitan para vivir una vida buena y estable (como alimentos, medicinas, vivienda, educación), la existencia de algún tipo de relaciones de mercado nunca sería una amenaza. Así que si algunos comuneros, por la razón que sea, quisieran dedicar parte de su tiempo libre a producir e intercambiar bienes o servicios, no habría ninguna razón para prohibirlo, aunque decidieran ganar su propio dinero. Mientras la tierra y la fuerza de trabajo no se mercantilicen, y mientras nadie dependa del mercado, las relaciones de intercambio nunca serán más que marginales.

MM. Para concluir, me gustaría conocer tu opinión acerca de las experiencias revolucionarias del siglo XX. ¿Cuál es la relación entre las sociedades que surgieron de esos triunfos revolucionarios y el concepto de socialismo? ¿Qué enseñanzas podemos extraer de esas experiencias para la lucha socialista en este siglo?

SM. Muchas de las revoluciones socialistas del siglo XX fueron auténticos movimientos emancipadores. Pero por una serie de razones diferentes, que no pueden resumirse en unas pocas frases, todas acabaron en sistemas políticos autoritarios que estaban muy lejos del ideal comunista de libertad. Creo que es sumamente importante aprender de las victorias, las derrotas y los errores de los movimientos socialistas del siglo XX y, aunque es imposible sintetizar estas lecciones en forma de consigna, creo que una de las lecciones quizá más importantes que hay que aprender de esas experiencias es que la abolición del capitalismo debe implicar también la abolición del Estado-nación moderno. ×



SI UN MODO DE PRODUCCIÓN COMUNISTA GARANTIZA A TODOS EL ACCESO INCONDICIONAL A TODO LO QUE NECESITAN PARA VIVIR UNA VIDA BUENA Y ESTABLE, LA EXISTENCIA DE ALGÚN TIPO DE RELACIONES DE MERCADO NUNCA SERÍA UNA AMENAZA.

capital cultural

PARA UNA CULTURA PROLETARIA

Diecisiete películas soviéticas

[De 1 (*) a 4 (****) por nivel de atractivo visual]

La Revolución de Octubre dio rienda suelta a una brillantez cinematográfica que ni siquiera décadas de censura política pudieron extinguir.

Las extraordinarias aventuras de Mr. West en el país de los bolcheviques* (Lev Kuleshov, 1924) *

Hoy en día resulta algo raro y refrescante ver una película en la que los comunistas rusos se burlan de los capitalistas estadounidenses. Esta comedia muda trata de las desventuras en la Unión Soviética de un americano llamado J. West, «Presidente de la YMCA», que parece un Harold Lloyd de mediana edad, un poco chiflado. Ha leído «ciertas revistas de Nueva York» antes de su viaje y, en consecuencia, trae consigo una bandera estadounidense para hacerla ondear, además de un compañero vaquero algo loco. Mr.

West ve amenazadores «bárbaros bolcheviques» detrás de cada árbol, todos ellos, en su febril imaginación, luciendo enormes bigotes, sombreros de piel raídos y un montón de armas asesinas. Aunque Mr. West se ve amenazado en Rusia, es por aristocráticos rusos blancos empobrecidos. Finalmente, Mr. West es rescatado por unos amables rojos.

Si bien la película se alarga un poco y la comedia no parece ser el fuerte de Kuleshov, es una de las primeras que surgieron de la Escuela de Cine de Moscú que cofundó, donde enseñó teoría y práctica cinematográfica básica a pioneros del cine de montaje soviético como Vsevolod Pudovkin y Sergei Eisenstein.

Kuleshov demostró mediante la experimentación que el montaje es fundamental en el arte cinematográfico. Si has oído hablar de Kuleshov, es por su famoso experimento que reveló el «Efecto Kuleshov». El experimento demostró que el público atribuía la emoción adecuada al actor cuyo rostro se intercalaba con tomas de diversos estímulos, como un plato de sopa, un ataúd o la puerta abierta de una prisión. Los espectadores elogiaron la capacidad del actor para transmitir hambre, tristeza y alegría. El remate era que se trataba siempre de la misma toma del rostro neutro del actor, una revelación que contribuyó a disminuir el deseo de los teóricos del cine de estudiar seriamente la interpretación cinematográfica durante décadas.

La huelga* (Sergei Eisenstein, 1925) **

Primer largometraje de Sergei Eisenstein tras años de dirigir teatro de propaganda agitadora radical, *La huelga* es recordada hoy por su escena culminante, que muestra la

masacre de trabajadores en huelga simbólicamente intercalada con la espeluznante matanza de un toro que sigue siendo angustiosa de ver. Francis Coppola robó la idea de la matanza simbólica del toro para el final de *Apocalypse Now*.

El acorazado Potemkin (Sergei Eisenstein, 1929) ****

La película más famosa de Eisenstein es la que asombró al mundo y fue prohibida en varias naciones occidentales durante décadas. Incluso Stalin acabó archivándola por miedo a su poder para incitar a la rebelión. Como expresó con admiración rencorosa el ministro de propaganda del Tercer Reich, Joseph Goebbels: «Cualquiera que no tuviera convicciones políticas firmes podría convertirse en bolchevique después de ver la película». Las sensacionales técnicas de montaje de Eisenstein en ciertas secuencias famosas se ven cada vez mejor con el paso del tiempo y los estilos de corte cinematográfico populares se vuelven casi tan rápidos y furiosos como los de Eisenstein.

Cuando un maltratado marinero de la Armada Imperial Rusa destinado al acorazado Potemkin se harta de otra ración de carne agusanada expresa su hartazgo rompiendo un plato, cuyas esquirlas abren un extenso acto de violencia popular que llevará a Rusia desde el año inicial de 1905, en el que se sitúa el film — con sus huelgas obreras, revueltas campesinas y motines militares — hasta 1925, cuando Eisenstein termina alegremente la película de acuerdo con las teorías de la dialéctica marxista, pasando por la agitación mundial de la revolución de 1917.

La legendaria secuencia de la escalinata de Odessa sigue siendo el

montaje más famoso de la historia del cine (con la posible excepción de la escena de la ducha en *Psicosis*, de Alfred Hitchcock). En ella, una fuerza militar zarista de formidable uniformidad maquinales desciende por las escaleras masacrando a los ciudadanos que se dispersan ante ella. Quienes dudan, protestan o piden clemencia son degollados con el mismo ritmo mecánico, dejando a todos los rostros de las víctimas por siempre en el recuerdo: la madre que lleva a su hijo pisoteado, la viuda con el cochecito de bebé que es arrojado por los escalones al recibir un disparo y caer contra él o la mujer cuyas gafas se rompen en un corte de montaje que representa el golpe de una espada.

La madre (Vsevolod Pudovkin, 1926) ***

Basado en una novela de Máximo Gorki, el drama mudo de Pudovkin sobre la radicalización política de una mujer oprimida de mediana edad sigue teniendo un impacto sorprendente. En su momento fue la más popular de todas las películas soviéticas de montaje en la URSS. Obsérvese el ingenioso trabajo de cámara al principio del film, con planos de gran angular que muestran desde arriba a la despreciada criatura agotada por el trabajo y los abusos a manos del bruto borracho de su marido. Los planos se nivelan a medida que la madre se ve arrastrada a las actividades revolucionarias de su hijo idealista y terminan con enfoques bajos que miran con admiración a la revolucionaria transformada mientras toma la bandera roja caída y lidera a los manifestantes en su camino para liberar a los presos políticos, entre los que se encuentra su hijo. La graduada en el

Teatro del Arte de Moscú Vera Baranovskaya te conmovió en el papel de madre con cara triste.

Octubre: Diez días que estremecieron al mundo (Sergei Eisenstein y Grigory Aleksandrov, 1928) ****

Esta película, que toma su nombre de la obra de John Reed *Diez días que estremecieron al mundo*, conmemoraba el décimo aniversario de la revuelta bolchevique. Destinada a celebrar a los héroes revolucionarios Vladimir Lenin y León Trotsky, el filme fue severamente recortado cuando Trotsky cayó en desgracia, quedando eliminado de todas las escenas. Sin embargo, contiene algunos de los experimentos más audaces de Eisenstein en el «montaje intelectual», generando ideas a partir de la colisión de imágenes. Eisenstein ilustra la espantosa facilidad con la que las monarquías vuelven al poder a través de tomas de una estatua del zar, derribada anteriormente por los revolucionarios, que se vuelve a erigir. Satiriza las elevadas ambiciones del jefe del Gobierno Provisional Alexander Kerensky a través de tomas de su ascenso por un largo tramo de escaleras intercaladas con imágenes de copas de cristal y figuras de porcelana de Napoleón que parecen observar su progreso con aprobación.

El hombre de la cámara (Dziga Vertov, 1929) ****

El director Dziga Vertov despreciaba las películas de Eisenstein por considerar sus narrativas teatrales decimonónicas e irremediablemente anticuadas. Esto debería bastar para dar una idea del radicalismo

→



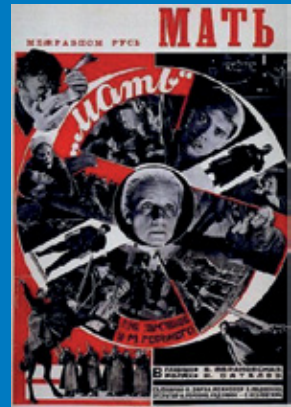
visionario de Vertov y de sus furiosas técnicas de montaje. *El hombre de la cámara* forma parte de la tendencia documental de la «sinfonía urbana» que rinde homenaje a la vida cotidiana de una sola ciudad, pero Vertov adapta el subgénero a sus propósitos, creando una dinámica ciudad soviética mediante el ensamblaje de fragmentos de lo que él llamaba «la vida tomada por sorpresa» en Moscú, Odessa, Kiev y Kharkov.

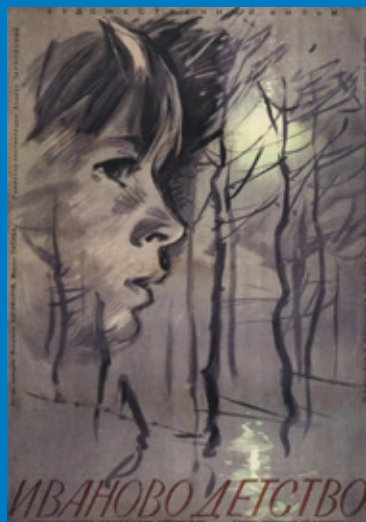
La cámara de Vertov puede ir a cualquier parte, vigilando a la bulliosa población urbana desde lo alto de los edificios durante la jornada laboral o escondiéndose en un vaso de cerveza para observar subrepticamente a los rusos en su tiempo libre. Mediante el uso de superposiciones y fundidos, cámara rápida y lenta, fotogramas congelados, saltos, animación *stop-motion* e incluso un examen reflexivo de cómo funciona el cine al mostrarnos imágenes de *El hombre de la cámara* siendo rodadas, editadas y vistas por el público en una sala de cine, Vertov abogó por el poder del «Cine-Ojo» para revelar la plasticidad moldeable de la realidad moderna y lanzar a la humanidad hacia el futuro comunista como superseres tecnológicamente mejorados.

Turksib

(Viktor A. Turin, 1929) ***

Turksib, un documental sobre la construcción del ferrocarril Turkestán-Siberia, presenta impresionantes imágenes de los duros paisajes de la URSS y de la gente que los habitaba, incluyendo a turcos con gorros de piel montados en camellos. Las propulsivas tomas de *Turksib* de vagones aparentemente desatendidos que transportan madera y otros materiales necesarios para





seguir construyendo el ferrocarril sugieren la fuerza de la voluntad popular detrás del inmenso proyecto. *Turksib* ejerció una gran influencia en los documentales izquierdistas de la GPO Film Unit de John Grierson, que distinguieron el cine británico de los años treinta.

Tierra (Alexandr Dovzhenko, 1930) ****

Un fascinante drama del director ucraniano Alexandr Dovzhenko sobre la transición de una comunidad rural a la agricultura colectivizada. Su mayor obstáculo son los *kulaks*, cuya opulencia dependía del acaparamiento de tierras que les habían concedido los zares. La capacidad de Dovzhenko para representar con la misma seriedad y belleza a agricultores, caballos, ganado y verduras recién cosechadas inspiraría al cine poético de los directores Andrei Tarkovsky y Sergei Paradjanov. La célebre secuencia «¡Ya está aquí!» es un extático montaje de esperanza en el que los pobres aldeanos dan la bienvenida a la entrega de su primer tractor.

Chapáyev (Georgi y Serguéi Vasiliev, 1934) **

Una película definitiva en el estilo realista socialista instituido por Stalin y su designado jefe de la industria cinematográfica, Boris Shumyatsky. Stalin prohibió el experimentalismo de montaje soviético de Kuleshov, Pudovkin, Eisenstein y Vertov por considerarlo afín a los decadentes movimientos artísticos occidentales. En su lugar se impusieron películas «centradas en el pueblo» u «orientadas al partido», que casi siempre eran cuentos que ilustraban cómo ser mejor comunista. *Chapáyev*, un

gran éxito, fue el modelo de Stalin y Shumyatsky. La película, una celebración ficticia del héroe de la guerra civil rusa Vasili Ivánovich Chapáyev, presenta conmovedoras escenas de valentía en la batalla, como aquella en la que se ve al protagonista atravesando al galope campos abiertos en un carro adornado con campanillas tintineantes, mientras insta a sus compañeros que huyen a mantenerse en pie y luchar. A Stalin le encantó especialmente la escena en la que Chapáyev utiliza un montón de papas para explicar complejas maniobras militares.

La trama funciona de forma alegórica, con el apenas alfabetizado Chapáyev representando al fervor revolucionario encarnado en el Ejército Rojo mientras se le enseña a apreciar el sofisticado liderazgo organizativo de su oficial superior, que representa al Partido Comunista. ¡El trabajo en equipo los engrandece!

Iván el terrible – Parte I (Sergei Eisenstein, 1945) ****

A Stalin le encantaba, que era lo único que importaba. Veía prácticamente todas las películas que se estrenaban en el país y era uno de esos críticos que podían enviarte al *gulag* si no le gustaba tu producción. *Iván el terrible* representa el intento del director Sergei Eisenstein de preservar una carrera cinematográfica basada en experimentos radicales de montaje en esta nueva y letal era en la que estaban estrictamente prohibidos. Para ello, eligió hábilmente filmar una biografía histórica de una figura con la que Stalin se identificaba: el zar «terrible» (en el sentido de asombrosamente genial) que intentó unificar Rusia y repeler





a los invasores extranjeros con fuerza letal.

Pero mientras Stalin admiraba las despiadadas maquinaciones de Iván para adquirir y mantener el poder en la despiadada corte imperial, Eisenstein le coló una tonelada de formalismo estilizado que no se parecía en nada a las técnicas aprobadas del realismo socialista. Siempre y cuando se atuviera a la regla del «no montaje», Eisenstein podía permitirse todas las florituras barrocas y extraños artificios operísticos imaginables, incluyendo actores fantásticamente peinados, disfrazados y enjovados, iluminados por rayos de sol pintados ostentosamente falsos o sumidos en sombras expresionistas, sosteniendo posturas enloquecidas como si imitaran halcones, osos u otras bestias de presa.

Iván el terrible – Parte II* (Sergei Eisenstein, 1946) ***

Stalin la detestaba, que era lo único que importaba.

A menos que hayas estudiado el tema, puede que no entiendas por qué la Parte I recibió el Premio Stalin y la Parte II le valió a Eisenstein un billete de ida a la jubilación anticipada. Puede que en esta última haya habido algo más de paranoia, conspiraciones y asesinatos, lo que podría verse como una incómoda alegoría de la vida bajo Stalin. Por ejemplo, hay una asombrosa secuencia en color al final de esta película en blanco y negro, una fiesta salvaje y siniestra en la que chocan tramas de asesinatos, rodada en rojo, dorado, negro y verde. Los repugnantes negros y verdes se adueñan de la imagen cuando Iván se salva de un asesinato inminente engañando al sirviente tonto más vulnerable de la corte para que se ponga

la túnica y la corona del zar y entre solo en la oscura catedral, donde es rápidamente confundido con Iván y apuñalado hasta la muerte.

Pero, al parecer, lo que realmente molestó a Stalin de la segunda parte fue la estructura en *flashback*, que muestra a un Iván «preterrible» como un niño andrógicamente bello que se esconde en los rincones sombríos de la corte imperial. Eisenstein muestra que toda esa tierna vulnerabilidad juvenil, cauterizada por el terror, está en la raíz de la crueldad adulta de Iván, y es claro que para Stalin ese tipo de psicologización no era más que un montón de estupideces burguesas.

Pasaron las grullas* (Mijaíl Kalatózov, 1957) ***

Durante el periodo de «deshielo» que siguió a la muerte de Stalin, se manifestó en el cine un «nuevo humanismo». Las películas sobre la Segunda Guerra Mundial pasaron a centrarse en la difícil situación de los jóvenes atrapados en acontecimientos devastadores, mostrando empatía con la ausencia de ese intrépido heroísmo característico del realismo socialista. A jóvenes cineastas como Mijail Kalatózov se les permitió inspirarse en tendencias occidentales como el cine de pantalla ancha, a lo que respondió con una genialidad que tuvo reconocimiento internacional, dinamizando ese sobrecogedor encuadre rectangular largo que el director alemán Fritz Lang había condenado diciendo que solo era bueno para filmar «serpientes y funerales».

Tatiana Samoilova en el papel de Veronika también estableció un nuevo estándar de realismo psicológico en el cine soviético con su complejo

y convincente retrato de una joven que se enfrenta a la pérdida de su novio y de sus padres en la atrocidad de la Segunda Guerra.

La Balada del soldado* (Grigori Chujrái, 1959) ***

La madre más encantadora del mundo espera en un camino de tierra el regreso de su joven hijo soldado que vuelve a casa de permiso. Tarda tanto en llegar a pie que solo tiene tiempo de abrazarla una vez antes de dar media vuelta y emprender el largo camino de vuelta al frente, donde ya sabemos que lo matarán. *La balada del soldado*, otra película «neohumanista» del deshielo posterior a Stalin, cuenta con una asombrosa fotografía de batalla, que incluye un plano de cámara giratoria para transmitir el terror que siente nuestro joven soldado ante un «mundo dado vuelta» mientras es perseguido implacablemente por un tanque nazi a través de un paisaje devastado por la guerra.

La infancia de Iván* (Andrei Tarkovsky, 1962) ***

La combinación de lo amargo y lo bello es un sello distintivo del cine soviético, y esta película se cuenta entre los mejores ejemplos. Se trata de un explorador que espía a los nazis para el Ejército soviético, cuya traumática experiencia de la guerra y su obsesión por vengar la muerte de su madre y su hermana lo han convertido en un veterano monstruosamente duro en el cuerpo de un niño. La infancia de Iván previa a la guerra lo persigue (y también a nosotros) en sus sueños. Todas las escenas de la película son dignas de mención, pero dos de ellas son absolutamente asombrosas: el uso de imágenes negativas de aspecto

irradiado y premonitorio durante el sueño de Iván en el que va a recoger manzanas con su hermana pequeña y la fascinante escena de seducción en un bosque de abedules.

**Soy Cuba
(Mijaíl Kalatózov, 1964) ******

Esta coproducción ruso-cubana, firme candidata al premio internacional a la mejor fotografía de todos los tiempos, lamenta la explotación occidental de la «isla más bella del mundo» desde su desafortunado descubrimiento por Cristóbal Colón hasta su rescate por la Revolución Cubana, momento a partir del cual la película se torna triunfal. Cada uno de los segmentos principales está rodado con un estilo magnífico y diferente, y Kalatózov hace gala de su propia técnica estelar para celebrar las maravillas de Cuba y sus gentes.

Preste especial atención al comienzo a la dolorosa secuencia que muestra a Cuba a merced de la industria del turismo sexual. Se trata de un plano secuencia sin editar, asombrosamente complicado, en el que la cámara se desliza entre cubanas en bikini que son elegidas en un concurso de belleza por jueguitas estadounidenses y europeos que beben cócteles en la azotea de un hotel de La Habana, para luego deslizarse por el lateral del edificio hasta una terraza en la planta baja, donde se sumerge en la piscina para nadar junto al *jet set*.

**La sombra de nuestros
antepasados olvidados
(Sergei Paradjanov, 1965) ******

Nacido en Georgia, de ascendencia armenia, e inspirado estéticamente por la película de Tarkovsky *La infancia de Iván* (1962), el director

Sergei Paradjanov se apartó de lo que consideraba las películas sin valor que había hecho hasta entonces y se sumergió en las brumas folclóricas de la cultura de antaño de los Cárpatos ucranianos. Paradjanov cuenta la historia de Iván, un sufriente hombre de los Cárpatos, cuyo mundo pasa del colorido previo a un sombrío blanco y negro tras la pérdida de su gran amor, Marichka, que muere ahogada. Después de mucho sufrimiento, el mágico reencuentro de Iván con Marichka tiene lugar en un bosque otoñal, donde la vuelve a encontrar en el oscuro reflejo del agua. Sus largas y blancas manos adoptan misteriosamente el aspecto de las ramas de los árboles que la rodean y se extienden hacia él. La escena culmina no con un abrazo, sino con el inquietante grito de Iván fuera de la pantalla y con una serie de imágenes de ramas rojas congeladas en forma de retorcidas esculturas.

Paradjanov pagó un alto precio por su alejamiento de los principios del realismo socialista con películas como *Sombras* y la aún más vanguardista *El color de las granadas*. Su rebeldía creativa y su bisexualidad le pusieron en la mira de la KGB, por lo que fue enviado a un campo de trabajo siberiano durante cuatro años. «Los bichos te cubren al instante —recuerda con calma en las entrevistas— y nunca te abandonan hasta que mueres o te liberan». Su fama internacional fue decisiva para conseguir su pronta liberación, pero a partir de entonces su capacidad para rodar películas estuvo en constante peligro.

**Stalker: la zona
(Andrei Tarkovsky, 1979) ******

Niños, no intenten esto en casa, porque solo Andrei Tarkovsky es bueno

en este tipo de ciencia ficción distópica, hipnóticamente lenta, enigmática y alucinante. *Stalker*, una de las últimas películas de Tarkovsky antes de desertar a Europa, es un viaje alegórico a través de un paisaje postindustrial en ruinas hacia «la Zona» donde, según se rumorea, los deseos humanos pueden satisfacerse a un cierto costo para su progenie. Está filmada en oscuros tonos azules y marrones por un director notoriamente fóbico al color que, como siempre, consigue sugerir alegóricamente tanto la condena política como el significado cósmico.

**Ven y mira
(Elem Klímov, 1985) ******

Bueno, yo seguramente no la volveré a ver nunca, pero si tienes una alta tolerancia a los horrores de la guerra plasmados de forma convincente en la pantalla, te recomiendo esta brutal y desgarradora película sobre dos adolescentes atrapados entre ejércitos que intentan sobrevivir a la invasión nazi. La película lleva la tímida «humanización» sobre los jóvenes atrapados en el salvajismo de la Segunda Guerra Mundial mucho más allá, hacia el caos y la abyecta lucha por la supervivencia. Por brillante que sea la película, nunca había deseado tanto salir del cine con la esperanza de evitar lo que sabía que iba a ocurrir: las escenas de violación, tortura y masacre de un pueblo entero por parte de los nazis. Las escenas de bombardeos de la película, tan envolventes que crean en el público casi un efecto de sordera traumática, inspiraron aspectos de la gran secuencia del Día D en *Rescatando al soldado Ryan*, de Steven Spielberg.

→



El director Elem Klímov, amigo de Mijail Gorbachov, desempeñó un papel activo en los aspectos de la *perestroika* (reestructuración) que se aplicaron a la industria cinematográfica. Como jefe del sindicato de cineastas soviéticos, Klímov supervisó el estreno de películas anteriormente prohibidas y la eliminación de las normas de censura en preparación de una nueva era de *glásnost* (apertura) en la Unión Soviética... que nunca llegó a producirse. ✕



Un soñador en el Kremlin

El ejercicio de listar algunos de los numerosos eventos que conectan a Vladimir Ilich Lenin con la ciencia ficción no pretende establecer algún tipo de conexión causal entre el más grande líder revolucionario del siglo XX y el género literario más proteico de la literatura, más allá de un mero caso severo de ñoñez aplicada. En realidad, todo se desencadena por el gratisísimo encargo de pensar algunas preguntas para la entrevista al gran China Miéville que publicamos en esta misma revista. Y una cosa llevó a la otra.

Si hubiera que adelantar alguna conclusión de los casos abordados, veríamos no solo que el líder bolchevique no era fan del género (que en la Unión Soviética contó con inmensos representantes, empezando por los hermanos Arkady y Boris Strugatsky) sino que incluso tuvo posiciones más bien críticas con el mismo y algunos duros conflictos con escritores adscritos a él.

Al infinito y más allá

En primer lugar corresponde explicitar un reconocimiento al cosmo-ruso, una vertiente filosófica que se desarrolla entre fines del siglo XIX y principios del XX, que influyó a algunas figuras clave de la ciencia y la cultura rusas y alimentó el imaginario revolucionario, llevando las esperanzas de transformación mucho más allá del derrocamiento del zarismo y animándose a imaginar una geoingeniería radical del planeta, la conquista del cosmos y hasta la inmortalidad humana o la resurrección de los muertos.

**No puede decirse que Lenin
haya sido fan de la ciencia ficción.
Y, sin embargo...**

La corriente inspirada en la filosofía del cristiano ortodoxo, futurólogo y precursor del transhumanismo Nikolai Fiorodov fue tan influyente para un sector intelectual (que incluía a autores como Tolstoy, Bulgákov o el mismo Maiakovsky) como desconocida, hasta que en 1906 algunos de sus discípulos recopilaron y editaron su obra en dos volúmenes bajo el título de *La filosofía de la causa común*.

Uno de sus seguidores más reconocidos fue Konstantin Tsiolkovsky, brillante investigador casi autodidacta que desde la década de 1880





venía trabajando sobre el problema del vuelo de objetos más pesados que el aire. En 1902, Tsiolkovsky diseñó un cohete con combustible líquido para el vuelo interplanetario y en 1903 publicó *La exploración del cosmos mediante aparatos a reacción*, el primer trabajo científico sobre viajes espaciales, para luego proyectar infinidad de dispositivos para la expansión humana al universo, incluyendo un ascensor espacial.

Este padre fundador de la cosmología soviética, solo reconocido tras la revolución, además de ensayos en los que desarrollaba sus ideas sobre la conquista del cosmos o planes para una geoingeniería radical, también escribió cuentos de ciencia ficción como soporte para la difusión de sus ideas.

Aunque no hay registro de que en su juventud Lenin se haya encontrado con el imaginario cosmista, lo cierto es que estaba presente en el ambiente en el que creció, al menos en la literatura y la filosofía, que sin dudas le interesaban. Contra buena parte de las biografías comunistas oficiales, Isaac Deutscher afirma que al joven Lenin las cuestiones sociales contemporáneas «le eran tan lejanas como a cualquier joven apolítico».

En aquella época su autor favorito era Iván Turguénev, quien ya en los años 60 del siglo XIX comenzó a pensar en el «hombre nuevo», aquel que encarnaría la rebelión contra el atraso secular que caracterizaba al despotismo zarista y traería la modernidad al inmenso imperio. *Padres e hijos* (1862), de Turguénev, no solo lega a la posteridad la palabra «nihilismo» (la posición vital de quien «no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como artículo de fe», como

explica en el libro), sino que la encarna en Eugeni Vasilievich Bazarov, cuyo arquetipo de joven intelectual inconformista se replicará en infinidad de novelas rusas.

Si bien es evidente que el realismo jugó un rol en la formación revolucionaria de Lenin, no hay dudas de que la novela de Nikolai Chernichevsky *¿Qué hacer?* (1863) —un texto muy explícitamente ideológico para orientar a la juventud en la lucha contra el zarismo, con algunos excursos utópicos hacia la sociedad futura—, fue clave en la definición política de nuestro protagonista. Hay consenso en considerar a *¿Qué hacer?* como una respuesta casi inmediata a *Padres e hijos*, con un personaje como el misterioso Rajmétov, que contrapone la figura del «revolucionario profesional» a la rebelión sin sentido de Bazarov.

El eje del texto es la historia de crecimiento y liberación de Vera Pávlovna Rozálskaya, quien rompe con su familia por negarse a un matrimonio arreglado y busca su independencia creando pequeñas cooperativas socialistas basadas en la comuna campesina rusa, aunque orientadas a la producción industrial, constituyendo una verdadera utopía pastoril-tecnológica. El personaje de Rajmétov impacta profundamente en la protagonista, que dice: «Las personas como Rajmétov son otra especie; se funden con la causa general de tal forma que llena su vida; para ellos incluso sustituye la vida personal».

Sin cargar demasiado las tintas, allí podemos ver un temprano retrato de Lenin quien, después de que su hermano mayor Aleksándr fuera ahorcado en 1887 por atentar contra la vida del zar, lee cinco veces el libro

para entender ese fatal compromiso revolucionario. En algún momento dirá que ese texto, cuyo «mayor mérito era mostrar cómo debe ser un revolucionario», tenía la capacidad de «proporcionar energía para toda una vida». Y parece que así fue en su caso.

A tal punto llega su devoción por Chernichevsky, «un ideal de intelectual» con el que también se solidariza políticamente por su condena siberiana a trabajos forzados, que colgará su retrato en sus oficinas del Kremlin y mantendrá a mano sus obras completas, de relectura habitual. También es cierto que casi no hay literatura de ciencia ficción en esa biblioteca, pero ya vimos que «Lenin brotó de una novela», como resume el escritor y filósofo chileno Arturo Fontaine. De una novela que en algún momento muestra imágenes de un futuro utópico de rascacielos de cristal y socialismo. Comunismo de lujo totalmente automatizado.

Pero para no entusiasmarlos tan rápidamente, tenemos que recordar que en su *¿Qué hacer?* Lenin propone una reflexión polémica respecto de los sueños futuristas. En el capítulo donde explica la importancia de «un periódico político central para toda Rusia» plantea la necesidad de «soñar» con proyectos de este tipo. Pero inmediatamente retrocede «asustado» ante las posibles objeciones de camaradas «que presumen de su sensatez» («¿Tiene aún la redacción autónoma derecho a soñar sin consultar antes a los comités del partido?»).

Frente a esos planteos imaginarios rescata una reflexión del filósofo Dmitri Pisarev, que diferencia a los sueños que «pueden adelantarse al

curso natural de los acontecimientos» de aquellos que pueden «desviarse» hacia donde este curso «no puede llegar jamás». «Los sueños no producen ningún daño, incluso pueden sostener y reforzar las energías del trabajador», afirma... siempre que sean los del primer tipo. «La disparidad entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que el soñador crea seriamente en un sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje a conciencia por que se cumplan sus fantasías. Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien», resume.

En base a estos párrafos reveladores, China Miéville identifica una cierta «miopía» de Lenin/Pisarev respecto de los modos de soñar que deja entrever que los sueños del segundo tipo, aquellos que se desvían hacia donde «el curso natural de los acontecimientos no puede llegar jamás», es decir, los verdaderamente fantásticos, sí podrían «causar daño». «Irónicamente, el utopismo — blanco, en su forma más directamente política, de críticas extenuantes e incisivas por parte de Marx y Engels — es con frecuencia considerado, como forma estética, el único modo fantástico admisible para la izquierda. El utopismo es una articulación de lo fantástico ordenado para las polémicas sociales, con fines potencialmente transformadores y, como tal, de gran interés para los marxistas. Sin embargo, ese interés no debe ser concebido en detrimento de la forma que lo articula: lo fantástico en sí», explica. Para Miéville la fantasía nos entrena para imaginar mundos diferentes, por lo que no importa tanto a dónde nos conduzca

sino su efecto desnaturalizador, que nos pone en mejores condiciones para relacionarnos críticamente con un mundo de mercancías de propiedades fantasmagóricas, con una realidad de formas quiméricas.

La fantasía como herramienta imprescindible para pensar y transformar el mundo. A Lenin no le gusta tanto esto.

La estrella de la muerte

Algunos años después, este Lenin con dificultades para soñar protagonizará un durísimo cruce con el que tal vez sea el máximo exponente de la fantasía utópica bolchevique: Aleksánder Bogdánov. Después de la revolución de 1905, Bogdánov era uno de los pocos dirigentes bolcheviques con el prestigio y la altura intelectual suficientes como para disputarle la dirección del partido a Lenin. Entre 1904 y 1906 había publicado tres volúmenes de su ambicioso *Empiriomnismo*, con el que, basándose en las teorías del físico y filósofo austríaco Ernst Mach, pretendía dotar al bolchevismo de una epistemología coherente con su programa político.

El libro será minuciosamente demolido por Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, un escrito de urgencia política para neutralizar a su adversario antes de la conferencia parisina del bolchevismo de 1909, en la que finalmente lo derrotará. Pero mientras Lenin repasaba 200 libros para su implacable refutación, Bogdánov se dedicaba a escribir *Estrella roja*, una hermosa novela de ciencia ficción con claras tensiones utópicas sobre una sociedad socialista marciana (visitada por un revolucionario

terrestre llamado Lenni, en una referencia muy clara a su adversario).

En el marco de la durísima disputa política, Lenin prácticamente ignora el libro, mientras que los redactores de *Iskra* le dedican apenas algunas líneas despectivas. En los últimos años, sin embargo, el texto comenzó a tener el reconocimiento que merece.

Tras la derrota, Bogdanov desarrolla su *Tectología: la organización universal de la ciencia* (un desarrollo por lo que se lo considera el padre de la teoría de sistemas) y encabeza el movimiento político cultural Proletkult, cuyo crecimiento autónomo será cercenado por la dirección bolchevique en los años 20, lo que lo condujo a un nuevo ostracismo. Solo será rehabilitado en 1926, cuando Stalin, en algún tiempo libre en medio de su plan de eliminación de la oposición trotskista, lo pone a cargo del Instituto para Hematología y Transfusiones Sanguíneas.

Allí, a tono con los ideales cosmistas de la eterna juventud, Bogdanov experimenta con transfusiones sanguíneas para luchar contra la epidemia de «consunción revolucionaria» (*burn out* o agotamiento, le diríamos hoy en día) que afectaba a la dirección del partido. Apenas dos años después, muere por transfundirse la sangre de un paciente con malaria y tuberculosis. Lenin 1, ciencia ficción 0.

La guerra de los mundos

Luego de insinuar que Lenin le había robado las bases para la organización del Partido Bolchevique de su «teoría samurái», el escritor inglés





Herbert George Wells decide a ir a hablarle personalmente del tema y arreglar el asunto «como caballeros». Cuando llega a la oficina de Lenin en el Kremlin, en octubre de 1920, lo encuentra «sentado y menudito, ante un enorme escritorio», permitiéndose ser despectivo hasta último momento («es tan pequeño que sus pies llegan apenas al suelo cuando se sienta en el borde de su silla») pero inmediatamente reconoce que no se trata, como esperaba, de un «marxista doctrinario».

Mientras Wells ataca con preguntas acerca del rumbo por el que el bolchevismo pensaba llevar a Rusia, Lenin contragolpea preguntando qué esperaban los ingleses para hacer la revolución, ya que la toma del poder en un país occidental era un requisito para la supervivencia de los soviets. Cuestionando la estrategia revolucionaria, el socialista fabiano (y vehementemente antimarxista) que era Wells contrapropone «una campaña de educación cívica» a través de la cual el capitalismo «podría civilizarse y transformarse en colectivismo universal».

Más allá de que políticamente se encuentra en los antípodas, el inglés termina sorprendiéndose por la coincidencia en algunos planteos de desurbanización y, sobre todo, por la dimensión de los sueños leninistas de progreso técnico, sintetizados en la famosa consigna de «soviets más electrificación». Pero los considera imposibles: «Ha acabado él también por ser víctima de una utopía, la utopía de los electricistas». De hecho, titula este capítulo de su libro *Rusia en las sombras* como «Un soñador en el Kremlin». Pero termina admirando la resolución y el no dogmatismo del autor de *El Estado y la revolución*

que «casi» logra hacerle «compartir su entusiasmo y su confianza».

A través de Lenin, ese «hombrecillo extraordinario», ve que «el comunismo podía, a pesar de todo y a despecho del mismo Marx, tomar un poderío constructivo enorme». El líder soviético invita al escritor a volver en diez años, aunque solo lo hará en 1934, una década después de la muerte de Lenin, para entrevistar a Stalin en una URSS con mucha electricidad pero poco comunismo.

Trotsky cuenta que después de la charla con Wells Lenin exclamó: «¡Qué burgués es! ¡Es un filisteo!». Y luego «levantó ambas manos por encima de la mesa, rió y suspiró, como era característico de él cuando sentía una especie de vergüenza interior por otro hombre». Claro que Trotsky no tenía la mejor opinión del escritor, ya que un par de pasajes de su *Esquema de la historia universal* le bastaron para caracterizarlo: «Imaginemos una ausencia total de método, de perspectiva histórica, de comprensión de la interdependencia de las diferentes facetas de la vida social y de disciplina científica en general, y luego imaginemos a un “historiador” cargado con estas cualidades deambulando por todas partes a lo largo de la historia de un país algunos milenios, con el aire despreocupado de un hombre que da su paseo dominical».

Más allá de que Wells sea uno de los próceres de la ciencia ficción, en esta estamos con Lenin y Trotsky. Un verdadero desubicado, Herbert, que quiso enseñarle a los bolcheviques cómo hacer una revolución civilizada, prolija y sin excesos. Como dice Mariátegui: «En esta, como en casi todas las actitudes intelectuales de H. G. Wells, se identifican

fácilmente las cualidades y los defectos del pedagogo, el evolucionista y el inglés».

De este encuentro también se deriva uno de los supuestos dichos más famosos de Lenin sobre las relaciones interplanetarias. Se dice que en la charla con Wells reconoció «que al leer *La máquina del tiempo* comprendió que las ideas humanas se basan en la escala del planeta en que vivimos: se basan en el supuesto de que las potencialidades técnicas, a medida que se desarrollan, nunca desaparecerán», de lo que habría concluido: «Si lográramos establecer comunicaciones interplanetarias, todos nuestros conceptos filosóficos, morales y sociales tendrían que ser revisados. En tal caso, el potencial técnico, no reconociendo más límites, impondría el fin de la regla de la violencia como medio y método de progreso».

Estos dichos, presuntamente basados en una nota del autor inglés sobre la que no hay referencias comprobables, se mencionan en *La vida y el pensamiento de H. G. Wells* (1966), de Julius Kagarlitski (padre del intelectual marxista ruso Boris Kagarlitski, hoy injustamente encarcelado por el régimen de Vladimir Putin).

Nosotros, los rojos

Un año más tarde, en el crucial año tres de la revolución y en plena guerra civil, a Yevgueni Zamyatin se le ocurre publicar su tan genial como profética *Nosotros*, que todavía con Lenin en el poder anticipa el absolutismo estalinista, extrapolando algunos de los peores aspectos totalitarios del período del llamado

«comunismo de guerra». La novela, unánimemente considerada como fundadora del género distópico, se ubica en una suerte de utopía revolucionaria del siglo XXVI, donde los ciudadanos son números que viven en casas de cristal para facilitar su vigilancia, la música se produce en serie y la poesía solo sirve para alabar los avances de la técnica o la clarividencia del Benefactor (un Lenin apenas encubierto), a quien se ratifica anualmente en su cargo soberano en el Día de la Unanimidad. Incluso se ha descubierto la forma de «extirpar quirúrgicamente» la fantasía, considerada como «el último obstáculo en el camino hacia la felicidad».

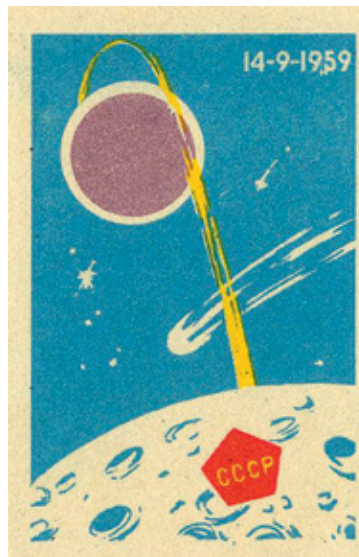
Pero «el horno no estaba para bollos» en esa Rusia previa al alzamiento de Kronstadt, y se dice que Lenin es uno de los que insiste en que el texto de Zamyatin no sea publicado. Aunque logra enviarlo al extranjero para algunas ediciones

parciales (su versión en inglés «inspiró» a Orwell para 1984), *Nosotros* recién será publicada en su lengua original en la URSS con el deshielo de Perestroika, en 1988. Flojo, Lenin, porque había mucho que aprender de la alerta ficcional de Zamyatin.

El líder bolchevique siguió multiplicando sus contactos con el imaginario de la ciencia ficción incluso después de su muerte. De hecho, la decisión de su embalsamamiento, propuesta por Leonid Krasin, uno de los defensores del tratamiento rejuvenecedor en base a transfusiones de Bogdánov, tiene mucho que ver con la fantasía cosmista de inmortalidad y resurrección de los muertos. Y también parece que la decisión se tomó después de descartar la iniciativa bogdanovista de criogenizar solo la cabeza del líder bolchevique, propuesta que podría haber inspirado uno de los clásicos

de la ciencia ficción rusa, *La cabeza del profesor Dowell* (1925), de Aleksandr Beliáiev.

Más allá de que en el marco del «culto leninista» impulsado por Stalin las apariciones del líder bolchevique como personaje en numerosas novelas y obras de teatro de impecable «realismo socialista» se multiplicaron, en el futuro su figura retornaría a la ciencia ficción en textos como la interesante propuesta del colectivo italiano Wu Ming *Proletkult* (novela delirante que tiene como personaje a un Bogdánov que entra realmente en contacto con una civilización alienígena marciana) o la muchísimo más floja *nouvelle Lenin of the stars* del escritor estadounidense Robert Jeschonek, en la que directamente Lenin es un alienígena cambiaformas que vino a la Tierra a enseñar el comunismo para que la humanidad pueda integrarse a la pacífica civilización galáctica. ×





De regreso a Octubre

Conversamos con el escritor y ensayista China Miéville sobre la Revolución de Octubre, las polémicas sobre su legado y el vínculo del leninismo con la ciencia ficción.

En el centenario de la Revolución de Octubre, el escritor y ensayista británico China Miéville publicó la vibrante *Octubre: la historia de la Revolución Rusa*, una obra que, más allá de que su autor la defina como una «breve introducción» para quienes «tengan curiosidad respecto a una historia sorprendente», muestra un trabajo de investigación bestial. La obra se enfoca en los meses que van de febrero a octubre de 1917, definidos como «un proceso continuo de pugna, una torsión de la historia». Sin embargo, por medio de una serie de *flashbacks* el autor también nos

da una idea de sus antecedentes, retrocediendo incluso hasta la mítica fundación de San Petersburgo. La narración también nos ofrece algunas pinceladas de futuro: «Los meses y años que se sucederán verán a la revolución combatida, asediada, aislada, osificada, rota».

El pulso narrativo de Miéville nos hace recorrer esta historia como si estuviéramos leyendo una novela: logra preocuparnos, angustiarnos o emocionarnos con un relato que para muchos de nosotros hace parte de una mitología fundacional tan fuerte que a veces, a fuerza de repetición, puede perder impacto.

Miéville logra recuperarlo porque, precisamente, la cuenta como una historia, como una novela apasionante, como una epopeya: «una concatenación de aventuras, esperanzas, traiciones, coincidencias improbables, guerra e intrigas; una sucesión de valentía y cobardía, de estupidez, farsas, proezas, tragedia, ambiciones y cambios que marcan época; luces deslumbrantes, acero, sombras, raíles y trenes».

Novelista consagrado, la mayoría de su obra se sitúa en el campo del llamado *New Weird*. Entre los títulos más destacados se encuentran *El Azogue* (2002), *Los últimos días de Nueva París* (2016), *La ciudad y la ciudad* (2009) o la imperdible serie de Bas-Lag, compuesta por *La estación de la calle Perdido* (2000), *La cicatriz* (2002) y *El consejo de hierro* (2004).

Pero China Miéville, además de su faceta de prolífico y multifacético escritor, es licenciado en Antropología Social, doctor en Relaciones Internacionales, docente, crítico literario, ensayista y hasta autor de



guiones de historieta. Militante de distintas organizaciones, como el trotskista *Socialist Workers Party* o *Left Unity*, llegó a candidatearse para la Cámara de los Comunes con la *Socialist Alliance* en 2001. Desde *Jacobin* tuvimos el placer de conversar con él sobre la Revolución de Octubre, las polémicas sobre su legado y el vínculo del leninismo con la ciencia ficción.

PP. Considerando que fuiste parte de una tradición política como el trotskismo militante, imaginamos que tu imagen inicial de Lenin debió ser globalmente positiva, tal vez con algún mínimo cuestionamiento táctico. ¿Crees que esta idea se modificó sustancialmente tras el enorme trabajo de investigación que entendiste para la preparación de tu

historia de la Revolución Rusa? ¿En qué medida influyeron o no en este proceso las numerosas polémicas historiográficas que sacudieron en los últimos años al ámbito académico y que implicaron una revisión de las interpretaciones arraigadas sobre Lenin y su rol en la revolución, especialmente gracias a la obra de Lars Lih? ¿Cómo definirías tu relación actual con la figura de Lenin?

CM. No diría que mi relación con Lenin haya cambiado fundamentalmente. Más bien avancé en la dirección de lo que espero sea una matización, que es el sentido en el que se viene encaminando hace algunos años. Comprendo parte de la relación protectora que tiene la extrema izquierda con Lenin, ya que se le calumnia, tergiversa y trata como un insecto con demasiada frecuencia en

el campo más amplio de la historiografía, no dándosele la importancia y seriedad que su pensamiento y su método merecen. Pero está claro que esa posición también puede llevar a una especie de relación historiográfica que no me interesa.

El trabajo de Lars Lih ha sido inestimable para rastrear las continuidades entre el pensamiento de Lenin y otros con las tradiciones preexistentes, y gané mucho con él. Al mismo tiempo, creo que no voy tan lejos como Lih, en el sentido de que para mí uno puede reconocer todo eso y aún ver, en las combinaciones particulares, en la aplicación en instancias específicas, una especie de ruptura con ciertas tradiciones. Eso puede ser muy exagerado, pero sí creo que Lenin tenía un genio único para discernir líneas de fuerza, equilibrios de poder, etcétera, y una voluntad sin sentimentalismos para desechar una posición mantenida previamente y formularla de nuevo. Eso no quiere decir que nunca cometiera errores o vacilara (en el libro enumero varios ejemplos).

Para mí, el «leninismo» —y tal vez ese término siempre tenga que estar entre comillas y requiera una definición— sigue siendo útil, particularmente como teoría de la conciencia política y de cómo esta puede moverse. Creo que muchos de los *nostrums* del «leninismo» como conjunto de supuestos sobre la forma política (sobre todo en la degradada forma «zinovievista» de muchas de las sectas) son poco convincentes y, a menos que uno esté extremadamente a la defensiva, debe reconocer la insularidad teórica y la actitud defensiva de muchos de

→



esos grupúsculos. Eso no es «culpa» de Lenin, por supuesto, sino de un «leninismo» sectario particular.

En cuanto al planteo de Victor Serge respecto de las «semillas» de estalinismo en el bolchevismo, también diría que es demasiado simplista responder que *no hay tales semillas* en Lenin. Más bien, diría que Lenin y el alto «leninismo» contenían muchas semillas, incluyendo algunas de las menos saludables que luego derivaron en la esclerosis e insularidad de la izquierda. Pero no soy *no* leninista, ni siquiera ahora. Creo que la pregunta «¿Eres o has sido alguna vez...?» actualmente exige una aclaración de términos. Y también, por mi parte, una voluntad de expresar incertidumbre.

PP. Hace 20 años, cuando escribiste *El consejo de hierro*, parecías pensar la dinámica de una «lucha de clases fantástica» (por llamar de algún modo al conflicto social subyacente que aparece en la mayoría de tus obras) estructurada en torno al modelo de la Revolución de Octubre y también de la Comuna de París, en la que los bolcheviques se miraban constantemente. ¿Te sigue pareciendo productivo este «modelo de Octubre» o constituye ahora una caja de herramientas de la que tenemos poco que sacar? ¿Es un esquema que solo sirve para un tiempo abstracto, congelado y desfasado, como el del final de esa novela?

CM. Me temo que esta va a ser una respuesta muy insatisfactoria por su obviedad, ya que no creo que se pueda generalizar. Sería una auténtica idiotez sostener que la Comuna de París de 1871 o San Petersburgo de 1917 son *los* paradigmas *justos* e inevitables del cambio revolucionario.

Al mismo tiempo, en la izquierda puede haber un afán indecoroso de desecharlos para mostrar lo abierto de mente y moderno que se es, la forma en que se ha escapado de la supuesta «esclavitud» de ese viejo pensamiento. Esto constituye una señal de virtud poco propicia, teóricamente vacía y que políticamente no nos ayudará.

Además, yo sería cauteloso a la hora de derivar cualquier política del mundo real, especialmente en lo que hace a tácticas y estrategias, de *El consejo de hierro* (o de cualquiera de mis obras de ficción). Nunca he ocultado mis preocupaciones o intereses políticos, así que sería ridículo negar que tales preocupaciones de ruptura social, las cronologías únicas del cambio revolucionario, etcétera, están presentes en mis libros como problemáticas a considerar. Pero el retrato de un momento revolucionario en un mundo fantástico en toda regla, con su propia economía política onírica, claramente no debería tratarse como un modelo o un lecho de Proculo para ninguna política moderna (esta es una de las cosas que siempre me ponen nervioso cuando la gente pregunta, por ejemplo, cuáles son «las lecciones» para la política moderna de tal o cual obra de ficción).

No estoy de acuerdo con tu descripción del final de *El consejo de hierro* —*spoiler alert*— como «abstracto, congelado, desfasado». Esto no quiere decir que estés *equivocado*, porque no creo que los escritores seamos los depositarios de la sabiduría sobre nuestro propio trabajo. Pero sí quiere decir que hay otras formas de leerlo. Para mí, tiene más que ver con el impacto de la lectura del panfleto de Luxemburg

«El orden reina en Berlín» (al que por supuesto se hace referencia en el libro) y la forma en que ese texto resonó *en mí*, a principios del siglo XXI, que con cualquier plan de acción política a nivel táctico.

Todo lo cual, supongo, es para decir que sigo tan comprometido con la lucha de clases —en una lectura abierta, no dogmática y no abstractamente clasista de ese fenómeno— como siempre. Y sigo tan comprometido como siempre con la «lucha de clases fantástica» como forma de pensar y jugar estéticamente (y de otras maneras). En cuanto a la pregunta sobre lo productivo del «modelo de Octubre», me gustaría decir «*Neti neti*» [N. del T.: *Neti neti* es una expresión sánscrita que significa «ni esto, ni aquello». Se encuentra en los *Upanishads* y en el *Avadhuta Gita* y constituye una meditación analítica que ayuda a la persona a comprender la naturaleza del Brahman negando todo lo que no es Brahman. Uno de los elementos clave de la práctica del Jnana Yoga suele ser la «búsqueda *neti neti*»].

PP. En el artículo «Marxismo y fantasía» cuestionas la «miopía» de Lenin en lo que hace a la fantasía, expresada en la famosa cita del *¿Qué hacer?* sobre la «disparidad» entre sueños y realidad («La disparidad entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que el soñador crea seriamente en sus sueños, examine la vida con atención, compare esas observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje a conciencia para cumplir sus fantasías»). ¿Podrías explayarte un poco más sobre los problemas que plantea para una

concepción de izquierda valorar como «políticamente defendibles» solo las fantasías «orientadas hacia el futuro», lo que se traduce a menudo en la consideración de que el utopismo es «el único modo fantástico admisible para la izquierda»?

CM. Me temo que tengo poco más que añadir a lo que ya he dicho sobre esto, que es simplemente que una cierta actitud defensiva de la izquierda respecto a lo fantástico se manifiesta en «defensa» de lo fantástico *en la medida en que* al menos apunte hacia un «proyecto de cambio». Creo que es una forma tonta y reductora de relacionarse con los productos culturales. El modo en que nos impactan psíquica, ideológica, cultural y políticamente está, por supuesto, sobredeterminado y casi infinitamente mediado, por lo que tratar de «resolver» el problema como si se tratara de la aplicación de un código maestro, evaluando si tal o cual obra de arte es «realmente» progresista o reaccionaria, es siempre —*siempre*— absurda y simplista.

Además, buscar la *aplicación* de tales artefactos a la acción política como forma de juzgarlos es un error de categoría. Nótese que no estoy diciendo que no pueda hacerse tal lectura, ni siquiera que no sea útil o esclarecedora. Lo que digo es que sugerir que este es *el* método para calibrar la «idoneidad» o el «progresismo» del arte es malinterpretar la riqueza y el poder evasivo de los productos culturales. También es, creo, una expresión de profunda debilidad, y un síntoma del retroceso global de la izquierda.

PP. La figura de Lenin no suele asociarse inmediatamente con la

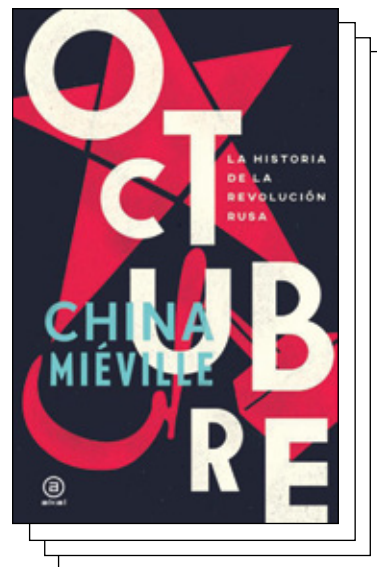
ciencia ficción, pero en su vida se pueden encontrar numerosos vínculos con el género (desde el homenaje en el título de *¿Qué hacer?* hasta su relación con Bogdanov, pasando por la famosa entrevista con H. G. Wells). Parte de ello podría explicarse por el hecho de que ideas como las del cosmismo ruso habían arraigado en una sociedad tan revolucionada como la rusa y Lenin, con su gran sensibilidad hacia las corrientes sociales de su época, no podía ser ajeno a ello. Recientemente, Michel Eltchaninoff ha publicado incluso un libro titulado *Lenin walked on the moon* [Lenin caminó en la luna], en el que intenta encontrar algunas de estas conexiones. ¿Qué opinás de esto?

CM. Todo esto me parece fascinante. Estoy infinitamente intrigado por el cosmismo, por algunas de las vías más *recherché* y excéntricas del primer bolchevismo. Los devoro con gran placer y fascinación, y aprendo de ellos muy a menudo, sobre todo en términos de un cierto antidogmatismo y una noción más vívida y rica del «prometeísmo de izquierdas» que el monótono productivismo que suele asociarse a esa etiqueta.

Dicho todo esto, me resisto a la idea de decir «por esto» Lenin es de interés para la ciencia ficción o la ciencia ficción es de interés para el leninismo. Son intereses de especialistas *ñoños* (y eso no es una crítica). Los encuentro embriagadores, pero no creo —y no pretendo sugerir que eso es lo que insinúa la pregunta!— que no compartir tales fascinaciones implique necesariamente un radicalismo inadecuado en el izquierdismo de alguien ni una política inadecuada en el gusto cultural personal.

No puedo insistir lo suficiente en que, aunque tengo gustos muy particulares y me encantan innumerables artefactos culturales de este ámbito (libros, música, películas, TTRPGs o lo que sea), y si bien estoy interesado en su intersección con la política, creo que es imperativo que dejemos de pensar que las *cosas que nos gustan* son tan importantes políticamente. No digo que no pueda o no deban leerse políticamente, en absoluto: lo que digo es que las justificaciones del gusto, las lecturas más bien necesitadas de tal o cual libro o película que nos gusta como «radical», suelen carecer de sentido. ✕

China Miéville,
Octubre. La historia de la revolución rusa (Akal, 2017)





E

D

R

O

C





ILUSTRA MILAGROS PICO | TRADUCE MARÍA ANDREA VIGNAU

El Estado y la revolución es considerada una obra clave para rellenar los vacíos dejados por Marx y Engels respecto a la cuestión del Estado. Sin embargo, al analizar detenidamente el libro, se evidencian ambigüedades y deficiencias muy significativas.

D

K

S

B

Y



EL ESTADO Y LA CONFUSIÓN

El *Estado y la revolución* de Lenin es, como Ralph Miliband señaló una vez, uno de los «textos sagrados» del pensamiento marxista. Sagrado en el sentido de que el argumento que Lenin desarrolla en relación con la cuestión del Estado y el ejercicio socialista del poder ha «disfrutado de un estatus excepcionalmente autorizado para las sucesivas generaciones de socialistas» y, de hecho, «se considera comúnmente, dentro de la tradición marxista, que proporciona una solución teórica y práctica» a esta cuestión.

Es un texto siempre algo embarazoso para los regímenes estalinistas dada la visión relativamente «libertaria» que presenta Lenin de un Estado obrero de tipo comunal fundado en la participación de las masas, que fue acogido con mucho más entusiasmo —y con mucha menos mala fe— por las corrientes socialistas revolucionarias antiestalinistas. De hecho, podríamos decir que *El Estado y la revolución* es el texto canónico dentro de la tradición «leninista» trotskista actual, al que los socialistas de esta corriente vuelven una y otra vez como el principal punto de referencia para su perspectiva estratégica.

Vale la pena señalar, sin embargo, que la importancia histórica del escrito va mucho más allá de su condición de punto clave de orientación dentro del pensamiento y el debate marxistas. Seguramente no es exagerado decir que *El Estado y la revolución* es uno de los pocos textos que cambiaron fundamentalmente el curso de la historia moderna, ya que fue en el proceso de preparación de este panfleto (al parecer realizó la investigación bibliográfica a inicios de 1917 en Zúrich y lo redactó unos meses más tarde, cuando estaba escondido en Finlandia tras «los días de julio», para publicarlo finalmente a principios de 1918) que Lenin dio los principales saltos conceptuales y rompió políticamente con sus supuestos anteriores, sin los cuales la toma del poder en Rusia en octubre, casi con toda seguridad, no se habría producido.

El giro de Lenin hacia la idea de que los órganos soviéticos que habían proliferado espontáneamente en el curso de la Revolución de Febrero manifestaban el poder obrero revolucionario y de que la estrategia bolchevique debía pivotar sobre el objetivo de transferir la totalidad del poder estatal de las instituciones del Gobierno Provisional a los soviets fue enunciado públicamente por primera vez —para gran conmoción y desorientación de muchos de sus camaradas de partido— en sus *Tesis*

El artículo a continuación es una adaptación traducida de la serie de artículos que publicó Ed Rooksby sobre *El Estado y la revolución* de Lenin en su blog. El texto original está disponible en <https://edrooksby.wordpress.com/>

de abril. Pero la génesis y gestación de este giro en su orientación estratégica estuvo claramente ligada a la investigación y reflexión que realizó en las notas que tomó en enero y febrero de 1917, que acabarían publicándose como *El Estado y la revolución*.

EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN SEGÚN LENIN

Los principales argumentos de *El Estado y la revolución* son bien conocidos. Carmen Sirianni ofrece un breve resumen: «La premisa básica de la nueva posición [de Lenin] se tomó principalmente de los escritos de Marx sobre la Comuna: el proletariado no puede simplemente apoderarse del aparato estatal existente y utilizarlo para sus propios fines. Por el contrario, este aparato debe ser aplastado (*zerbrechen*) y debe crearse uno completamente nuevo, que responda plenamente al control del pueblo. El instrumento político para la opresión del trabajo por el capital no puede ser el instrumento para la emancipación de esta opresión».

Las principales características de tal Estado —que inmediatamente comienza a marchitarse, puesto que ya no se erige como una fuerza independiente por encima del pueblo—, sigue Sirianni, son la «elección plena y revocación instantánea de todos los funcionarios, derecho al voto solo para los trabajadores¹, la plena publicidad de todos los asuntos gubernamentales, la unidad de las funciones ejecutiva y legislativa, la supresión de un ejército permanente y de la burocracia civil (aunque no de los expertos técnicamente capacitados dentro de ellos), el pago de salarios obreros a todos los funcionarios y el

1. Sirianni no está del todo en lo cierto en este punto: como Lenin señala en su posterior polémica con Kautsky, en *El Estado y la revolución* no se menciona la restricción del sufragio.

alistamiento de todos los trabajadores en el negocio de la administración estatal».

Un Estado así, concluye Sirianni, «sería dictatorial en relación con las viejas clases dominantes y la resistencia contrarrevolucionaria. Pero sería democrático de una manera nueva, en el sentido de que representaría verdaderamente a la mayoría de la población».

Debemos añadir algunos puntos más a este resumen. Lenin subraya que hay «dos instituciones especialmente características» de la maquinaria estatal burguesa: la burocracia y el ejército permanente. Por eso es especialmente importante que dichas instituciones sean suprimidas por el proletariado revolucionario. Estas estructuras parecen constituir el núcleo de la maquinaria estatal burguesa para Lenin, aunque en *El Estado y la revolución* no termina de quedar muy en claro si juntas conforman el Estado capitalista en su totalidad.

Ciertamente, el poder estatal parece ser más o menos reducible al ejercicio de la fuerza y, más específicamente, a la organización de la represión de clase. Como dice Lenin en una de sus muchas formulaciones similares: «El Estado es una organización especial de la fuerza; es la organización de la violencia para reprimir a una clase cualquiera». Como tal, la función principal del Estado proletario será organizar la represión de la vieja clase dominante (aunque también añade, de forma algo ambigua, una segunda función: «guiar a la gran masa de la población —el campesinado, la pequeña burguesía, los semiproletarios— en el trabajo de organizar la economía socialista»).

Pero puesto que este Estado manifestará el poder de la mayoría de la sociedad sobre la minoría, ya no existirá como un órgano de poder separado y distinto: dejará de ser «un Estado de burócratas» para transformarse en un «Estado de obreros armados». De hecho, Lenin es muy enfático al afirmar que, al menos en esencia, el Estado proletario equivale simplemente a los trabajadores armados: aunque es «una máquina estatal», se manifiesta «en forma de trabajadores armados que proceden a formar una milicia en la que participa toda la población».

Lo que está en juego aquí, comenta Ralph Miliband, «según todas las apariencias, es el dominio de clase sin mediación», y ciertamente hay pasajes en *El Estado y la revolución* que parecen indicar que será necesaria poca o ninguna mediación política o institucional del poder de la clase obrera. Al mismo tiempo, sin embargo, dichos

fragmentos parecen entrar en una tensión bastante incómoda con aquellos pasajes que indican la supervivencia de alguna forma de funcionariado gubernamental.

Cierto es que Lenin tiene claro que todos los trabajadores deben participar en la administración de la sociedad, fusionando así hasta cierto punto el gobierno con el pueblo (y, como parece evidente, cuanto más avance este proceso de fusión, más se marchitará el Estado), pero también es claro que habrá funcionarios representativos sujetos a elección y revocación instantánea. Lenin incluso considera la contratación de expertos técnicos para trabajar bajo la supervisión y el control de los trabajadores armados. Y debemos notar, además, que la discusión de Lenin sobre el Estado proletario indica claramente que los soviets o las «comunidades» —no parece pensar que estas dos formas sean sinónimas— jugarán un papel importante en el nuevo orden (aunque nótese, también, que los soviets solo se mencionan muy fugazmente en forma específica).

Por último, podríamos añadir que aunque Lenin indica que la democracia (para la mayoría) se expandirá inmensamente bajo la dictadura del proletariado, esa misma democracia también empezará a marchitarse al mismo tiempo que se marchita el Estado. Este aspecto sorprendente —y bastante extraño, en mi opinión— del argumento de Lenin a menudo se pasa por alto o se ignora en los comentarios sobre él. En particular en aquellos que vienen de parte de sus admiradores, siempre más dispuestos a subrayar la parte ampliamente democrática de su visión del socialismo que a detenerse en sus enfáticos planteos de que en realidad la democracia es una forma de violencia de clase y que el comunismo prescindirá totalmente de ella como tal.

UN TEXTO SAGRADO... Y CONFUSO *El Estado y la revolución* está plagado de tensiones y ambigüedades. De hecho, su lectura puede ser una experiencia totalmente con-

fusa y frustrante. Lenin puede parecer estar diciendo una cosa en un pasaje y luego casi todo lo contrario en el siguiente. Incluso hay fragmentos tan ambiguos que podrían interpretarse de maneras totalmente opuestas. No puedo ser yo —espero— la única persona que haya leído *El Estado y la revolución* varias veces sin estar del todo seguro de qué demonios se está argumentando.





Parte de la ambigüedad y vaguedad del texto, por supuesto, está claramente determinada por el contexto histórico en el que fue escrito y por los propósitos particulares de Lenin al redactarlo. No debemos olvidar que no formaba parte de la perspectiva de Lenin imaginar que podía o debía, en términos de Marx, escribir «recetas para las cocinas del futuro». Incluso si en el momento de escribir *El Estado y la revolución* ese futuro no estaba tan lejano, ciertamente Lenin no consideraba parte legítima de su trabajo elaborar un proyecto detallado que estableciera las estructuras institucionales de una sociedad posrevolucionaria. No deberíamos esperar encontrar nada parecido en el texto. Aun así, para ser un «texto sagrado», es notablemente vago y poco claro en muchos aspectos fundamentales (y no todos tienen que ver con las futuras formas institucionales).

La primera cosa notable es que Lenin en realidad no logra fundamentar plenamente su argumento de que el Estado burgués es intrínseca, necesaria y absolutamente burgués. De hecho, como ha elucidado Erik Olin Wright, Lenin expone lo que en general es una visión altamente funcionalista del Estado capitalista y trata la forma organizativa del Estado como conceptualmente subordinada a la cuestión de su función estructural. Es decir, está mucho menos interesado en identificar los mecanismos institucionales específicos a través de los cuales se reproduce la hegemonía burguesa dentro y a través del Estado, que en argumentar que el Estado desempeña necesariamente una función particular determinada por la estructura de clases en la que está inserto.

Su argumento se basa en última instancia en la afirmación como axioma de la visión que extrae de Marx de que el Estado es «un órgano de dominio de clase, un órgano para la opresión de una clase por otra». Esta línea de razonamiento, sin embargo, en sí misma explica muy poco acerca del modo preciso en que el Estado reformula la función que se le ha asignado y sobre qué base está obligado necesariamente en todos los casos y en todo momento a realizar esta tarea. Además, como ha señalado Perry Anderson, *El Estado y la revolución* mantiene «en un plano de total generalidad su examen del Estado burgués, pues por la forma en que lo considera podría referirse a cualquier país del mundo». Esto es muy extraño teniendo en cuenta que, en la época en que Lenin escribía, como apunta también Anderson, el Estado ruso «era absolutamente distinto de los Estados alemán, francés, inglés o norteamericano, a los

que se referían las citas de Marx y Engels en las que se basó Lenin».

En tanto «maestro táctico», Lenin es ampliamente admirado entre los marxistas por su aguda capacidad para captar las coyunturas políticas en toda su complejidad y extrapolar rápida y flexiblemente a partir de allí las maniobras tácticas adecuadas. Pero hay poco de este tipo de análisis coyuntural sensible en *El Estado y la revolución*, donde el foco de su atención a menudo parece flotar en un extraño «no-lugar». Y la naturaleza genérica e inespecífica del argumento de Lenin no se limita meramente a su análisis de los Estados burgueses, sino que también afecta su descripción de la dictadura del proletariado.

En este punto resulta interesante recordar la definición literal del término utopía («ningún lugar») y situar la visión de Lenin en este contexto. Quizás, con no poca ironía, el escenario de ningún lugar de *El Estado y la revolución* refleja la dimensión utópica (¿sometida, repudiada?) de su argumento. Esta vaguedad en términos de ubicación geográfica se vuelve particularmente significativa cuando recordamos que Lenin pensaba que las tareas y posibilidades inmediatas de la revolución serían, en aspectos muy fundamentales, bastante diferentes en Rusia de las que corresponderían a países más «avanzados».

VIEJO Y NUEVO ESTADO

Sea como fuere, en mi opinión una de las ambigüedades más importantes del texto gira en torno a la inespecificidad de la idea de «destrucción de la máquina estatal burguesa». Este es un punto particularmente relevante porque constituye la preocupación principal de la polémica de Lenin: el Estado burgués debe ser aplastado. La mayoría de los lectores parecen pensar que esta es una dimensión relativamente directa de su argumento —*todo* el Estado burgués debe ser *enteramente* destruido— y, de hecho, hay pasajes en *El Estado y la revolución* que parecen absolutamente inequívocos a este respecto:

Los obreros, después de conquistar el poder político, destruirán el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta los cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, lo sustituirán por uno nuevo [...] La revolución debe consistir no en que la nueva clase mande

y gobierne con ayuda de la *vieja* máquina del Estado, sino en que *destruya* esta máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva [...] La revolución consiste en que el proletariado *destruya* el «aparato administrativo» y *todo* el aparato del Estado, sustituyéndolo por otro nuevo, constituido por los obreros armados.

Estos y otros pasajes similares parecen bastante claros: el viejo Estado es *total y absolutamente destruido* y también *total y absolutamente sustituido*. Pero también aquí hay equívocos y ambigüedades. En la sección donde aparecen las citas anteriores, por ejemplo, en la que Lenin está atacando a Kautsky por su «veneración supersticiosa» por los ministerios estatales existentes, parece argumentar que aunque sería posible y preferible reemplazar los ministerios existentes por «comisiones de especialistas», al final no importa realmente si los ministerios permanecen («esto es completamente secundario»). «La esencia de la cuestión», continúa, «radica en si se mantiene la vieja máquina estatal (enlazada por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta el tuétano de rutina y de inercia) o si se la *destruye*, sustituyéndola por otra *nueva*».

Lo anterior parece sugerir que los viejos ministerios son de alguna manera separables de la «vieja máquina estatal», es decir, que retenerlos no significaría necesariamente la retención del viejo «aparato administrativo». Este particular pasaje se vuelve bastante significativo una vez que examinamos la estructura del Estado «soviético» bajo Lenin, en el que los ministerios del antiguo Estado estaban más o menos incorporados al por mayor y sin cambios... rebautizados como «Comisariados».

Por otra parte, las citas aprobatorias de Lenin de Marx y Engels sobre el Estado incluyen los comentarios de Engels del Prefacio a *La guerra civil en Francia* sobre cómo el Estado es, «en el mejor de los casos, un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante» cuyos peores aspectos el proletariado deberá «amputar inmediatamente» y los comentarios de Marx sobre ese texto relativos a las «funciones legítimas» del «viejo poder estatal». Lenin no da indicaciones de que estas frases planteen complicaciones o problemas en absoluto.

Por supuesto, podría argumentarse que Engels está hablando del «Estado» en un sentido muy general, es decir, que el proletariado hereda la necesidad abstracta del *poder estatal* (en lugar de tomar posesión de *órganos*



LENIN PARECE PERMITIR QUE CIERTAS INSTITUCIONES DEL VIEJO ESTADO, Y LAS FUNCIONES QUE DESEMPEÑAN, PUEDAN INTEGRARSE EN EL NUEVO SI SE PURGAN Y RECONFIGURAN ADECUADAMENTE.

estatales concretos). Pero es difícil leerlo de esta manera, y la imagen de «amputar» sugiere con certeza que se apoderan de la maquinaria burguesa existente y se deshacen de las peores partes de ella, mientras que (presumiblemente) mantienen otras. La referencia de Marx a las «funciones legítimas», además, confunde la aparente suposición de Lenin (y de Engels, de quien toma la cita!) de que el Estado no es «más que una máquina para la opresión de una clase por otra». La idea de «funciones legítimas» por parte del viejo Estado sugiere, por supuesto, que las actividades del Estado no son totalmente reducibles a la violencia de clase. Un problema similar se cierne en relación con la anteriormente mencionada referencia ocasional y fugaz de Lenin a una función orientadora que debe desempeñar el Estado proletario.

De hecho, en otra parte de sus escritos de esta época, como señala T.H. Rigby, Lenin parece introducir una salvedad a sus comentarios en *El Estado y la revolución* sobre la destrucción del viejo Estado. Lenin, explica Rigby,



→
«distinguía entre los aspectos represivos, *chinovnik*, de la vieja máquina estatal y sus aspectos modernos, regulativos, especialmente los económico-regulativos». Lenin comenta a este respecto:

Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación de los capitalistas, *cortar, romper, desmontar* todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, *subordinarlo* a los soviets proletarios y darle un carácter más amplio, más vasto y más popular.

Así pues, aquí Lenin parece permitir que ciertas instituciones del viejo Estado, y las funciones que desempeñan, puedan integrarse en el nuevo si se purgan y reconfiguran adecuadamente. Por supuesto, podríamos recordar aquí que Lenin parece pensar que el núcleo del Estado burgués está constituido por el ejército permanente y «la burocracia» y preguntarnos quizás si es su argumento en *El Estado y la revolución* que solo ciertos aparatos deben ser aplastados mientras que otros (económico-reguladores) pueden conservarse.

Pero, por un lado, es difícil ver cómo «la burocracia» podría definirse de tal manera que excluyera los aparatos económico-reguladores (pensemos en cualquier Ministerio de Transporte moderno, por ejemplo: ¿en qué sentido no forma parte de la burocracia estatal más amplia?). Y, por otro lado, esta línea de pensamiento parece estar en tensión con sus formulaciones más bien tajantes de que el poder estatal es siempre el poder político de una clase en particular. La idea de que algunos aparatos estatales puedan escapar (parcialmente) a esta lógica parece absolutamente incompatible.

Además, la distinción implícita aquí entre aspectos «buenos» y aspectos «malos» del Estado burgués es casi precisamente lo que Lenin le reprocha más tarde a Vandervelde en un apéndice de *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Aquí Lenin le cobra tributo a Vandervelde por su intento de distinguir entre el Estado en «sentido amplio» y el Estado en «sentido estricto». Vandervelde argumenta que cuando Marx y Engels hablaron de la abolición del Estado se referían solo al Estado en el «sentido estricto» del término, es decir, a sus dimensiones represivas y autoritarias. No querían decir que el Estado en su «sentido amplio» —como órgano de dirección y representante de los intereses generales de la sociedad— debiera o pudiera ser destruido.

Lenin ridiculiza este argumento. Pero, ¿no es este exactamente el tipo de distinción sobre la que debe girar la diferenciación entre los aspectos represivos del viejo Estado y sus propios aparatos económico-reguladores? En otras palabras, Lenin parece oscilar entre formulaciones que se basan en una lógica muy cruda relativa a la naturaleza absolutamente capitalista de todo el Estado burgués (y, por tanto, a la necesidad de destruirlo totalmente) y posiciones más aparentemente matizadas que desbaratan y socavan esa idea.

TRES FORMAS DE PODER PROLETARIO

El esbozo de Lenin de las principales características del Estado proletario es difícil de precisar. De seguro no podemos esperar que Lenin, en tanto materialista histórico, haya elaborado un proyecto detallado; pero, aun así, su descripción de las principales formas institucionales de la dictadura proletaria es *notablemente* confusa. En el cuadro que pinta parecen convivir tres formas básicas y ambiguamente entrelazadas de poder proletario: el Estado «en forma de obreros armados» (en los pasajes que sugieren, en términos de Miliband, un «dominio de clase sin intermediarios»), las comunas o soviets que menciona y las formas remanentes de funcionariado estatal.

Tal vez lo esté pensando demasiado, pero me resulta muy difícil entender cómo se articulan estas tres formas en su descripción. A veces parece sugerir una sinonimia entre dos o tres de ellas, mientras que otras veces parecen ser cosas distintas. Así, por ejemplo, los funcionarios de los que habla, basándose en el relato de Marx sobre la Comuna de París, parecen ser, al menos a simple vista, funcionarios dentro de las estructuras «comunales» que menciona.

Pero aquí hay una confusión en la medida en que parece sugerir que estas «comunales» son más o menos intercambiables por una alternativa distinta pero estructuralmente similar: los soviets (y, por tanto, un Estado proletario que incorpore formas soviéticas, con los funcionarios del Estado trabajando dentro de estos órganos). El problema es que también describe los soviets como un ejemplo de la «simple *organización de las masas armadas*», en cuyo caso no parecerían formar parte en absoluto de la nueva (y semimarchita) burocracia. De hecho, más adelante parece sugerir que los «diputados obreros» (¿diputados soviéticos?) «supervisarán



la gestión del aparato», lo que implica una distinción organizativa entre los órganos soviéticos y la burocracia «semimarchita».

En otro punto, de forma increíblemente confusa, Lenin habla de «la conversión de *todos* los ciudadanos en trabajadores y empleados de un gran "consorcio" único, a saber, de todo el Estado, y la subordinación completa de todo el trabajo de todo este consorcio a un Estado realmente democrático, *al Estado de los Soviets de diputados obreros y soldados*». Aquí, por supuesto, muchos lectores se enfocan en el entusiasmo ligeramente alarmante de Lenin por el Estado proletario como gigantesca fábrica regimentada («toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica»); pero lo que también me llama la atención de este pasaje es su confusión lógica. ¿Tiene sentido decir que el gran consorcio es el Estado («todo el Estado») y al mismo tiempo, en la misma frase, que el trabajo de este Estado está subordinado a... el Estado, que en realidad son los soviets? Para mí no.

Tampoco está del todo claro qué es lo que «se marchita». Ciertamente, la burocracia centralizada —que presumiblemente incluye todas las formas de funcionamiento— desaparece y lo hace en proporción a la creciente participación de los trabajadores en la actividad administrativa del Estado, ya que esta actividad, a su vez, «puede reducirse a simples funciones de registro, contabilidad y control», etcétera. Pero, ¿se marchitan los soviets, esas «simples organizaciones» de masas? Como órganos de poder de clase (y por tanto, para Lenin, esencialmente órganos de violencia de clase, ya que tiende a enfatizar que estas organizaciones simples son específicamente organizaciones *armadas*), presumiblemente sí; pero esto, por supuesto, nos lleva directamente al problema de la mediación institucional.

De hecho, la vaga discusión de Lenin sobre el comunismo, basada principalmente en Engels, sugiere un futuro en el que todas esas estructuras permanentes



→ de mediación social han desaparecido. El orden y la coherencia sociales descansan enteramente en «simples funciones administrativas, llamadas a velar por los intereses sociales» y en la difusión de normas sociales compartidas, una condición en la que las personas «*se habituarán* a observar las reglas elementales de la convivencia social».

No se trata de una visión de armonía o uniformidad total. Lenin acota en un momento que no espera «el advenimiento de un orden social en el que no se acate el principio de subordinación de la minoría a la mayoría» y en otro que «no somos utopistas y no negamos lo más mínimo que es posible e inevitable que *algunos individuos* cometan excesos, como tampoco negamos la necesidad de reprimir *tales* excesos». Su argumento principal en ambos pasajes es que bajo el comunismo «la causa social más profunda de los excesos», que es «la explotación de las masas, su penuria y su miseria», fue eliminada junto con la propia clase y, por lo tanto, «*no hay nadie a quien* reprimir — "nadie" en el sentido de *clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra determinada parte de la población—» y, por ello, «no hace falta (...) un aparato especial de represión». La represión de los «excesos individuales» y la subordinación de la minoría a la mayoría (presumiblemente en cuestiones de desacuerdo social) pueden llevarse a cabo sin necesidad de tales estructuras especializadas.

Pero incluso si estuviésemos de acuerdo con la idea de que la abolición de la explotación de clase eliminará una fuente fundamental de conflicto social, resulta difícil ver de qué modo el conflicto restante se manifestaría simplemente como «excesos individuales». De hecho, esto parece suponer que gran parte del conflicto que Lenin piensa que seguirá existiendo no se refiere realmente al desacuerdo como tal —derivado de diferencias legítimas de opinión o intereses— sino a la gestión de la *mala conducta* individual y al tratamiento de las *transgresiones* contra un conjunto ampliamente compartido de normas sociales «generales».

Además, Lenin no nos da absolutamente ninguna indicación de cómo se determinarán o descubrirán las mayorías y minorías de las que habla (si se trata de una referencia a la toma de decisiones públicas, parece requerir algún tipo de mecanismo institucional de deliberación y votación, aunque esto va en contra del énfasis de Lenin en el debilitamiento de las estructuras institucionales permanentes) y tampoco nos brinda



EL PROBLEMA ES QUE LENIN PARECE OSCILAR ENTRE DOS DEFINICIONES DIFERENTES DE DEMOCRACIA QUE NO SON REALMENTE COMPATIBLES.

ningún sentido claro de los mecanismos en torno a los que se unirán estas mayorías y minorías. ¿Se refiere esto al debate sobre la toma de decisiones públicas o son las minorías aquí meros agentes del «exceso individual»?

PARTICIPACIÓN Y DEMOCRACIA

Los problemas se ven agravados por sus extraños argumentos en relación con la democracia. Como hemos visto, Lenin argumenta que la democracia es esencialmente una forma de Estado y, por tanto, una forma de violencia de clase que, como tal, morirá junto con el Estado en general. Así que mientras las mayorías y las minorías permanezcan bajo el comunismo, no hay (necesidad de) democracia. Esto podría dar peso a la segunda de las dos interpretaciones anteriores en relación con las situaciones de disputa que Lenin parece pensar que permanecerán. Pero todo el tratamiento de la «democracia» en este texto es extraordinariamente confuso.

El problema básico es que Lenin parece oscilar entre dos definiciones diferentes de democracia que no son realmente compatibles. Por un lado, la democracia es vista como una forma de Estado y de represión (el sometimiento de una clase por otra); pero, por otro lado, la democracia

también parece concebirse en los términos en que normalmente se entendería, es decir, como un proceso colectivo de toma de decisiones que abarca la deliberación pública y el debate entre puntos de vista alternativos como parte de la formulación social de la política, etc. Incluso si admitimos que este último proceso está fuertemente moldeado, estructurado y delimitado por las relaciones de clase y acordamos en que los intereses de la clase dominante tienden a prevalecer, las dos concepciones de la democracia no son exactamente lo mismo.

La democracia como proceso no es *reductible* a la opresión de clase. Aquí, por supuesto, empezamos a invadir los términos clave del debate posterior entre Kautsky y Lenin, y podríamos estar de acuerdo con Lenin (en contra de Kautsky) en que no existe tal cosa como la «democracia pura» en abstracción del contexto de clase en el que los procesos democráticos están integrados e institucionalizados. También podríamos acordar en que las formas parlamentarias tienden a representar «el mejor envoltorio posible para el capitalismo». Pero nada de esto significa que podamos reducir por completo los procesos democráticos a formas estructuradas de represión. En cualquier caso, mucho de lo que dice Lenin sobre la democracia no tiene sentido si nos atenemos a la formulación descarnada de la democracia como violencia de clase.

Lenin habla, por ejemplo, de «restricciones, excepciones, exclusiones y trabas impuestas a los pobres» que «en conjunto (...) excluyen, eliminan a los pobres de la política, de la participación activa en la democracia». Un poco más adelante señala que la dictadura del proletariado producirá una «enorme ampliación de la democracia» para los pobres. Así pues, aquí parece que la democracia no es tanto una forma de represión como algo bueno y deseable de lo que los pobres están excluidos. La opresión de los pobres se deriva, al menos en parte, de su *exclusión de* la democracia, no tanto de la cosa en sí. Del mismo modo, ¿qué sentido tiene hablar de la «inmensa expansión de la democracia» si la democracia no es más que la represión por la fuerza? ¿Qué es esta sustancia que se va a expandir si no se refiere a algún tipo de proceso de compromiso por encima y mucho más allá de la supresión de la antigua clase dominante?

La democracia —ciertamente en el sentido de poder de clase, pero también (aparentemente) en el sentido de deliberación colectiva y toma de decisiones sobre la base de concepciones alternativas de posibles cursos

de acción— parece desaparecer bajo el comunismo, muriendo junto con ese Estado con el que está intrínsecamente ligada. Aquí hay una visión del comunismo en términos cercanos al mito utópico clásico de la armonía social última y completa. Por supuesto, Lenin tiene claro que (la fase superior del) comunismo se encuentra en un futuro muy lejano. Pero problemas similares se vislumbran también en su relato del período inmediatamente posterior a la revolución.

Lo que resulta muy sorprendente en su discusión de las instituciones del poder proletario es que su función (aparte de la represión contra la vieja clase dominante) parece acotarse enteramente a procesos de administración técnica. Los delegados, funcionarios y otros participantes en ellos se dedican a «operaciones extraordinariamente simples de inspección y anotación» y «contabilidad y control», pero no hay absolutamente nada sobre la participación de las masas en la formación y revisión de la política. De hecho, hay pocos indicios de que los soviets u otros órganos del poder proletario sean lugares de discusión o debate y contados pasajes que sugieran que son arenas de deliberación, de formación de consenso, o que faciliten la mediación democrática de las diferencias populares o incluso que diferentes corrientes ideológicas y políticas operarán en su seno.

No hay pistas de que estos órganos sean un terreno de competición entre diferentes partidos. Notablemente, de hecho, Lenin apenas menciona al partido de vanguardia en *El Estado y la revolución*, y mucho menos da ninguna sensación de que el pluralismo de partidos continúe bajo la dictadura del proletariado. Las instituciones del Estado proletario parecen lugares curiosamente inertes, estériles y uniformes en los que los participantes simplemente se «ponen a punto» para administrar la sociedad, como si esto fuera un proceso sencillo y libre de valores sobre el que no puede haber desacuerdos ni diferencias de juicio.

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN

De conjunto, el planteamiento de Lenin parece basarse en última instancia en una distinción entre la «política propiamente dicha» y una forma «no política», ideológicamente neutral, de administración técnica. Siguiendo a Marx y Engels, como señala Sirianni, Lenin «delimita estrechamente la



→ categoría de "política" a la lucha entre clases hostiles» y así (al igual que en su análisis el Estado se agota en la fuerza represiva) «la política y el poder político en la transición se definen únicamente en términos de la supresión de los enemigos de clase del proletariado». De esto se deduce que no existen diferencias propiamente políticas entre el proletariado y, por tanto, poca base para divisiones significativas entre ellos.

Este punto de vista parece apuntalar la suposición de Lenin de una identidad absoluta de intereses entre la clase obrera y «su» Estado proletario. Como ha señalado Sirianni junto a muchos otros autores, a Lenin no parece haberle pasado por la cabeza que este Estado pudiera alguna vez desarrollar intereses opuestos a los de la masa del proletariado (o de sectores significativos de este) o que fuese a actuar en contra de sus deseos. Este punto ciego en el pensamiento de Lenin, por supuesto, volvería para atormentar a los bolcheviques no mucho después de la revolución, obligándolos a idear formas cada vez más elaboradas de justificar una dictadura de partido que claramente no podía contar, por decir lo menos, con el apoyo absoluto de toda la clase obrera.

Por cierto, Kautsky machaca a Lenin sobre este asunto en su crítica de 1918 a la idea bolchevique de dictadura del proletariado. Allí señala que Lenin se limita a afirmar una identificación sumaria de la clase obrera con los bolcheviques y el gobierno soviético pero no proporciona ninguna indicación de cómo podría verificarse el supuesto apoyo de la primera a los dos últimos. También argumenta, con razón, que la clase obrera es heterogénea y que los intereses de clase pueden formularse y representarse de varias formas diferentes. Estos puntos, por cierto, son concienzudamente ignorados en la cáustica respuesta de Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

Pero volviendo a la distinción entre «política propiamente dicha» y administración revolucionaria... Las instituciones de la dictadura del proletariado desempeñan así una doble tarea, de las cuales solo una es propiamente «política». Su función política es organizar la represión de la vieja clase dominante mediante la aplicación de la fuerza. Pero su otra función («no política») es entrenar y educar al proletariado en las destrezas de la administración revolucionaria. Con el tiempo, la primera función se hace cada vez más innecesaria y desaparece, mientras que la segunda acaba produciendo una sociedad en la que todos pueden participar en un proceso de gobierno pospolítico y posdemocrático (¿también posinstitucional?)

concebido en términos de una especie de tecnocracia participativa de masas.

Sirianni argumenta de manera convincente que el argumento de Lenin aquí está guiado por un *telos* utópico. Lenin —como muchas figuras de la II Internacional— creía que los orígenes del Estado y de los conflictos «políticos» más amplios residían únicamente en la escasez material y la división de la sociedad en clases, y también parece haber creído (de nuevo, como muchos otros) que estos conflictos desaparecerían inevitablemente con la abolición del capitalismo y el advenimiento de la «abundancia» comunista. Por lo tanto, había pocas razones para temer la solidificación de nuevas relaciones de dominación política una vez derrocada la vieja clase dominante: el Estado proletario, después de todo, no podía ser otra cosa que temporal y, en cualquier caso, sería un «semi-Estado» en avanzado proceso de descomposición desde el principio. Como dice Sirianni,

La tendencia de Lenin a concebir la participación de las masas en la construcción del socialismo en gran medida en términos de administración técnica es teóricamente resultante de su concepción de la sociedad comunista como una utopía administrativa, en la que la necesidad de la propia democracia desaparece y todos los intereses individuales y sociales se armonizan de forma más o menos automática.

Desde esta perspectiva, el entusiasmo (temporal) de Lenin por los soviets desde mediados de 1917 no se basaba en la idea de que estas instituciones representarían vehículos ideales para la emancipación de la clase obrera porque proporcionarían foros democráticos para la formulación colectiva de la política y su control —Lenin no estaba realmente muy interesado en eso— sino simplemente porque proporcionaban una forma de *implicar* a las masas en las tareas administrativas.

A menudo los exégetas de Lenin lo presentan como un demócrata radical, y en cierto sentido lo era. La democracia que él imaginaba era una forma de gobierno en la que la *participación* se generalizaría lo más ampliamente posible: todos acabarían formando parte por igual en las diversas tareas necesarias para el funcionamiento de la sociedad poscapitalista. Pero haríamos bien en tener presente que la *participación masiva* no es exactamente lo mismo que la democracia en el sentido en que la mayoría de nosotros entendemos ese concepto. ✕

la guillotina

DEMOLER HASTA LOS CIMIENTOS
EL ESTADO BURGUÉS...

De camarada a oponente

Yuli Mártov fue una figura fundamental para la política revolucionaria en Rusia durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Analista y teórico de gran prestigio, fue un aliado leal de Lenin hasta que sus posiciones se bifurcaron en el segundo congreso de la socialdemocracia rusa.

El 11 de junio de 1923 un exiguo cortejo fúnebre de socialistas desfiló por las calles de Berlín. La élite dirigente de los socialdemócratas rusos y algunos otros exiliados se congregaron para despedir a Yuli Mártov. Incluso el viejo bolchevique Alexei Rykov, cuya política había sido tan firmemente rechazada por Mártov, presentó sus últimos respetos al difunto. El que fuera una de las figuras más importantes de la socialdemocracia revolucionaria en Rusia, mencionado alguna vez a la par que

el propio Lenin, aún era muy poco conocido en su propio país; y aquellos pocos que lo conocían apenas hablaban de él.

Nacido como Yuli Ósipovich Zederbaum el 24 de noviembre de 1873 en Constantinopla en el seno de una familia judía, creció rodeado por las ideas de emancipación social, ya que tuvo una educación cosmopolita en la que la religión solo desempeñaba un papel secundario. Su padre se había establecido en la capital del Imperio Otomano como comerciante de la Asociación Rusa

de Navegación y Comercio, lo que le había permitido alcanzar cierta prosperidad.

Huyendo de la guerra ruso-otomana de 1877 y de los pogromos de Odessa, la familia llegó finalmente a San Petersburgo. El joven Yuli Zederbaum se sintió atraído por las ideas revolucionarias. Como estudiante de ciencias naturales en San Petersburgo, se unió a los círculos revolucionarios en 1891, solo para ser encarcelado y expulsado de la universidad poco tiempo después. Sin embargo, el encarcelamiento no acabó con sus aspiraciones políticas, sino que le animó a convertirse en revolucionario.

Mientras que la teoría marxista había ido ganando terreno entre los círculos intelectuales, el proletariado industrial, poco numeroso en comparación con el campesinado, había tenido poco contacto con las ideas socialistas. Políticamente desorganizados, los movimientos huelguísticos, cada vez más numerosos, revelaron el potencial sedicioso de esta nueva clase en la escena política.



Junto con Uliánov/Lenin, fue MártoV quien quiso romper el aislamiento político del marxismo. Con un puñado de otros socialistas fundaron en 1895 la Liga de San Petersburgo de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera para intervenir con sus ideas en el emergente movimiento obrero a través de panfletos y periódicos. Se trataba de un planteamiento relativamente nuevo. La estrategia de agitación de masas, que pretendía llegar al grueso de los trabajadores, suponía una ruptura con el espíritu parroquial de las sectas marxistas.

El zarismo reaccionó con represión ante el emergente y combativo movimiento obrero. MártoV fue detenido de nuevo en 1895. Como muchos otros marxistas, fue enviado al exilio a Turujansk en 1897. Al cabo de tres años, aprovechó la

oportunidad de abandonar Siberia y siguió el llamado de Lenin a exiliarse a Europa para ayudarle a editar el periódico *Iskra*. Además de Lenin y MártoV, el consejo de redacción del periódico incluía a Pável Akselrod, Georgi Plejánov, Alexander Potresov y Vera Zasúlich.

Un aliado ideal

Como analista y teórico de gran prestigio, MártoV desempeñó un papel central en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), fundado por aquel entonces. MártoV se hizo insustituible para *Iskra*. En la disputa con la corriente economista, Lenin encontró en él un aliado leal, ya que compartían la visión de un partido que debía permitir al proletariado actuar políticamente en lugar de describir el desarrollo sociopolítico y económico de la Rusia zarista.

En el II Congreso del partido, celebrado en 1903 en Bruselas y Londres, estalló un conflicto abierto ante las diferentes opiniones sobre cómo debían actuar las estructuras organizativas del POSDR. Lenin abogó por un partido de cuadros estructurado centralmente que pudiera resistir las condiciones de ilegalidad. MártoV apoyó la propuesta de Lenin pero con una actitud más flexible respecto al estatus de miembro del partido, a pesar de que a primera vista solo había ligeras diferencias entre ambos conceptos.

Lenin obtuvo la mayoría en el congreso, lo que condujo a la formación de dos facciones rivales de bolcheviques y mencheviques con diferentes planteamientos organizativos que se consolidarían con el tiempo.

La crisis del partido era abiertamente evidente. Incluso a nivel personal, la escisión dañó de forma duradera la relación entre los dos camaradas más cercanos, Lenin y MártoV.

El estallido de la revolución de 1905 en Rusia obligó a ambas facciones a actuar. Con la aparición de los consejos obreros, MártoV vio confirmada su teoría de la revolución. En *Iskra* subrayó con entusiasmo que «el pueblo revolucionario no era una invención de la socialdemocracia, ni el levantamiento popular una ilusión». En contraste con la estrategia de los bolcheviques, MártoV esperaba una revolución democrático-burguesa en la que un Estado proletario no estuviera en el orden del día. De regreso a Rusia, MártoV se convirtió en diputado del Soviet de San Petersburgo. Sin embargo, sus intentos de unir a las diversas tendencias socialdemócratas fracasaron con el aplastamiento de la revolución. Detenido en julio de 1906, optó de nuevo por el exilio en Occidente.

El fracaso de la revolución profundizó la escisión en el POSDR. Lenin inició su lucha contra los «liquidacionistas» que querían legalizar las estructuras del partido ante el fin del ciclo revolucionario. Los bolcheviques se opusieron a este intento manteniendo las estructuras de cuadros y reforzando el carácter centralista. MártoV abogaba por la legalización del partido, que contaba con una fracción en la impotente Duma, pero no quería disolver todas las estructuras clandestinas. Por otra parte, se opuso con vehemencia a tácticas políticas tales como las incursiones armadas adoptadas por los bolcheviques, que condenó como «aventurerismo» y «bakuninismo».





El estallido de la Primera Guerra Mundial y el derrumbamiento de una época histórica en la sangrienta guerra de desgaste sumieron a Mártoov en una crisis de orientación de la que solo volvió a salir de forma vacilante. Al principio se puso del lado de los llamados «defensores de la patria», como la mayoría de la Internacional Socialista, que echó por la borda el elemental antimilitarismo del Congreso de Basilea de 1912 con su *Burgfriedenspolitik*. Su actitud cambió en la Suiza neutral, donde llevaba abogando por el fin inmediato de la contienda desde el segundo año de la guerra. Allí se alineó con las posiciones internacionalistas a las que permanecería fiel durante toda su vida.

Mártoov desempeñó un papel decisivo en la Conferencia de Zimmerwald, en la que los opositores de izquierda a la guerra querían revivir la idea antimilitarista del movimiento obrero internacional. Si un acercamiento con Lenin, que también se encontraba en Suiza, parecía entonces posible, quedó descartado a causa de las ideas de este último de derrocar al Estado zarista y transformar la guerra imperialista en una guerra civil.

Democracia revolucionaria

El estallido de la Revolución de Febrero de 1917, con la abdicación del zar y la situación de doble poder, junto a la reaparición de los soviets de obreros y soldados y un Gobierno Provisional inestable, provocó el regreso de diversos grupos socialistas del exilio. Lenin reingresó al país en abril, y Mártoov le siguió un mes más tarde. Sin embargo, la unión era imposible. Los mencheviques que operaban en Rusia luchaban por

una alianza de los partidos y organizaciones socialistas con las fuerzas liberales. Esto, a contramano de Zimmerwald, dio lugar a la política de «defensa revolucionaria de la patria», es decir, la continuación de la guerra. Los «defensores de la patria» eran mayoría en los soviets. Mártoov criticó la reticencia de su propio partido en los soviets a no profundizar en los logros de la revolución. Y, al igual que en 1905, optó por una revolución democrático-burguesa afirmando que la revolución socialista no era inminente.

La facción menchevique-internacionalista de Mártoov estaba en minoría frente a los defensores de la patria en torno a Potressov y Mijaíl Liber, centristas como Fiódor Dan, Nikolos Cheidze e Irakli Tsereteli y el grupo Yedintsvo (Unidad), de Plejánov. Mientras que en la primera fase de la revolución los mencheviques surgieron como una fuerza política decisiva, en el periodo siguiente se vieron gravemente afectados por las disputas internas y perdieron apoyo en la clase obrera.

El principal punto de discordia, aparte de la continuación de la guerra a la que se oponía Mártoov, giraba en torno a la participación de los mencheviques en el gobierno. La mayoría se inclinaba por compartir el poder en el Gobierno Provisional con los *kadetes* liberales. Los mencheviques internacionalistas exigían reforzar la posición de la clase obrera. Mártoov abogaba por una democracia revolucionaria que «no debe imponerse ninguna limitación haciendo concesiones a la derecha». Había que aumentar la presión sobre el Gobierno Provisional hasta que se estableciera un gobierno progresista y burgués o hasta que la propia clase

obrero tomara el poder. Las famosas *Tesis de abril* de Lenin, que preveían la entrega del poder a los soviets mediante la abolición del Gobierno Provisional, eran diametralmente opuestas a las ideas de Mártoov.

Tras el fracaso del Alzamiento de Julio, los mencheviques asumieron la responsabilidad gubernamental. Tsereteli asumió el Ministerio del Interior bajo el nuevo gobierno de Kerensky y fue responsable de la represión que comenzó contra los bolcheviques y otros izquierdistas. Para Mártoov esta era una situación insostenible, puesto que los mencheviques amenazaban con desmoronarse por completo. Confiando en la posibilidad de un acuerdo, participó en la unificación de la mayoría de las tendencias mencheviques en agosto. En este congreso, los defensores de la patria obtuvieron la mayoría numérica, pero no se aclararon las cuestiones fundamentales. El intento de golpe de Estado del general Kornilov el 25 de agosto destruyó la pretensión democrática de Kerenski y aseguró definitivamente la hegemonía política de los bolcheviques en los soviets. Mártoov se encontró entre la espada y la pared: mientras los soviets se preparaban para un levantamiento armado contra el gobierno, el aparato de Kerenski perdía autoridad ante las masas día tras día.

Los «diez días que conmovieron al mundo» revelaron el aislamiento de Mártoov. Poco pudo hacer para oponerse al derrocamiento del gobierno por los soviets dirigidos por los bolcheviques y a la instauración del Consejo de Comisarios del Pueblo, al considerar que la toma del poder por los soviets no era más que la instauración de una dictadura jacobina. El II Congreso de los

Soviets, celebrado los días 25 y 26 de octubre de 1917, desembocó en un tumultuoso enfrentamiento con sucesivas declaraciones de las distintas corrientes socialistas sobre las relaciones de poder ahora establecidas.

Mártov pidió una resolución a favor de un gobierno de unidad democrática en el que participaran todos los partidos socialistas. Trotsky se opuso a su propuesta: «Lo que ha ocurrido es una insurrección y no una conspiración. Hemos endurecido la energía revolucionaria de los obreros y soldados de Petesburgo. Hemos forjado abiertamente la voluntad de las masas para una insurrección, no para una conspiración». Y en relación con las exigencias de Mártov y la reciente salida de la reunión de los mencheviques de derechas, declaró: «A quienes han abandonado esta sala y a quienes vienen con propuestas, hay que decirles: son unos miserables solitarios, están en bancarota, su papel está jugado, y ahora lárquense a donde está su lugar a partir de ahora: en el basurero de la historia».

A pesar de rechazar los métodos políticos del Consejo de Comisarios del Pueblo, Mártov era consciente de que era la expresión política de la clase obrera rusa. El retorno del poder político a manos de la Asamblea Constituyente resultó ser una nueva ilusión. Los mencheviques solo obtuvieron un número insignificante de escaños, en contraste con los socialrevolucionarios y los bolcheviques. Después de que la Asamblea Constituyente se reuniera por primera vez el 5 de enero, fue declarada sumariamente disuelta por los bolcheviques, consolidando el régimen soviético.

En los Congresos Panrusos de Diputados Obreros, Soldados y

Campeños, Mártov protestó enérgicamente contra la actuación de los bolcheviques, que habrían pisoteado la voluntad del pueblo. Entonces polemizó enérgicamente contra el régimen soviético: «El poder real concentrado en el poder estatal, capaz de llevar a cabo la voluntad consciente de la mayoría contra la resistencia de una minoría económicamente poderosa, solo esto es, solo esto puede ser, de acuerdo con la enseñanza de Marx, la dictadura del proletariado».

Varias prohibiciones de periódicos mencheviques, la expulsión de los socialdemócratas de las estructuras soviéticas superiores y las acciones represivas de la Cheka de Félix Dzerzhinsky desintegraron el manchevismo (que había conservado el nombre de POSDR), aunque a sus miembros se les permitió ocupar cargos en organismos estatales. Aunque Mártov criticaba la política comunista por «utópica» y «dictatorial», tenía claro que el principal peligro procedía de las fuerzas reaccionarias. Por eso dio pasos hacia el ahora llamado Partido Comunista de Rusia bajo el impacto de la guerra civil y los intentos de golpe de Estado. En su opinión, cualquier golpismo contra los bolcheviques reforzaba la contrarrevolución. Además, no podía existir una neutralidad política entre los blancos en torno a Denikin y los bolcheviques.

En una carta a Karl Kautsky, Mártov admitió francamente: «Nuestra situación interna es desoladora». El fin de la guerra civil trajo consigo un aumento masivo de la represión por parte de la Cheka. Las estructuras socialdemócratas que aún existían en aquella época se derrumbaron. Con la supresión

del levantamiento de Kronstadt en 1921, el POSDR fue declarado ilegal. Actuando en la ilegalidad, un núcleo de militantes mencheviques intentó escapar de Rusia para reorganizar el partido desde el extranjero.

Solo con grandes problemas burocráticos pudo Martov aceptar la invitación del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD) a su congreso en Halle en octubre de 1922 como representante de la socialdemocracia rusa. El USPD estaba dividido ante el impacto de una reorganización internacional. Una mayoría aspiraba a ingresar en la Internacional Comunista, considerada por Mártov como una «gran fábrica de desorganización del movimiento general de clases», uniéndose así al hasta entonces pequeño KPD, que se convertiría en un partido de masas. En Halle, Mártov se presentó como contradictor de Grigori Zinóviev, que también estuvo invitado. Aunque no pudo evitar la escisión del USPD, dejó claro su punto de vista a favor de un internacionalismo en forma de Unión de Partidos Socialistas para la Acción Internacional.

El congreso de Halle demostró el aislamiento político de Mártov y de los mencheviques en general. Además, se le negó la entrada en Rusia, por lo que se vio obligado a establecerse nuevamente (por última vez) en el exilio. La delegación exterior del POSDR dirigida por Mártov tenía su base en Berlín. En *Socialisticheskij Vestnik* trazó la evolución de la Rusia posterior a la guerra civil, que entraba en el periodo de la Nueva Política Económica (NEP). Mártov argumentó que la NEP era un callejón sin salida porque ensancharía la

→



brecha entre el Partido Comunista y las clases trabajadoras, conduciendo inevitablemente a una mayor desdemocratización.

En relación a los otros esbozos interpretativos, se opuso a las refutaciones de Karl Kautsky a *Terrorismo y comunismo* de Trotsky, prefiriendo la crítica matizada de Rosa Luxemburg. Describió las estructuras de poder en la Rusia soviética como bonapartistas y temía una restauración capitalista que pusiera en peligro el núcleo del proletariado con conciencia de clase. En *Nuestra plataforma*, de octubre de 1922, abogaba por «arrancar concesiones políticas al poder existente mediante la presión organizada de las masas» y por lograr una «transición lo menos dolorosa posible del régimen de dictadura de la camarilla bolchevique al régimen de la república democrática», implicando a las corrientes comunistas que aún mantenían lazos con la clase obrera rusa.

Espíritu de un mundo nuevo

Los conflictos y una existencia agitada y agotadora, finalmente, le pasaron factura. Físicamente enfermo, Mártoov se vio obligado a someterse a su primera cura en St. Blasien ya en la primavera de 1921. Tras una recuperación inicial, en 1922 volvió a estar tan agotado que tuvo que someterse de nuevo a tratamiento. El 4 de abril de ese año murió en Schömburg, durante otra estancia en un centro de salud.

El ala izquierda de la socialdemocracia era consciente de que había perdido a una de sus mentes más brillantes. Pero incluso los comunistas tuvieron que presentar sus respetos,

como demostró la visita de Rykov al funeral. Quizás su sinceridad y su energía inquebrantable para con su devoción marxista hicieron que algunos no pudieran hablar de él sin respeto y simpatía. No pocos de los viejos bolcheviques consideraron una tragedia no haber encontrado al final a Mártoov en sus propias filas. Anatoly Lunacharsky reservó en sus famosas *Siluetas revolucionarias*, más tarde suprimidas y distorsionadas por Stalin, la posibilidad de que Mártoov ocupara un lugar en una «oposición leal de derechos» en la que pudiera «emerger como uno de los espíritus más creativos de un nuevo mundo».

Nunca reconocido más allá de pequeños círculos dentro del ala izquierda de la socialdemocracia, el legado político de Mártoov es extremadamente complejo. Pero si hay algo seguro es que su posterior percepción como oportunista es una imagen distorsionada, creada esencialmente durante la era estalinista. Mártoov se mantuvo inquebrantablemente fiel a sus principios de unidad inseparable de la democracia y el socialismo como condiciones mutuas. Sepultada bajo las atrocidades estalinistas que persiguieron y aniquilaron casi por completo a los miembros de su familia en la década de 1930 —la mayoría de los cuales eran también de orientación menchevique—, la biografía de Mártoov nos recuerda aquella promesa incumplida.

A diferencia de sus homólogos del ala derecha de los mencheviques, Mártoov veía como una necesidad la independencia incondicional del movimiento obrero ruso de cualquier alianza con la burguesía. Con esta consigna y el intento de unir a las fuerzas socialistas, se mantuvo firme

en el terreno de una socialdemocracia revolucionaria cuya historia sigue expuesta al olvido. El énfasis en un gobierno obrero bajo auspicios socialistas, que podría haber sido legitimado sin fisuras por la Asamblea Constituyente, constituyó un obstáculo no solo para una unificación de Mártoov y los bolcheviques, sino que también lo distinguía de aquellos mencheviques que, en la situación revolucionaria, rehuían las exigencias de liberación del movimiento obrero.

La compleja situación de violencia revolucionaria y liberación en la que se vio envuelto el movimiento obrero ruso tras la revolución de 1917 se refleja a lo largo de todo el pensamiento de Mártoov. Y tal vez fuera precisamente su posición de *outsider* la que le permitió captar tempranamente los peligros de que las organizaciones obreras se deslizaran hacia mecanismos represivos de dominación. Su crítica al vaciamiento de la revolución socialista —que solo podía ser lograda por la propia clase obrera— en favor de un gobierno de la minoría sigue siendo relevante hoy en día.

No es una coincidencia que Lenin, extremadamente preocupado por el estado de salud de Mártoov durante su exilio en Alemania, desarrollara por aquel entonces ideas similares sobre la revolución y, a pesar de las diferencias políticas, deseara mantener una conversación con su viejo camarada. El duelo de Lenin por el fallecimiento de Mártoov coincide con el final de un ciclo revolucionario en el que a las expectativas esperanzadoras de la Revolución Rusa siguieron la desilusión de la guerra civil y el entierro de la promesa de emancipación bajo un aparato burocrático de gobierno. ✕

Este texto es una traducción adaptada del capítulo «The Ideological Crusade against Bolshevism» en *Karl Kautsky and the Socialist Revolution 1880-1938*, de Massimo Salvadori (Verso, 1979).

Aunque siguió participando en las luchas partidistas dentro del movimiento obrero alemán, después de 1918 las energías de Karl Kautsky se dedicaron principalmente a la polémica ideológica contra el bolchevismo. De hecho, lo que puede llamarse su «cruzada» contra la política interior y exterior del Estado soviético y sus dirigentes iba a constituir el clímax de toda la carrera política e ideológica del hombre que durante el periodo de la Segunda Internacional le había parecido a tantos intelectuales socialistas —entre ellos, el propio Lenin— el heredero teórico más legítimo de Marx y Engels.

Es bien sabido, por supuesto, que después de que Kautsky presentara en *La dictadura del proletariado* (que en realidad repetía argumentos que ya habían sido expuestos en *Democracia o dictadura*) y *Terrorismo y comunismo* las tesis que iban a constituir el arsenal ideológico de su polémica contra el nuevo régimen bolchevique, los dos principales artífices de la Revolución de Octubre,

Lenin y Trotsky, entraron en el campo de batalla contra las posiciones de Kautsky. El primero lo hizo con su célebre obra *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (1918); el segundo, en su propio *Terrorismo y comunismo* (1920).

Como indica el propio título de la primera obra, tanto Lenin como Trotsky acusaron a Kautsky de ser un «renegado», es decir, de haber traicionado no solo las concepciones

revolucionarias de Marx, sino también su propio pasado. Lenin escribió que Kautsky tenía que «recorrer literalmente a artimañas a cada paso para encubrir su apostasía» y que «el renegado Bernstein» parecía «un mero cachorro comparado con el renegado Kautsky».

Tanto Lenin como Trotsky contrapusieron al Kautsky revolucionario de *Der Weg zur Macht* (1909)

→

¿El «renegado» Kautsky?

En el contexto de un debate historiográfico en curso que arroja nueva luz sobre la controvertida figura de Karl Kautsky, traducimos por primera vez al castellano un fragmento de la monumental biografía de Massimo Salvadori, una obra clásica y de referencia en el tema.



al «renegado» posterior. Trotsky, en particular, recordó a Kautsky que en 1909 había escrito «Fueron Marx y Engels quienes formularon la idea de la dictadura del proletariado, que Engels defendió obstinadamente en 1891, poco antes de su muerte: la idea de que la autocracia política del proletariado es la única forma en que puede realizar su control del Estado».

En realidad, al formular su caso contra Kautsky en términos de «apostasía», Lenin y Trotsky estaban hablando el lenguaje político de la lucha de partidos, y no sin considerable dificultad. Kautsky había sido, en efecto, un protagonista de la lucha teórica contra el revisionismo. El propio Lenin lo había llamado «el jefe de los revolucionarios alemanes» y había manifestado la más ilimitada admiración por el método de análisis científico de Kautsky, en el que —decía— «el método de Marx» volvía a vivir.

Por otra parte, los bolcheviques se consideraban los únicos marxistas revolucionarios consecuentes. Obligados ahora a enfrentarse tanto al pasado «revolucionario» de Kautsky como a su posición actual de implacable opositor a la Revolución de Octubre y a la táctica que había llevado a los bolcheviques al poder, trataron de «fracturar» la continuidad de su obra. En apoyo de su argumento político e ideológico, Lenin y Trotsky señalaron el hecho de que en el pasado Kautsky había sido un defensor del concepto de dictadura del proletariado y de la democracia obrera, un teórico de la necesidad de un Estado de clase y un analista de la inevitable conexión entre la guerra mundial y la revolución proletaria.

Identificando su propia concepción de la dictadura del proletariado, la democracia, el Estado y el momento y las modalidades de la revolución con el marxismo, y registrando simultáneamente la oposición de Kautsky al bolchevismo, Lenin y Trotsky respondieron a la polémica de Kautsky denunciando su supuesta «renegación», su abandono del marxismo, su liberalismo vulgar, su humanitarismo y su democratismo pusilánime. Así, según Lenin, el hombre al que antes consideraba un maestro sin parangón del método marxista se convertía ahora en un lúgubre y mediocre maestro de escuela, un filisteo que masticaba el bolo alimenticio de la vulgaridad contrarrevolucionaria.

En realidad, la base para la acusación de que había habido una «apostasía» era extremadamente frágil, si es que tenía alguna base. Pues las posiciones que Kautsky había desarrollado precisamente

durante el periodo en que Lenin lo consideraba un «maestro» y el «jefe de los revolucionarios alemanes» lo conducían inevitablemente a la más aguda oposición tanto a la táctica y la estrategia de los bolcheviques en la toma del poder como a la manera en que establecieron su dictadura después de ella. Por supuesto, es indiscutible que las posiciones de Kautsky se fueron desplazando gradualmente en una dirección moderada. Pero también es innegable que este cambio se produjo en el marco de una concepción general del socialismo, la democracia y el Estado que, desde el principio (tomando el Programa de Erfurt como punto de partida fundamental), mostraba un carácter irreconciliable con la teoría de la dictadura y del Estado sobre la que actuaron los bolcheviques en 1917.

Se podía acusar a Kautsky de inmovilismo, pero no de haber abandonado las líneas fundamentales de

**Sean cuales sean las oscilaciones
de Kautsky en direcciones
radicales o moderadas, siempre
se mantuvieron dentro de
una concepción del proceso
revolucionario que era totalmente
incompatible con la concepción
bolchevique**



su concepción del proceso revolucionario, de la dictadura del proletariado y del Estado socialista.

Cuando Trotsky reprochó a Kautsky que en 1909 todavía había reconocido «correctamente» la dictadura del proletariado, en realidad estaba malinterpretando una fórmula puramente verbal. Kautsky había hablado efectivamente de «dictadura del proletariado», del poder exclusivo del proletariado. Pero lo hizo en el contexto de una concepción del proceso revolucionario que difería cualitativamente de la de los bolcheviques. Para Lenin, en 1918, la dictadura del proletariado era un «poder basado directamente en la fuerza y no restringido por ninguna ley», «un gobierno conquistado y mantenido por el uso de la violencia

del proletariado contra la burguesía, un gobierno que no está restringido por ninguna ley». Para el Trotsky de 1920, «el que en principio renuncia al terrorismo, esto es, a las medidas de intimidación y represión con respecto a la contrarrevolución armada, debe renunciar también a la dominación política de la clase obrera, a su dictadura revolucionaria».

A la luz de estas posiciones, cualquier referencia a las ideas supuestamente revolucionarias y correctas de Kautsky de 1909 se basaba en analogías puramente formales, ya que cuando hablaba de «dictadura del proletariado», Kautsky asociaba esta dictadura con una dictadura revolucionaria. ¿Qué entendía Kautsky, entonces, por dictadura del proletariado? El poder obtenido por la clase obrera mediante la conquista del parlamento, es decir, mediante el ejercicio de las libertades democráticas en competencia con todos los demás partidos; la dependencia de un gobierno puramente socialista, en cuanto a la transformación de la base social del Estado, de un parlamento que representara a todas las fuerzas políticas y estuviera controlado por una mayoría socialista; un régimen que no suprimiera los derechos políticos y civiles de los ciudadanos, dispuesto a verificar la base del consentimiento popular en elecciones periódicas y que solo utilizara la violencia contra los partidarios de la contrarrevolución que se negaran a aceptar la realidad de una mayoría socialista constituida en un gobierno legal.

Desde 1893, cuando escribió su libro sobre el «parlamentarismo», Kautsky había dejado claro que creía que el parlamento podía ser el instrumento de la dictadura tanto de

la burguesía como del proletariado: que el parlamento era un organismo técnico indispensable y que la dictadura del proletariado fluía en esencia de la combinación de una mayoría parlamentaria socialista y el uso funcional de este órgano legislativo. Además, en su ensayo de 1894 *Catecismo socialdemócrata*, había expuesto puntos de vista sobre las funciones y los límites de la violencia de los que nunca se desvió después y que reprodujo al pie de la letra en *Der Weg zur Macht*.

Sean cuales sean las oscilaciones de Kautsky en direcciones radicales o moderadas, siempre se mantuvieron dentro de una concepción del proceso revolucionario demarcada por todos estos puntos, que era totalmente incompatible con la concepción bolchevique. Desde su comentario al Programa de Erfurt, Kautsky había expresado su aversión a los partidarios (como Weitling) de una dictadura de una minoría y al tipo de «socialismo de cuartel» que más tarde vería en el gobierno de los bolcheviques.

Lenin acusó a Kautsky de haber abandonado las posiciones marxistas sobre el Estado en el momento en que Kautsky se negó a reconocer la validez de los soviets como fundamento de un nuevo tipo de Estado. Pero el «renegado» Kautsky podría haber replicado, con plena justificación, que sus posiciones sobre esta cuestión seguían siendo idénticas a las que había elaborado cuando era un «maestro» del marxismo. Pues no solo en su ensayo de 1893 sobre el «parlamentarismo», sino también en *La cuestión agraria*, se había opuesto a la legislación directa como una utopía irrealizable en un gran

→



Estado moderno. Y había sostenido que el socialismo no solo no podría prescindir del parlamento, sino tampoco de una burocracia centralizada y eficiente (aunque, aclaraba, esta burocracia debía estar sometida al control público y flanqueada por organismos locales autónomos sujetos a la voluntad popular directa).

En resumen, el Kautsky que lanzó la cruzada contra el bolchevismo era un Kautsky que tenía todo el derecho a rechazar la acusación de «renegado» lanzada por Lenin y Trotsky. Cuando Trotsky escribió que Kautsky, «abandonando la idea de una dictadura revolucionaria (...) transforma el problema de la conquista del poder por el proletariado en el problema de la conquista de la mayoría de los votos por el Partido Socialdemócrata en una de las futuras campañas electorales», estaba contraponiendo la imagen de un Kautsky ficticio a lo que siempre había sido el Kautsky real.

Nunca hubo nada como una «apostasía» o una «traición». Más bien se trató del enfrentamiento de dos concepciones antitéticas del socialismo.

Democracia y socialismo

El problema esencial del socialismo moderno, según Kautsky, era la cuestión de cuál era el nivel de madurez adecuado para que el proletariado superara los límites de clase de la democracia política burguesa. Kautsky estaba convencido de que en los países avanzados el capitalismo moderno había alcanzado ya el nivel de desarrollo necesario para la socialización.

Una vez que existían las condiciones económicas y sociales

necesarias, y que el socialismo había adquirido su propio fundamento en una extensión suficiente de la «voluntad» socialista entre las masas, solo un «método democrático» podía dar voz a esta «voluntad de socialismo». Tomar el poder sin poner a prueba esta voluntad entre toda la población sería equivalente a dar un golpe de Estado, no a llevar adelante una revolución social. Tampoco bastaba con que la voluntad de socialismo fuera expresada únicamente por la mayoría del proletariado si este seguía siendo una minoría de la población, pues entonces, como en Rusia, el proletariado se encontraría desde el principio en condiciones extremadamente difíciles en relación con todas las demás clases sociales, sobre todo con las masas campesinas.

Si los obreros constituían una minoría, esto significaba que el nivel de desarrollo económico era insuficiente y la voluntad de socialismo en sí misma, por tanto, un mero voluntarismo abstracto. Los bolcheviques creyeron erróneamente que actuaban de acuerdo con la historia ya que habían conquistado a la mayoría del proletariado, la clase de vanguardia. Así, pensaron que podían establecer una «democracia» solo para la clase obrera, una «democracia proletaria», sin ver las implicaciones generales del hecho de que no podían obtener un consenso adecuado de todo el cuerpo de la sociedad.

El resultado fue que se puso en marcha, independientemente de cualquier voluntad, un proceso de degeneración de todo el sistema de poder bolchevique, transformando inevitablemente al proletariado en una aristocracia armada incapaz de emancipar por sí misma al resto de la

sociedad. La disolución de la Asamblea Constituyente, la supresión del sufragio universal, la introducción de un sistema de ponderación diferente de los votos de los obreros industriales y de los campesinos, la elección de los máximos órganos de dirección a través de diversos niveles de sufragio indirecto, la construcción de una maquinaria burocrático-policia para controlar a la mayoría de la población, a la que se le había negado todo poder real en el sistema político, todo ello constituían pasos sucesivos en un proceso que había culminado en el «despotismo» bolchevique.

Lenin se opuso a lo que llamó el «liberalismo vulgar» de Kautsky insistiendo en que los marxistas, al abordar la cuestión de la democracia, no podían «partir de la relación entre la mayoría y la minoría» sino de «la relación entre los explotados y los explotadores». Solo partiendo de la relación entre explotados y explotadores, argumentaba Lenin, era posible entender la necesidad de una «democracia de clase» y una dictadura contra las clases enemigas. De ahí el carácter oportunista de cualquier argumento en el sentido de que la democracia era un método general para regular las relaciones entre todas las clases.

La oposición de Kautsky al planteamiento de Lenin se basaba en el argumento de que en un sistema político que pretendía no ser despótico, el carácter de un gobierno estaba determinado por las relaciones entre los que realmente gobiernan y las fuerzas sociales que son gobernadas, y por la posibilidad de verificar el grado de consentimiento que los primeros tienen entre las segundas. Dicho consentimiento,

incluso cuando existía inicialmente, no se otorgaba necesariamente de una vez por todas: su expresión requería un sistema formal de control independiente de la fuerza que debía ser juzgada y controlada, es decir, el propio gobierno. Esta era para Kautsky la base de un sistema democrático.

Por el contrario, la identificación sumaria de la clase obrera con los bolcheviques y el gobierno soviético era una operación ideológica destinada a legitimar un partido gobernante sin controles democráticos mediante la falsa afirmación de que la propia clase obrera gobernaba en Rusia. Pero, ¿podía gobernar directamente una clase? La respuesta de Kautsky fue inequívoca: decir que una clase gobierna es una tontería. Una «clase puede dominar, pero no goberna; puesto que una clase es una masa indeterminada, solo una organización puede gobernar». Lo que gobierna es un partido o una coalición de partidos. Ahora bien, «un partido no es, sin embargo, lo mismo que una clase, aunque represente principalmente un interés de clase».

«Un interés de clase», escribía Kautsky, «o incluso *el* interés de clase, puede ser representado de formas muy distintas por métodos tácticos diferentes». Finalmente, la relación entre las clases y los partidos aparecía en toda su complejidad cuando se recordaba que «una clase puede dividirse entre varios partidos» y que «un partido puede incluir miembros de diferentes clases». Esto fue lo que hizo posible que la misma clase dominante aspirara a un cambio en su representación gubernamental cuando su «mayoría considera que el método del partido que ha gobernado hasta

ahora se ha vuelto insatisfactorio y el de su competidor más adecuado».

Solo el respeto a las reglas de la contienda entre minoría y mayoría podía satisfacer tales exigencias. Un gobierno como el de los bolcheviques, que ignoraba y ocultaba los problemas inherentes a las relaciones entre las clases y los partidos afirmando que un partido revolucionario representaba objetivamente los intereses de toda la clase obrera y, por tanto, que la propia clase gobernaba directamente a través del partido, se vio inevitablemente abocado a mistificar su propia dictadura como dictadura del proletariado.

La situación en Rusia llevó a Kautsky a la conclusión de que «la dictadura de uno solo de estos partidos ya no es, en ese caso, la dictadura del proletariado, sino la dictadura de una parte del proletariado sobre la otra». Además, la dictadura de un partido no podía afirmarse técnicamente sino apoyándose directamente en una organización que permitiera a la minoría gobernar sobre una mayoría desorganizada. Así, Kautsky declaró que la única vía disponible para los bolcheviques era la del bonapartismo: «gobernar en virtud de la superioridad de una organización centralizada sobre las masas populares no organizadas y en virtud de la superioridad de sus fuerzas armadas». El resultado inevitable de cualquier uso de la violencia organizada y sistemática para regular las relaciones sociales era una estructura cesarista que culminaba en una dictadura personal; entonces la «revolución conduce necesariamente al gobierno de un Cromwell o un Napoleón». Como dictadura minoritaria que marcha

por el camino del cesarismo, la Revolución Rusa estaba asumiendo rasgos burgueses.

En opinión de Kautsky, la explicación de la génesis de la concepción de los bolcheviques de la dictadura como coerción ejercida por el partido gobernante radicaba a la vez en la forma misma de su toma de poder y en las dificultades encontradas en el ejercicio de este poder. Los bolcheviques habían podido triunfar no por su propia fuerza, sino por la ruptura del tejido social por la acción de un elemento que no era ni proletario ni socialista: la masa campesina que, en Rusia, a diferencia de los países desarrollados, constituía todavía «un elemento de rebelión». Sin embargo, los campesinos, habiendo alcanzado sus propios fines, representaban ahora una fuerza políticamente «apática». Así, favorecidos por la debilidad del Gobierno Provisional y por los efectos de la guerra, los bolcheviques habían podido tomar el poder con un golpe de Estado.

Pero tras la toma del poder, el atraso ruso se volvió contra los bolcheviques, que se encontraron con que ahora carecían de «todas las condiciones previas para la realización de sus propios objetivos». Habiendo llegado al poder sin el consenso de la mayoría, los bolcheviques tuvieron que administrarlo sin suficiente apoyo popular ni una economía moderna adecuada. Así, se vieron obligados a abandonar la vía democrática, en la que habían creído no hacía mucho tiempo, y se convirtieron en los teóricos de los métodos dictatoriales en el ejercicio normal del poder.

El bolchevismo, declaró Kautsky, se apartó del socialismo en el





momento en que decidió disolver la Asamblea Constituyente e impuso, en lugar de una asamblea representativa fundada en el sufragio universal, igual, directo y secreto, una asamblea fundada en el «sufragio desigual, indirecto, público y limitado, elegido por categorías privilegiadas de obreros, soldados y campesinos». Para Kautsky, esto no solo constituía una violación de los principios democráticos universales, sino que además sumía al gobierno bolchevique en una situación irresoluble incluso desde el punto de vista de la democracia de clase. De hecho, cualquier democracia de clase era insostenible, sostenía, porque la supresión de la democracia para las clases enemigas conducía inevitablemente a la construcción de un mecanismo de control autoritario que afectaba incluso a las clases políticamente privilegiadas, dentro del cual la disidencia se consideraría una concesión a los puntos de vista no revolucionarios.

El modelo de la Comuna y el Estado soviético

En *El Estado y la revolución* y, posteriormente, en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin había contrapuesto la democracia proletaria soviética, fundada en los principios de la Comuna de París expuestos con fuerza por Marx, a la democracia burguesa fundada en el parlamentarismo y la división de poderes. En un principio, pues, el estandarte de la Comuna-Estado se convirtió en la bandera que los bolcheviques enarbolaron contra los oportunistas y los «kautskistas».

En sus escritos contra el bolchevismo, Kautsky trató la Comuna más de una vez. Trató de demostrar que la Comuna había representado en realidad una forma de dictadura que, al estar basada en el sufragio universal y en el pluripartidismo, era completamente diferente de la dictadura de los bolcheviques, fundada en el sufragio restringido e indirecto y en el poder cada vez más absoluto de un partido único.

En el pasado, Kautsky había adoptado una actitud ambigua respecto al famoso *Discurso sobre la Comuna París* de Marx. Como demostraron abiertamente todos sus análisis del Estado, no estaba de acuerdo con que hubiera que «destruir» el Estado burgués, como exigía Marx, ni con que hubiera que abolir el sistema parlamentario para fusionar los poderes legislativo y ejecutivo, ni con que hubiera que dismantelar la burocracia como aparato organizado profesionalmente. Pero nunca había tratado abiertamente el contraste entre sus propias posiciones y las de Marx, pasando en silencio sobre la incompatibilidad de las dos direcciones de pensamiento, la de Marx y la suya. En efecto, desde finales del siglo XIX (cuando Engels aún vivía) hasta la Primera Guerra Mundial, Kautsky había practicado una especie de revisionismo sobre la cuestión del Estado que nunca recibió una expresión teórica sistemática.

En el curso de la crisis de posguerra en Alemania, Kautsky utilizó las tesis de Marx sobre la Comuna de forma parcial y funcional, para servir a sus propios fines (los bolcheviques hicieron lo mismo, aunque con fines opuestos). Lo que había que «destruir», decía Kautsky, no

era el Estado parlamentario, sino los restos del Estado absolutista, para alcanzar el pleno parlamentarismo de la república democrática. Cuando los bolcheviques citaron la Comuna como justificación de la estructura del Estado soviético, Kautsky destacó polémicamente los aspectos democrático-pluralistas de la dictadura de la Comuna. Más tarde, denunció lo que llamó las «tesis anticuadas de Marx» sobre la abolición del parlamentarismo y la división de poderes. Y, para justificar sus argumentos, Kautsky se valió de la crisis del sovietismo.

La realidad histórica había demostrado a los propios bolcheviques, argumentaba, que el Estado-Comuna no podía funcionar; esta misma imposibilidad había conducido a una dictadura ultracentralizada, en total contradicción con la Comuna. El ultrademocratismo, decía, una abstracción que nunca fue ni pudo ser una realidad, había allanado el camino al despotismo absoluto. La ilusión de que podía abolirse cualquier impedimento al control popular completo del Estado había conducido en realidad a la abolición de cualquier medio de control sobre el mismo Estado.

Kautsky afirmaba que aunque en 1875 Marx había escrito que había una época de transición «entre la sociedad capitalista y la comunista» que «no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado», esta afirmación debía compararse con lo que había dicho sobre el contenido de dicha dictadura en 1871. Entonces, al describir el régimen político de la Comuna, había hablado de un «gobierno de la clase obrera» fundado en el «sufragio universal» y, por tanto, en la pluralidad

de organizaciones que implicaba necesariamente el sufragio universal.

Pero un partido que prescindiera del consentimiento popular solo puede basar su dictadura en fuerzas militares leales. Para mantenerse en el poder debe reducir todas las fuerzas sociales a un estado de «completa apatía o completo desánimo», o bien prepararse para suprimir una oposición activa a la que no le quede otra alternativa que la revuelta o la lucha de guerrillas. Una dictadura de este tipo «reproduce perpetuamente la guerra civil y está en continuo peligro de ser derrocada». Incapaz de dar cabida a cualquier posición que no sea una expresión inmediata e instrumental de su propio poder, el régimen bolchevique trató de anular un principio dialéctico de toda la vida social, política e intelectual, la regla revolucionaria de que lo «nuevo» comienza siempre como una minoría.

Esta era, pues, la diferencia fundamental entre la experiencia de la Comuna y la de la URSS, que hacía que la apelación de los bolcheviques a 1871 fuera puramente instrumental. En efecto, escribió Kautsky, «la Comuna de París fue superior a la República de los Soviets en un aspecto esencial: fue la obra de todo el proletariado. Todas las tendencias del socialismo participaron en ella, y ninguna se mantuvo al margen o fue excluida de ella. El partido socialista que gobierna hoy en Rusia, por el contrario, llegó al poder luchando contra todos los demás partidos socialistas y ejerce su gobierno mediante la exclusión de los demás partidos socialistas». En la Comuna nunca se puso en duda que «el poder supremo estaba en manos de los elegidos por sufragio

universal». De hecho, la Comuna era tan democrática que algunos la veían como «una capitulación ante el anarquismo».

En 1921, en polémica con Trotsky, Kautsky escribió: «¿Cómo pueden los bolcheviques reclamar hoy lealtad a la Comuna de París y al Marx de 1871?». Para los bolcheviques, decía, la referencia a la Comuna tenía una función puramente táctica: significaba la necesidad de destruir el viejo aparato estatal. No tenía ningún valor estratégico, como modelo para la reconstitución de un nuevo aparato estatal. Anarquistas en su primera fase, en su segunda los comunistas se convirtieron en fieles herederos del «rusismo», los vástagos ilegítimos del despotismo zarista contra el que se habían rebelado:

La Comuna y Marx exigieron la abolición del antiguo ejército y su sustitución por una milicia. El gobierno soviético comenzó con la disolución del antiguo ejército, pero luego creó el Ejército Rojo, una de las fuerzas militares más fuertes de Europa. La Comuna y Marx exigieron la disolución de la policía estatal. La República Soviética se limitó a disolver la antigua policía para construir el nuevo aparato de la Cheka, una policía política con poderes más amplios, menos limitados y más duros que los del bonapartismo francés o el zarismo ruso. La Comuna y Marx exigieron la sustitución de la burocracia estatal por funcionarios elegidos por el pueblo mediante sufragio universal. La República Soviética ha destruido la vieja burocracia zarista, pero en su lugar ha erigido una

nueva burocracia, igualmente centralizada, con poderes aún más amplios que su predecesora, ya que ahora regula toda la vida económica y, por tanto, controla no solo la libertad, sino incluso la subsistencia de la población.

Solo en un aspecto los bolcheviques se mantuvieron fieles a la Comuna: en su unificación de los poderes legislativo y ejecutivo, que trataron como un potente instrumento de su dictadura, pero que difería de la Comuna incluso en este aspecto, ya que los poderes unificados de la Comuna descansaban en la representación popular elegida por sufragio universal.

En conclusión, sostenía Kautsky, los bolcheviques, tras utilizar el ejemplo de la Comuna durante una primera fase para destruir el viejo aparato estatal y sustituir el parlamentarismo, lo habían abandonado totalmente en una segunda fase, acercándose en la construcción de su propio Estado al modelo bonapartista y al gobierno burocrático. Después de ceder de forma oportunista al radicalismo de las masas atrasadas (ya que este radicalismo sirvió para disolver el viejo orden), se enfrentaron entonces a tareas que estas masas atrasadas eran incapaces de resolver en un proceso de reconstrucción. A partir de ahí, encadenaron la libertad de movimiento de estas masas y suprimieron cualquier forma de democracia, delegando la solución de las tareas que las fuerzas revolucionarias eran incapaces de abordar por su inmadurez a un aparato supercentralizado alejado de las normas de cualquier tipo de socialismo. ✕

¿QUÉ LENIN

La necesidad de un «**retorno a Lenin**» ha resonado casi como una muletilla entre los discursos de buena parte de la izquierda durante el último siglo. Pero, ¿a qué Lenin debemos «volver»? Desde *Jacobin* queremos ofrecer a nuestros lectores una forma algo heterodoxa de responder este interrogante, bastante poco rigurosa y ni por asomo científica: un test.

Este test es muy fácil. Solo debes buscar tu mes de nacimiento, la inicial de tu nombre y el último dígito de tu número de teléfono en la tabla a continuación, sumar los puntos obtenidos en cada ítem y ubicar luego la descripción del Lenin que te identifica.

MES DE NACIMIENTO

Enero	5
Febrero	1
Marzo	4
Abril	2
Mayo	3
Junio	4
Julio	3
Agosto	2
Setiembre	4
Octubre	5
Noviembre	3
Diciembre	1

INICIAL DE TU NOMBRE

A	2	N	5
B	7	O	1
C	4	P	6
D	3	Q	7
E	6	R	1
F	4	S	4
G	1	T	2
H	5	U	7
I	6	V	4
J	1	W	3
K	5	X	5
L	4	Y	2
M	2	Z	6

ÚLTIMA CIFRA DE TU TELÉFONO

0	5
1	6
2	3
3	2
4	6
5	4
6	5
7	3
8	2
9	4

ERES?



>> 4 a 6 puntos:

LENIN ECONOMICISTA

Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata (ca. 1895)

¡A las barricadas! Ya le hemos reservado un lugar en esta trinchera. Para usted, la conciencia y la organización política del proletariado son fruto inevitable y espontáneo de las luchas sindicales. En su opinión, son las huelgas las que engendran la conciencia política (y poco importa que esa conciencia sea revolucionaria o reformista).



>> 7 a 9 puntos:

LENIN INTELLECTUALISTA

¿Qué hacer? (ca. 1899-1903)

¡Enhorabuena! Le damos la bienvenida a nuestro círculo de lectura. Para usted, el proletariado no superará nunca por sí mismo los límites corporativos: la conciencia revolucionaria debe ser inculcada desde el exterior. Así que aquí discutiremos el mejor camino al socialismo y lo comunicaremos luego al Partido para que este, a su vez, ilumine a las masas.



>> 10 a 12 puntos:

LENIN REVOLUCIONARIO

El Estado y la revolución (ca. 1905-1917)

¡Adelante, camarada! Le damos la bienvenida a la asamblea. Para usted, las organizaciones autónomas del proletariado son tan importantes como la vida misma (o quizás incluso más importantes que el propio Partido). Los consejos obreros, surgidos espontáneamente, son organizaciones revolucionarias que representan el germen de un nuevo Estado. Así que ¡todo el poder a los soviets!



>> 13-15 puntos:

LENIN BUROCRÁTICO

Discurso sobre el papel del partido comunista (ca. 1919-1920)

¡Aprobado! Puede retirar su vale de admisión a la comisión en la ventanilla V del piso I, sector U. Para usted, la vanguardia tiene la función institucional e inalienable de guiar a las masas. La construcción del socialismo requiere de un mando fuerte y centralizado, y cualquier desviación «izquierdista» no es más que una *gripezinha*.

>> 16-18 puntos:

LENIN ANGUSTIADO

Sobre los sindicatos (ca. 1922)

¡Felicitaciones? Quizás sí, quizás no. Para usted, la burocratización es un problema creciente que requiere ser contrarrestado por fuerzas del proletariado que sean exteriores al partido. Pero afirmar tal cosa conduce a reconocer que la dictadura del partido y el poder proletario no coinciden totalmente, lo que implica admitir una contradicción trágica. *Spoiler alert:* nunca encontrará una solución.

#CULTURADEPAZ



MinisteriodeCultura



@mincultura



@mincultura



@mincultura



@mincultura

excedente

... Y REEMPLAZARLO POR UNO NUEVO,
FORMADO POR OBREROS

Dos concepciones del bolchevismo de 1917

Un nuevo paradigma para comprender la táctica bolchevique en las revoluciones de 1917.

¿Cuál es la mejor manera de pensar al bolchevismo en 1917? Durante muchos años toda la discusión giró en torno a una respuesta a esa pregunta: Lenin rearmó al partido con sus *Tesis de abril* que llamaban a la revolución socialista, poniéndolo así en el camino hacia el levantamiento armado de octubre a pesar de la decidida oposición que durante todo el año habían planteado «bolcheviques moderados» como Lev Kámenev. Esta narrativa del «rearme del partido» es defendida por las tres principales corrientes de investigación académica sobre 1917: la académica occidental, la tradición trotskista e incluso (en sus puntos clave) los historiadores soviéticos.

Pero en los últimos años varios hemos cuestionado algunas

afirmaciones clave de esta narrativa. Yo publiqué mi primer artículo sobre el tema en 2011. Poco a poco fui elaborando lo que considero una narrativa rival, que bauticé como «el ajuste bolchevique». Este título propone un contraste cuantitativo con el del «rearme del partido», ya que el ajuste es mucho menos profundo que el rearme. Pero más crucial es su contraste cualitativo: el ajuste apunta a una táctica *temporal* respecto de la forma de *presentar* el mensaje bolchevique, mientras que la narrativa del rearme apunta a un cambio *permanente* en el *contenido* del propio mensaje.

El presente artículo es una de mis primeras exposiciones sistemáticas sobre el choque entre estos dos paradigmas. En primer lugar expondré a grandes rasgos las dos

narrativas en liza y, a continuación, explicaré qué me impulsó a pasar de una narrativa global a la otra. El concepto de ajuste bolchevique nos ayuda a entender al bolchevismo a lo largo del año, así que examinaré detenidamente no solo los meses de marzo/abril, cuando se puso en marcha, sino también los de septiembre/octubre, cuando el ajuste cumplió su misión. Comenzaré con un recuento de la narrativa del rearme.

Cuando los bolcheviques se reunieron en Petrogrado tras la revolución de febrero que derrocó al zar, estaban completamente desconcertados. El «viejo bolchevismo», con toda su herencia del pasado, era completamente inadecuado para hacer frente a los retos del momento. Cuando el líder bolchevique Lev Kámenev y Iósif Stalin llegaron a

mediados de marzo, adoptaron posiciones semimencheviques (o quizá no tan «semi») sobre la guerra y la cooperación con el Gobierno Provisional «burgués». Afortunadamente, cuando Lenin entró en escena rearmó completamente al partido con sus *Tesis de abril*, en las que llamaba a la revolución socialista inmediata en Rusia.

En esencia, rechazó al viejo bolchevismo en favor del viejo trotskismo y la «revolución permanente». Las líneas de batalla dentro del partido estaban trazadas: Lenin y su fiel segundo al mando Trotsky tuvieron que librar una batalla campal durante todo el año con los bolcheviques «moderados» dirigidos por Kámenev, que tenía profundas diferencias políticas con Lenin. En contraste directo con Kámenev (y con casi todos los demás), Lenin y Trotsky definieron el poder soviético como una dictadura de partido único en lugar de una amplia coalición socialista. Al fin Lenin y Trotsky se salieron con la suya organizando un levantamiento armado justo antes del II Congreso, programado para octubre.

Así reza la narrativa del rearme. Tanto si Lenin y Trotsky son sus héroes como sus villanos, esta narrativa sirve a sus propósitos. Pasemos ahora a esbozar la narrativa rival, a la que he dado el título de «el ajuste bolchevique».

El núcleo de la perspectiva bolchevique de preguerra era una lectura de las «fuerzas en movimiento» dentro de la sociedad rusa que favorecían o se oponían a la revolución que se avecinaba. Según los bolcheviques, la revolución solo podría alcanzar su máximo potencial si el campesinado revolucionario rechazaba el liderazgo de los liberales

antizaristas y, en su lugar, seguía la dirección del proletariado socialista. La aplicación de este análisis al periodo posterior a febrero era sencilla, dada la centralidad del sistema soviético recién establecido: el Gobierno Provisional debía ser sustituido por un *vlast* (poder, gobierno, autoridad) campesino-obrero, basado directamente en los soviets.

Pero hubo un contratiempo inesperado: al principio de la revolución el electorado de los soviets (obreros, soldados, campesinos) no aceptó el liderazgo bolchevique, sino que depositó su confianza en un «acuerdo» entre el Soviet y el Gobierno Provisional. Según este acuerdo, el Gobierno Provisional llevaría a cabo los objetivos revolucionarios y, a cambio, el Soviet le prestaría un apoyo vital. Ante la desagradable realidad política de un estatus minoritario para los bolcheviques, los dirigentes del partido tuvieron que hacer un rápido ajuste.

El ajuste resultante puede resumirse así: debemos superar la condición minoritaria de los bolcheviques empleando todas las herramientas de las campañas de agitación que ahora están disponibles debido a la libertad política posterior a febrero. En sus *Tesis de abril* Lenin llamó a esta táctica «explicación paciente», pero esta frase decorosa es bastante eufemística. En la vida real, la «explicación paciente» consistía en consignas gritadas por agitadores roncocos que proponían un mensaje muy impaciente. El mensaje bolchevique, reducido a su esencia, puede resumirse así: el «acuerdo» sencillamente no funcionará, ni siquiera en sus propios términos, porque las fuerzas de clase que están detrás del Gobierno Provisional nunca aceptarán

realmente los objetivos revolucionarios de la base soviética, es decir, el rápido fin de la guerra imperialista y la tierra para los campesinos. Por lo tanto, debemos *rechazar* la táctica del acuerdo e instalar en su lugar un gobierno exclusivamente soviético, que sea homogéneo en términos de clase.

En la primavera de 1917, los bolcheviques se comprometieron en voz alta a abstenerse de cualquier intento de establecer el «poder soviético» (*vsia vlast sovetam*) hasta *después* de que su mensaje antiacuerdo hubiera obtenido el apoyo mayoritario del electorado soviético. Así, en su origen, el ajuste se dirigió explícitamente contra los activistas bolcheviques más impacientes o «izquierdistas» que presionaban a favor de un derrocamiento precipitado y prematuro. Pero el apoyo mayoritario necesario llegó más rápido de lo que nadie hubiera esperado, de modo que el II Congreso de los Soviets, convocado para finales de octubre, ya contaba con una clara mayoría contraria al acuerdo. Basándose en este apoyo, el II Congreso instaló un gobierno soviético exclusivo y aprobó decretos que anunciaban con bombos y platillos una serie de pasos dramáticos hacia los objetivos revolucionarios. El nuevo gobierno estaba formado únicamente por bolcheviques, porque eran el único partido que apoyaba el poder soviético exclusivo (más tarde, el flamante partido de los eseristas de izquierda también se unió al gobierno soviético). La táctica del acuerdo estaba esencialmente muerta, y con ella la necesidad del ajuste bolchevique. La guerra civil subsiguiente se desarrolló bajo una lógica diferente.

→



Tal es la narrativa que incorpora el ajuste bolchevique como tema central. Como interpretación de los acontecimientos, choca en cada punto importante con la narrativa del rearme. En lugar de profundas rupturas y divisiones, encontramos consensos esenciales; en lugar de un nuevo objetivo de revolución socialista inmediata en Rusia, encontramos un mensaje que subraya la incapacidad de la táctica del acuerdo para alcanzar los objetivos ya comúnmente aceptados; en lugar de la centralidad del levantamiento armado, nos centramos en el II Congreso y sus decretos... y así sucesivamente.

¿Qué me llevó a pasar del paradigma estándar del rearme a este otro? En primer lugar, la desconfianza y el malestar con lo que escuchaba de los especialistas. Había leído bastante sobre el bolchevismo de preguerra y, en particular, sobre los escritos de Kámenev y Stalin (por la sencilla razón de que sus escritos de preguerra son fáciles de conseguir). Existe un abismo entre las opiniones que expresaron a partir de 1905 y las que se les atribuyen en marzo de 1917, pero ningún historiador sintió la necesidad de abordar esta discrepancia.

Varios comentarios de activistas en 1917 también arrojaron dudas sobre la dramática ruptura con el viejo bolchevismo alegada por la narrativa del rearme. Mijaíl Kalinin, por ejemplo, un bolchevique de larga data, protestó en abril de 1917 planteando que simplemente no veía ninguna contradicción entre las *Tesis de abril* de Lenin y el «viejo bolchevismo». También me llamó mucho la atención un comentario de Nikolai Sujanov, el gran cronista de la revolución, en el que afirmaba que

el socialismo en sí mismo *no* formaba parte del mensaje bolchevique en 1917. Estos y otros detalles quizás menores no encajaban en la historia estándar y me provocaron para investigar más a fondo.

El resultado fue un artículo publicado en 2011 titulado «El triunfo irónico del viejo bolchevismo: los debates de abril de 1917 en su contexto». Esto resultó ser la salva inicial en una lucha aún en curso por un nuevo marco interpretativo. Releyendo ahora el artículo, creo que sigue siendo válido, dentro de lo esperable. He aprendido mucho desde su publicación, pero nada que cuestione mis principales conclusiones. Al contrario, mis argumentos son ahora mucho más sólidos. Mi artículo exponía tres conclusiones principales. En primer lugar, Sujánov tenía razón: la «revolución socialista» en la propia Rusia no formaba parte del mensaje bolchevique en 1917. Claro que los bolcheviques (y no solo ellos) creían que la revolución socialista estaba en el orden del día a escala *internacional*, y también que Rusia tenía un papel importante que desempeñar en el proceso. Pero Lenin ciertamente no había olvidado las objeciones marxistas habituales al socialismo en un país abrumadoramente campesino.

La narrativa del rearme no solo insiste en que Lenin llamó a la revolución socialista en las *Tesis de abril* (no lo hizo), sino que todo el proyecto de poder soviético solo tiene sentido si Rusia estaba entonces experimentando una revolución socialista. Desde que escribí mi artículo he podido documentar el siguiente hecho notable: inmediatamente después de la publicación de las *Tesis de abril*, el venerable marxista ruso

Gueorgui Plejánov —que en 1917 se encontraba en la extrema derecha del espectro socialista— argumentó que Lenin necesitaba plantear la revolución socialista en Rusia, ya que era la única justificación posible para el poder soviético. Pero, continuó Plejánov, la idea de la revolución socialista en un país campesino no tiene sentido, y por lo tanto la idea del poder soviético no tiene sentido.

Tanto Lenin como Trotsky (en 1917) escribieron artículos para *refutar* lo que Trotsky denominó desdenosamente «sociología plejanovista». «¿Revolución socialista en un país campesino?», exclamó Lenin, «por supuesto que no dije nada tan tonto. Pero, ¿qué tiene eso que ver con el poder soviético? El poder soviético se justifica en términos estrictamente democráticos, ya que los soviets representan a la inmensa mayoría de la población de Rusia». Y he aquí el hecho asombroso: en lo que respecta a la posteridad, la «sociología plejanovista» se impuso ampliamente. La lectura consensuada de las *Tesis de abril* que prevalece hoy en día proviene directamente de Plejánov, ignorando lo que Lenin y Trotsky (en 1917) tenían que decir al respecto. Una razón importante del triunfo de Plejánov es el sorprendente apoyo de Trotsky a su argumento en 1924.

En mi artículo de 2011 utilicé el término «viejo bolchevismo» como etiqueta para el bolchevismo de antes de la guerra y de la revolución, pero ahora considero que esta etiqueta es desaconsejable. El propio Lenin lo utilizó en la primavera de 1917 con un giro polémico muy específico, lo que hace que el término sea inutilizable para un análisis objetivo. No obstante, mi principal conclusión se mantiene: el bolchevismo de preguerra era



directamente aplicable a la situación posterior a febrero. Esta continuidad surgió de la hipótesis de la *hegemonía*: una dirección proletaria del campesinado para alcanzar objetivos revolucionarios y, en última instancia, avanzar hacia el socialismo. De hecho, la hegemonía se convirtió en el mito rector de la Unión Soviética a lo largo de su historia.

Cuando Lenin publicó sus *Tesis de abril*, ciertamente se encontró con la confusión y el rechazo de algunos de sus compañeros bolcheviques. Pero la literatura histórica carece por completo de cualquier estudio empírico detallado del *contenido* de los debates bolcheviques. ¿Cuáles eran exactamente las cuestiones en disputa y qué se daba por sentado como lugares comunes

bolcheviques? Aquí me limitaré a enumerar las cuestiones en las que a nadie se le ocurrió discutir el consenso del partido: la guerra es imperialista, por lo que el «defensismo revolucionario» es inaceptable; el Gobierno Provisional es contrarrevolucionario en su esencia y ya está mostrando sus dientes contrarrevolucionarios; la unidad del partido entre mencheviques y bolcheviques solo es posible con compañeros «internacionalistas» que acepten estas actitudes hostiles hacia la guerra y el gobierno; el pleno poder soviético es el objetivo más urgente, pero solo después de que el electorado soviético esté dispuesto a apoyarlo.

Todas estas posiciones eran lugares comunes entre los bolcheviques de Petrogrado en marzo y

también se dan por sentadas durante los debates de abril. Los recelos hacia las *Tesis* de Lenin provenían de quienes consideraban que sus consejos retrasarían el poder soviético.

Esas fueron mis conclusiones. Nadie se comprometió seriamente a refutarlas, ya que eso requeriría una investigación genuina y meticulosa. En cambio, fui desafiado por críticos que utilizaron argumentos estándar que habían sido empleados durante mucho tiempo para ilustrar la narrativa del rearme. Llamo a estos temas repetidos *anekdotchiki* o «anécdotas», ya que, aunque se repiten en todos los relatos sobre la revolución rusa, nadie se molestó en ir más allá del párrafo (como mucho) necesario para volver a plantearlos. Sin embargo, me sentí obligado a responder a estos desafíos, y la década transcurrida desde «El triunfo irónico» se llenó en gran medida de artículos y ensayos en las redes que analizan este o aquél tema repetido. He aquí una breve muestra de dos de estos *anekdotchiki*. Las comillas implican una paráfrasis de muchos autores.

Cartas desde lejos. «Desde el exilio en Suiza, Lenin envió sus *Cartas desde lejos* a Petrogrado. Eran un desafío directo a la política bolchevique de marzo, por lo que los editores de *Pravda*, presas del pánico, censuraron a su propio líder. Publicaron solo una carta y la castraron con enormes recortes». De hecho, solo una carta llegó a Petrogrado antes que el propio Lenin y fue publicada rápidamente. Creo que soy el primer estudioso que examina detenidamente las diferencias reales entre el borrador original de Lenin y la carta publicada en *Pravda*. Los cambios editoriales





fueron necesarios porque en varios puntos Lenin estaba mal informado o desactualizado sobre los rápidos acontecimientos en Petrogrado (había escrito su carta dos semanas antes en Zurich). Por ejemplo, en su borrador original, Lenin había utilizado el ahora inapropiado título de «Soviet de Diputados Obreros». Los editores de *Pravda* cambiaron cada vez que aparecía este título por el correcto «Soviet de Diputados Obreros y Soldados». En resumen: la versión impresa era una declaración contundente y precisa de las opiniones de Lenin, y los líderes bolcheviques de Petrogrado no tuvieron ningún problema con ella.

Trece a dos. «Tal fue el escándalo creado entre los bolcheviques por las *Tesis* de Lenin, que fueron rechazadas de plano por el comité del partido de Petrogrado con una votación desigual de trece contra dos». Me bastó con leer las actas correspondientes a esa sesión del comité para darme cuenta de que había algo muy erróneo en esta dramática anécdota: ¡mucho más que dos oradores hablaron a favor de las *Tesis*! De hecho, nadie en la sesión las rechazó de plano. Algunos activistas del partido, aunque las aprobaban en general, tenían dudas sobre tal o cual punto y querían plantear sus preocupaciones en las próximas reuniones del partido. Otros querían que constara en actas que el comité apoyaba sin reservas las *Tesis* en su conjunto. Por trece votos a favor y dos en contra, la comisión decidió permitir que los críticos expusieran sus argumentos.

En otras palabras, lejos de un rechazo total de las *Tesis*, el voto de trece contra dos fue simplemente una negativa a amordazar a los activistas que tenían dudas sobre puntos

específicos. Pero el comité aprobó las *Tesis* de Lenin en su conjunto y envió un proyecto de resolución a tal efecto a los comités locales. A resultas de ello, tal como señaló en 1923 el miembro del comité Vladimir Zalezhsy, «distrito tras distrito mostró su solidaridad con las *Tesis*, y en la conferencia del partido en toda Rusia que comenzó el 22 de abril, la organización de Petersburgo en su conjunto habló a favor de las *Tesis*».

Tras llegar a esta conclusión leyendo las actas, me encontré con una voz que me apoyaba desde la tumba. A principios de los años treinta, dos participantes en esta reunión escribieron a las autoridades competentes del partido solicitando que se aclarara este mismo punto. La petición no fue atendida y su detallada nota sobre el tema no se publicó hasta 2003. Muy indicativo es el hecho de que ninguna fuente secundaria recogiera este descubrimiento de archivo hasta 2017, cuando publiqué un ensayo desacreditando esta pequeña

Mi interpretación del «ajuste bolchevique» sostiene que el culto a Lenin exageró su impacto en abril y que el punto de vista de Kámenev fue sistemáticamente distorsionado.

anécdota popular. Estas historias y muchas otras similares probablemente nunca morirán, no importa cuántas veces sean desacreditadas. Son vívidas y encajan cómodamente con las actitudes políticas predominantes. Podría pasarme todo el día hablando de este tipo de *anekdotchiki*, pero basta con los ejemplos anteriores.

Mi buen amigo y colega Paul Le Blanc planteó una objeción de otro tipo. Dice que soy nihilista respecto a las memorias y que les niego todo valor. Paul cita muchas memorias de testigos presenciales participantes (traducidas al inglés durante la era soviética), y todas ellas afirman que el regreso de Lenin en abril fue un punto de inflexión crucial y que se le opusieron futuros enemigos del pueblo, como Kámenev. ¿Por qué descarto sin más todos estos relatos de primera mano?

Recordemos algunas preocupaciones metodológicas elementales. Lo primero que hay que preguntarse sobre cualquier libro de memorias

es cuándo y dónde se produjo y, por tanto, bajo qué limitaciones. Todas las memorias procedentes de Rusia y disponibles en inglés se produjeron bajo un régimen de estricta censura por parte de un aparato del partido con fuertes opiniones sobre cuestiones históricas. Entre las limitaciones inherentes a esta situación están el culto a Lenin y el tabú contra el tratamiento objetivo para con los opositores del partido. Cualquiera que lea material soviético conoce la regla: si no puedes decir nada malo de Kámenev, Trotsky o Bujarin (e incluso, en ciertos periodos, de Stalin), no digas nada en absoluto.

Mi interpretación del «ajuste bolchevique» sostiene que el culto a Lenin exageró su impacto en abril y que el punto de vista de Kámenev fue sistemáticamente distorsionado. Si unas memorias publicadas durante la era soviética dicen lo contrario, ¿debería sentirme amenazado? No, por supuesto que no. Cualquier relato que apoyara mi posición nunca habría visto la luz. De hecho, lo mismo puede decirse de cualquier memoria que no afirme positivamente el dogma del partido.

Que no se piense que todas las memorias que existen apoyan la narrativa estándar. Yo también puedo citar muchas memorias. Recientemente publiqué en el *UK Weekly Worker* un relato de un activista e historiador bolchevique, Vladimir Nevsky, que fue participante y testigo ocular de la política bolchevique en marzo y abril. Afirmó enérgicamente (en 1925, cuando aún había una pequeña posibilidad de afirmar tales cosas) que los recelos sobre las *Tesis de abril* se debían principalmente a malentendidos. Por lo demás, nos dice Nevsky, los

bolcheviques estaban fuertemente unidos en lo básico. O tomemos las memorias monstruosas de Aleksandr Shliapnikov y Nikolai Sujanov, que a menudo se citan cuando un comentario particular parece apoyar la narrativa del rearme, aunque estas fuentes esenciales en realidad le hacen un gran daño al relato estándar, tanto por su interpretación general como por su lectura de episodios específicos. Y hablando sobre mí mismo en cuanto a lo de ser nihilista en este tema, me encantan absolutamente las memorias y los relatos periodísticos de testigos oculares de 1917.

Nadie niega que entre los bolcheviques hubo un alboroto por las *Tesis de abril*. Lo que se discute es qué *cuestiones concretas* se consideraron controvertidas. Cualquier memoria o relato secundario que se limite a afirmar que tal o cual persona estaba a favor o en contra de las *Tesis de abril* en su conjunto es *ipso facto* inútil (y por desgracia, este anatema no deja mucho en pie). Dado que las memorias chocan, el árbitro definitivo para el historiador son las fuentes primarias de la primavera de 1917: actas de conferencias, relatos de periódicos, resoluciones y registros de archivo de las reuniones del partido.

He descrito dos etapas de mi propio viaje: el hallazgo de graves anomalías en la narrativa anterior y la defensa contra las acusaciones de que mi propia narrativa tiene graves anomalías. La tercera etapa consiste en proponer un paradigma rival que no se limite a minar el antiguo paradigma. Este nuevo paradigma candidato es la narrativa del «ajuste bolchevique» que he presentado antes. Creo que este marco maneja mucho mejor el registro empírico,

de modo que la gente ya no necesita aferrarse al viejo marco simplemente por la ausencia de uno mejor.

Me ayudó a llegar a esta nueva síntesis el dar un paso atrás y echar un vistazo más amplio a la escena política. Entonces me hice la siguiente pregunta: si los historiadores tienen razón y los bolcheviques ofrecieron en marzo un «apoyo crítico» al gobierno y a la guerra, ¿no habrían expresado las fuerzas favorables al acuerdo su agradecimiento o al menos su alivio? Rápidamente descubrí que si los bolcheviques estaban en verdad jugando limpio, ¡sus oponentes nunca se enteraron! Al contrario: había una línea de demarcación muy definida que atravesaba todas las discusiones y debates políticos. Los bolcheviques estaban a un lado de esta línea y casi todos los demás estaban al otro.

Esta línea de demarcación crucial surgió del acuerdo político que se había alcanzado entre el Soviet y el gobierno. Los bolcheviques (y pequeños grupos dentro de los otros partidos) estaban *en contra* de cualquier acuerdo de este tipo y, por este mismo hecho, fueron recibidos automáticamente con hostilidad por todos los demás partidos. A cambio, los bolcheviques inventaron el sarcástico calificativo de «acuerdista» (*soglashatetsvo*) para describir a cualquiera que apoyara esta línea. Mucho antes de la llegada de Lenin, todo el mundo en la escena política reconocía la realidad de la división en torno a esta cuestión; veían a líderes bolcheviques como Kámenev como los portavoces de todos aquellos que se oponían al acuerdo y, por tanto, apoyaban el poder soviético. Cuando se observa en este contexto

→



más amplio, el consenso bolchevique sobre cuestiones esenciales destaca vívidamente.

Aunque todos reconocían que los bolcheviques representaban un desafío al acuerdo, se tranquilizaban constatando que este desafío solo era apoyado por una pequeña minoría... hasta el momento. En respuesta, los bolcheviques buscaron ganar a la mayoría para la posición contraria al acuerdo. Este fue el núcleo del ajuste bolchevique. En estas observaciones informales a sus compañeros bolcheviques casi inmediatamente después de su llegada a Petrogrado, Kámenev expuso la lógica básica del ajuste:

Es sorprendente que los bolcheviques no ocupen una posición dominante en el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado (¿y por qué permiten entrar en el Soviet a los liquidadores, que no expresan el punto de vista de los obreros de Petrogrado?). *Nosotros* somos los representantes del elemento revolucionario en Petrogrado, pero, mientras tanto, parece que las amplias masas no nos comprenden. Evidentemente, aunque estamos esencialmente en lo correcto, formulamos nuestras resoluciones y decisiones de una manera que las masas no comprenden...

¿Nos hemos desarrollado hasta el punto de poder crear la dictadura del proletariado? No. Lo importante no es tomar el poder, lo importante es conservarlo [*nevazhno vziat' vlast, vazhno uderzhat'*]. Este momento llegará, pero será ventajoso para nosotros aplazarlo, ya que

ahora mismo nuestras fuerzas son todavía inadecuadas.

Varios años más tarde, cuando Lenin tuvo ocasión de recordar sus propias *Tesis de abril*, puso todo el énfasis en el ajuste y en la «explicación paciente»; en otras palabras, «ir más despacio» en vez de «acelerar». Sorprendentemente, en completo contraste con la narrativa del rearme, Lenin dijo a su audiencia en 1921 que las *Tesis de abril* estaban dirigidas a una tendencia izquierdista dentro del partido. Resumió el impacto de las *Tesis* señalando que una «tendencia de izquierda exigía el derrocamiento inmediato del gobierno», pero que él, Lenin, «partía del supuesto de que había que ganarse a las masas. [El gobierno] no puede ser derrocado en este momento, ya que mantiene el *vlast* gracias al apoyo de los soviets obreros; hasta la fecha, el gobierno goza de la confianza de los trabajadores. No somos blanquistas, no queremos gobernar con una minoría de la clase obrera contra la mayoría».

Como vemos, el ajuste bolchevique ya estaba en marcha en marzo y recibió un impulso dinámico cuando Lenin y Zinóviev llegaron a Rusia a principios de abril. Ahora avanzamos rápidamente hasta el momento predicho por la lógica del ajuste, es decir, cuando el electorado soviético de masas rechazó lo que los bolcheviques siempre habían descrito como ilusiones favorables al acuerdo. Esto ocurrió más rápido de lo que casi todos esperaban. A principios de octubre, el menchevique Yuli Mártoov constató la realidad política central del otoño de 1917: «la idea de un acuerdo [*soglashenie*] con la burguesía ha perdido todo

crédito entre las masas del *narod* [el pueblo]».

Cuando leemos los escritos de Lenin de septiembre y octubre, no nos sorprende verle insistir en este argumento central: el electorado soviético de masas rechaza ahora la táctica del acuerdo y, *por tanto, por este mismo hecho*, apoya el poder soviético exclusivo y un *vlast* homogéneo en términos de clase. Por supuesto, era bastante fácil para Lenin hacer tales afirmaciones, pero ¿cómo podía probarlo? Respuesta: ¡no podía! Al igual que todos los demás, estaba condenado a emitir un juicio basado en datos fragmentarios y contradictorios sobre la perspectiva popular.

En marzo, Kámenev y Stalin habían asegurado a los camaradas impacientes: «No se preocupen, los acontecimientos avanzan rápidamente, la lógica de la revolución trabaja para nosotros, pronto llegará el momento en que tengamos el apoyo necesario». Pero ahora, en septiembre/octubre, tenían que preguntarse: ¿ha llegado el momento? Stalin dijo «sí», Kámenev dijo «bueno, tal vez». La disputa dentro del partido consistía en intentar atravesar «la niebla de la batalla» que nublaba una situación que cambiaba rápidamente. Desde luego, no se trataba de una cuestión de principios profundamente arraigada, de perspectivas enfrentadas. Al menos, esa era la opinión de Lenin. Unos meses más tarde tuvo ocasión de recordar el otoño de 1917. Lo que dijo es tan revelador y da tanto apoyo a la perspectiva de ajuste que lo citaré extensamente:

Tal como estaban las cosas en octubre, habíamos hecho un



recuento exacto precisamente de las fuerzas *de masas*. No solo pensábamos, sino que sabíamos con certeza, por la experiencia de las elecciones *de masas* a los Soviets, que en septiembre y a principios de octubre la inmensa mayoría de los obreros y soldados *ya* se había pasado a nuestro bando. Sabíamos, aunque solo fuera por la votación en la Conferencia Democrática, que el apoyo a la coalición [de socialistas moderados y «burgueses»] también se había derrumbado entre el campesinado, y eso significaba que nuestra causa *ya* había ganado...

El error de [Kámenev y Zinóviev] no fue que se «preocuparan demasiado» por las condiciones objetivas (y solo los niños podrían pensar que así era), sino que evaluaron incorrectamente los hechos, centrándose en los detalles sin ver lo principal: que los soviets habían pasado del acuerdismo a nosotros.

Mientras tanto, la nueva mayoría soviética contraria a los acuerdos se expresó a través de los canales soviéticos normales, alcanzando su clímax en el II Congreso de finales de octubre. De acuerdo con las reglas indiscutibles, aunque no escritas, del sistema soviético, el rechazo de la táctica del acuerdo por un Congreso soviético nacional significaba que ningún gobierno de coalición podía seguir reclamando legitimidad. El Gobierno Provisional fue sustituido entonces por un gobierno formado únicamente por bolcheviques, ya que eran el único partido que siempre se había opuesto por principio al acuerdo y, por tanto, a cualquier coalición.

Además de establecer un gobierno contrario al acuerdo y, por tanto, exclusivamente soviético, el Congreso aprovechó su breve existencia de dos días para aprobar dos decretos que pusieron a Rusia patas arriba. El decreto sobre la paz puso en marcha el proceso de paz, y el decreto sobre la tierra liquidó a los

terratenientes de la nobleza como clase. Los dos decretos fueron gestos muy dramáticos, y precisamente por eso Lenin estaba decidido a anunciarlos en el propio Congreso. De hecho, eran el clímax de toda la táctica eufemísticamente llamada «explicación paciente». El mensaje bolchevique a lo largo del año argumentaba insistentemente que la táctica del acuerdo impedía un movimiento genuino hacia los objetivos esenciales de la revolución. ¿Qué mejor manera de hacer valer este argumento que plantear movimientos muy dramáticos en el mismo momento en que la táctica del acuerdo dejaba de existir?

Si miramos atrás, hacia la época de la «explicación paciente», los decretos fueron una brillante e innovadora forma de agitación teatral. Mirando hacia el futuro, fueron actos de Estado que cambiaron irrevocablemente todo el panorama político. El significado de «contrarrevolución» cambió bruscamente: ya no significaba «restaurar la autocracia», sino «deshacer la diplomacia de paz, así como el nuevo orden en el campo». ¡Buena suerte con eso! Se podría argumentar que el curso de la guerra civil se determinó durante las pocas horas en que el II Congreso estuvo reunido.

Esta forma de ver la revolución bolchevique es aburridamente sencilla. Desde el principio, los bolcheviques transmitieron su mensaje: los objetivos revolucionarios aceptados por casi todo el mundo no pueden alcanzarse mediante acuerdos, coaliciones o cualquier otra cosa que intente disimular un conflicto de clases profundamente arraigado. Los bolcheviques también anunciaron su

→



intención de instaurar un gobierno exclusivamente soviético tan pronto como pudieran contar con el apoyo mayoritario del electorado soviético de masas, no antes, pero tampoco después. Consiguieron su mayoría, instalaron el gobierno soviético prometido y actuaron inmediatamente según sus conocidas recetas de acabar con la guerra y dar tierras a los campesinos. El ajuste bolchevique había cumplido su misión. Fin de la historia (o mejor dicho, fin de un capítulo de una historia más larga).

El lector puede extrañarse de que aún no haya mencionado el famoso «levantamiento armado» que se produjo pocas horas antes de la apertura del II Congreso. Solo hubo un auténtico levantamiento armado en 1917 y fue en febrero. Lo que ocurrió en octubre fue muy diferente: el nuevo «poder soviético» se dispuso a adquirir una necesidad vital para cualquier «poder» o *vlast*, a saber, un aparato coercitivo. Un *vlast* que no puede eliminar a sus rivales en el poder o hacer cumplir sus propias órdenes no es un *vlast*.

La detención del gobierno se produjo unas horas *antes* de la apertura del II Congreso y no unas horas después. Los mencheviques y eseristas partidarios del acuerdo aprovecharon esta «usurpación» como excusa para abandonar el Congreso con la esperanza de subvertir su legitimidad. Durante unos días existió cierta confusión sobre quién estaba dispuesto a apoyar el poder soviético y sus decretos y quién no, pero las nubes se despejaron rápidamente. Los socialistas partidarios del acuerdo se mantuvieron firmes (literalmente) por la buena razón de que siempre se habían opuesto apasionadamente *por principio* a un

poder exclusivamente soviético, así como a las políticas aplicadas por los nuevos decretos.

Desde el punto de vista del ajuste bolchevique, el «levantamiento armado» fue un episodio importante junto a muchos otros, pero difícilmente el meollo de la cuestión. En dramático contraste, la narrativa del rearme trata el levantamiento armado como absolutamente central. Según esta interpretación de los acontecimientos, el levantamiento representa la batalla culminante de una guerra de meses dentro del partido bolchevique. El levantamiento representó el triunfo definitivo de la línea dura de Lenin y Trotsky sobre la línea blanda de Kámenev. Por tanto, el levantamiento armado tiene un profundo significado *de principios*.

Por supuesto, diferentes versiones de la narrativa del rearme presentan el significado del levantamiento armado de diferentes maneras. Voy a pasar por alto la versión original expuesta por Trotsky en 1924 y examinar más de cerca la versión inmensamente influyente expuesta por más de una generación de historiadores académicos estadounidenses durante la Guerra Fría y después. Según estos historiadores de gran autoridad, el II Congreso fue un fraude, una operación de cebo y engaño urdida por los bolcheviques de línea dura. ¿Cómo definía el poder soviético (según estos historiadores) el propio electorado soviético de masas? Como una «coalición socialista amplia y multipartidista» que incluía a representantes de *todos* los matices de la opinión socialista, desde el defensorista más agresivo hasta el internacionalista más insistente. Eso es lo que querían, pero ¿qué consiguieron? ¿Un

gobierno compuesto exclusivamente por bolcheviques!

Cuando preguntamos a los historiadores cómo se llegó a este inverso resultado, tienen su respuesta lista: el levantamiento armado creó tanta división artificial y rencor entre los partidos socialistas que la «política de compromiso», por lo demás atractiva, se hizo imposible. El levantamiento fue puramente el resultado de la «audacia y suerte» de Lenin, que le permitió a él y a otros pocos bolcheviques «duros» como Trotsky imponer su propia visión del poder soviético. Esta visión era profundamente ajena a la visión genuinamente «democrática» del poder soviético, supuestamente propugnada por el bolchevique Kámenev, el menchevique Mártoev y el eserista Boris Kámkov; de hecho, por casi todo el mundo. Así, en la historia contada por los historiadores estadounidenses más prominentes, encontramos un claro villano: Lenin y su intransigencia sectaria.

A pesar de este sesgo anti-Lenin, la narrativa académica comparte muchos puntos clave con el relato de Trotsky que aparece por primera vez en sus *Lecciones de Octubre*, de 1924. En un bando encontramos a bolcheviques como Kámenev, que querían devolver el poder a los mencheviques y eseristas porque en el fondo él y los suyos estaban comprometidos con los valores democráticos «burgueses». En el otro, a Lenin y Trotsky, cuya insistencia desde arriba en un levantamiento armado condujo finalmente a una dictadura represiva de partido único. Por supuesto, Lenin y Trotsky son retratados por la tradición académica como villanos fanáticos, mientras que en la propia narrativa de Trotsky

son heroicos líderes revolucionarios. Pero el solapamiento resultante en los supuestos clave explica por qué la exposición clásica de la interpretación académica —*Los bolcheviques llegan al poder* (1976), de Alexander Rabinowitch— es tan fuertemente respaldada por muchos trotskistas.

Tengo una serie de objeciones técnicas a esta versión de la narrativa del rearme, por ejemplo, el malentendido crucial de «homogéneo», un término clave en el discurso político de la época. Pero se me acaba el tiempo, así que me limitaré a dar un paso atrás para contemplar la escena política en su conjunto. Como de costumbre, todo el castillo de naipes se balancea precariamente sobre un retrato muy distorsionado de Kámenev. ¿Soñaba realmente Kámenev con una «amplia coalición multipartidista»? Este es el hombre que escribió un libro entero en 1911 sobre las disputas dentro de la socialdemocracia rusa titulado *Dos partidos*, libro en el que argumentaba que los socialistas favorables y contrarios al acuerdo no podían trabajar juntos de forma productiva en un único partido, porque estaban en lados opuestos de una línea de demarcación fundamental.

La verdad es que a Kámenev no le gustaban los socialistas favorables al acuerdo y no quería a ninguno de ellos en un gobierno soviético. La posición que los historiadores atribuyen a Kámenev y al electorado soviético de masas es realmente sorprendente: un gobierno exclusivamente soviético es ilegítimo a menos que incluya a socialistas que preferirían cortarse el cuello antes que participar en un gobierno exclusivamente soviético. Encontrar a alguien en 1917 que realmente creyera

en este absurdo es realmente muy difícil. En cualquier caso, Kámenev no es uno de ellos.

Además, el tema del acuerdo seguía siendo la misma cuestión profundamente divisoria que siempre había sido. Algunos socialistas creían firmemente que *cualquier* coalición o acuerdo con las fuerzas burguesas era una traición a la revolución. Otros creían firmemente que *no* tener una coalición o acuerdo con las fuerzas burguesas era una traición a la revolución. Este enfrentamiento era la razón por la que «la política de compromiso» era un fracaso, no las maquinaciones de Lenin y Trotsky.

Como sabían todos los observadores de la época, el electorado soviético se inclinó rápidamente en contra de la táctica del acuerdo durante septiembre y octubre. La otra cara de la moneda de esta evolución era que la táctica a favor del acuerdo estaba definitivamente muerta. No se puede llegar a un acuerdo si *ninguna de las partes* —ni los liberales ni los soviéticos— tiene interés en él. Mientras tanto, el país se desmoronaba a un ritmo acelerado. Los bolcheviques y otras fuerzas contrarias al acuerdo tenían una respuesta a la crisis: un *vlast* basado en los soviets que podía hacer las cosas porque se basaba en fuerzas de clase homogéneas. Tal vez fuera una buena respuesta, tal vez una mala, pero los «moderados» partidarios del acuerdo sencillamente no tenían ni una respuesta que alguien se tomara en serio. Este hecho explica el tono pesimista, desesperanzado e impotente que surgió como una nube miasmática de gran parte de la interminable retórica del otoño de 1917.

Claude Anet, periodista francés en Rusia a lo largo de 1917, se opuso ferozmente a los bolcheviques que amenazaban con subvertir el apoyo al ejército francés que se enfrentaba a Alemania. Su reacción inmediata al nuevo gobierno bolchevique —escrita y publicada en la época— es por tanto inesperada pero muy reveladora.

Durante mucho tiempo no oímos más que quejas, lamentos y lamentaciones de nuestros amos socialistas [los moderados favorables al acuerdo]. Durante seis meses entonaron un eterno *De profundis* [canto fúnebre] por la revolución, en el que oímos una y otra vez las mismas palabras en diversas combinaciones: «ruina del país», «catástrofe», «puñalada a traición a la revolución».

Pero en este caso [el II Congreso], los conquistadores entonaron un canto de victoria [Anet menciona específicamente a Lenin, Trotsky y Zinóviev]. Y les vino bien. Entre todos estos interminables habladores, actuaron. Armaron el derrocamiento, golpearon mientras el hierro estaba caliente y cedieron la tribuna parlamentaria del Preparlamento y otras asambleas a los incansables charlatanes de los partidos socialistas. Hicieron su propaganda en los cuarteles y en los talleres. Hoy captan los beneficios palpables. ¡Bravo!, ¡Bravo!

En efecto, el ajuste había servido a su propósito y conducido a la victoria. Dejamos a los bolcheviques en este momento de triunfo, antes de los tormentos que estaban al acecho. ✕

Lenin: historia y revolución

La historia de cómo se gestó la Revolución Rusa no es más que una sucesión de continuidades y rupturas, y tanto unas como otras son relevantes para la lucha por un futuro socialista.

Las catástrofes en curso están obligando a un número cada vez mayor de personas (especialmente dentro de las crecientes filas de la clase obrera de cuello azul, blanco y harapiento) a considerar seriamente las críticas radicales al *statu quo* capitalista y a volverse hacia la pregunta que Lenin planteó hace más de ciento veinte años: ¿Qué hacer? En este contexto, conocer lo que el propio Lenin hizo, dijo y pensó despierta cada vez más interés.

Lenin fue el líder central de la corriente marxista revolucionaria en Rusia —la facción bolchevique

del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR)— que efectivamente consiguió realizar una revolución socialista y proletaria en 1917. Esto inspiró el surgimiento de un movimiento comunista global que muchos creyeron que provocaría una transición mundial de la tiranía capitalista a la democracia económica del socialismo, a una sociedad de libres e iguales. En lugar de ello, la Rusia soviética se convirtió en una dictadura burocrática represiva bajo el sucesor de Lenin, Iósif Stalin, y se mostró incapaz de llevar a cabo la tan ansiada transición.

Pero el capitalismo triunfante pronto demostró ser tan propenso a las crisis y tan catastrófico como Karl Marx, Rosa Luxemburg y Vladimir Lenin siempre habían dicho que era. Como señaló el dramaturgo alemán Bertolt Brecht, «porque las cosas son como son, no se quedarán como están».

Redescubrimiento

Hace dos décadas, el académico militante Stephen Eric Bronner expresó un juicio que en ese entonces era común entre una amplia franja de la izquierda: que «el leninismo está muerto como un clavo en todas partes, salvo entre unas pocas sectas que recuerdan a amebas antagónicas luchando entre sí hasta la muerte en una gota de agua». Pero décadas de fracasos entre reformistas avejentados, anarquistas otrora jóvenes y personajes similares, junto a las calamidades propias de nuestro propio tiempo, han hecho que un número creciente de personas vuelva nuevamente su mirada

hacia la opción que representaba Lenin.

Uno de los destacados académicos que ha ayudado a abrir camino en esta búsqueda ha sido Lars Lih. Su enorme clásico *Lenin Rediscovered* (2006) documenta múltiples verdades ocultadas por los ideólogos de la Guerra Fría (tanto comunistas como anticomunistas) e incluso oscurecidas, nos dice Lih, por las amebas «leninistas» que Bronner había despreciado tres años antes.

Lo que presentó Lih no era completamente nuevo. Se puede encontrar en los propios escritos de Lenin, por supuesto, así como en los relatos de su compañera/camarada Nadezhda Krupskaya y otros contemporáneos honestos, así como en los rigurosos estudios ofrecidos por E.H. Carr, Isaac Deutscher, Moshe Lewin, Ernest Mandel, C.L.R. James, Alexander Rabinowitch, Stephen Cohen, Ronald Suny y otros. Sin embargo, las conclusiones de Lih son tan sustanciales y se presentan con tanto estilo que producen un impacto similar al de un descubrimiento extraordinario.

Entre los puntos fuertes de su obra destacan los conocimientos lingüísticos de Lih y su inquieto y creativo rastreo de los escritos de Lenin y de sus contemporáneos en el ruso original. Los resultados enriquecen enormemente nuestros conocimientos. Y, lejos de dormirse en los laureles de 2006, el autor ha ampliado (en algunos casos en exceso) su análisis de forma desafiante.

Continuidades y rupturas

Las interpretaciones comunes subrayan las *rupturas* de Lenin con

Para Lenin, sostiene Lih, es esencial una síntesis democrático-revolucionaria impulsada por las luchas y la conciencia de los propios trabajadores, lo que potenciaría a la clase obrera de una manera que culminaría en el triunfo del socialismo.

quienes le precedieron, con quienes le rodeaban y con sus propios camaradas bolcheviques. Algunos afirman que en varios momentos incluso se distanció de sus propios puntos de vista anteriores.

Lih, en cambio, hace hincapié en las *continuidades*, oponiéndose muy eficazmente a las múltiples capas de supuesta discontinuidad asociadas al *¿Qué hacer?* (1902). No son pocos quienes lo han calificado de documento elitista, que rompe con los compromisos democráticos de Marx y con su fe en las capacidades revolucionarias de la clase obrera. Y hay quienes alegan que el ascenso obrero de 1905 hizo que Lenin cambiara de opinión al respecto. Por el contrario, la investigación histórica de Lih demuestra el profundo compromiso del texto de Lenin —en cuanto al funcionamiento organizativo, la estrategia revolucionaria y

los objetivos sociopolíticos— con la democracia. También el hecho de que el texto está saturado de fe en las capacidades revolucionarias de los obreros. Lih insiste en que Lenin nunca abandonó esta orientación, aunque esta se haya visto severamente golpeada en sus últimos años, entre 1918 y 1924.

Para Lenin, sostiene Lih, es esencial una síntesis democrático-revolucionaria impulsada por las luchas y la conciencia de los propios trabajadores, lo que potenciaría a la clase obrera de una manera que culminaría en el triunfo del socialismo. Esto lo absorbió de Marx y Engels, pero también del principal teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, Karl Kautsky. Por supuesto, el leninismo se definiría célebremente como una ruptura con «el renegado Kautsky», pero —como documenta

→



exhaustivamente Lih— esto ocurrió solo después de dos décadas de camaradería teórica. Fue Kautsky, y no Lenin, quien rompió con el compromiso revolucionario compartido.

Lih reconoce la ruptura de Lenin con Kautsky en el momento de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, parece pasar por alto el hecho de que, previamente, el marxismo de cada uno de ellos se había visto influido por contextos bastante diferentes, lo que hizo que ambos se diferenciaron. La dinámica del movimiento obrero en Alemania era distinta a la del de Rusia, y el papel que Lenin desempeñaba en su propio partido —en contraste con el rol de Kautsky en el suyo— empujaba sus conceptualizaciones hacia sendas también diferentes. Kautsky se vio obligado a adaptarse a la dirección cada vez más reformista de la socialdemocracia alemana, mientras que Lenin pasó a ser una figura revolucionaria en la dirección de la socialdemocracia rusa. Lenin y sus camaradas bolcheviques creyeron inicialmente que estaban creando una variante rusa de la socialdemocracia alemana, pero resultó que estaban creando un tipo diferente de partido (al igual que el marxismo de Lenin resultó ser diferente del de Kautsky).

Una particularidad similar aparece en la forma en que Lih trata la orientación organizativa de Lenin en relación con sus adversarios fraccionales dentro del POSDR, los mencheviques. Lih insiste en un punto que el propio Lenin había enfatizado una y otra vez hasta 1917: que su meta no era un «partido de nuevo tipo» bolchevique (como diría la mitología stalinista) sino uno democráticamente centralizado que incluyera

tanto a bolcheviques como a mencheviques. Sin embargo, la mayoría de los historiadores coinciden en que el partido bolchevique de pleno derecho se creó en una conferencia celebrada en Praga en 1912. Lih argumentó que ello no fue así y que Lenin y sus camaradas bolcheviques crearon una estructura de partido que acogía a los mencheviques (o al menos a los «mencheviques de partido» reunidos en torno a Gueorgui Plejánov, antiguo mentor de Lenin).

El problema con esto es que los mencheviques alrededor de Plejánov (con un par de excepciones efímeras) no aceptaron el convite. La versión del POSDR que Lenin y sus camaradas forjaron en Praga tenía una dirección, una estructura y un programa bolcheviques, y los no bolcheviques del POSDR (Plejánov incluido) se negaron a aceptarlo. Sin embargo, este sector fue capaz de crecer y convertirse en una fuerza hegemónica en el movimiento obrero ruso de 1912 a 1914 y, tras una feroz represión en tiempos de guerra, de nuevo en 1917. En ese momento, muchos no bolcheviques —no solo Trotsky, sino un número significativo de mencheviques— se pasaron a la versión bolchevique del POSDR (algunos anticiparon vanamente que incluso Márto se uniría). La espectacular expansión de la influencia bolchevique culminó en la Revolución de Octubre de 1917.

La confusa mezcla de continuidades y rupturas es una muestra de lo que ha ocurrido en la historia. Y tanto unas como otras son relevantes para la lucha por un futuro socialista. Esto se hace evidente cuando dirigimos nuestra atención a otra controversia de la que Lih fue protagonista: la cuestión de si las famosas

Tesis de abril de Lenin de 1917 representaron una «ruptura» necesaria respecto de las perspectivas anteriores del Partido Bolchevique. Aquí, una inmersión más profunda en las circunstancias históricas resultará útil.

Ambigüedades de la revolución democrática

Las contribuciones de Lenin evolucionaron a través de la interacción con otros, como parte de un proceso colectivo revolucionario. Algunas de las ideas presumiblemente distintivas asociadas con el «leninismo» fueron compartidas con Karl Marx, Gueorgui Plejánov, Pavel Axelrod, Vera Zasulich, Karl Kautsky, Yuli Márto, Alexander Bogdanov, Rosa Luxemburg, León Trotsky, Nikolái Bujarin, Grigory Zinoviev, Lev Kámenev, Nadezhda Krupskaya y muchos más. Este proceso colectivo es indisoluble de lo que actualmente se conoce con el nombre de leninismo.

Sin embargo, no todo fue color de rosa. Hubo muchos desacuerdos, discusiones y debates sobre perspectivas opuestas. Lih y muchos otros señalan claramente la importante ruptura política entre las facciones bolchevique y menchevique en el POSDR en 1904-1905, que fue mucho más allá de la feroz disputa organizativa que creó las facciones en 1903. Un texto clave que Lenin escribió en este periodo fue el libro polémico *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905). La palabra «táctica» aquí en realidad equivalía a lo que más tarde se entendería como orientación estratégica. Abordaba lo que



se convertiría en la diferencia política central entre bolcheviques y mencheviques.

En Rusia era necesario que la relativamente pequeña clase obrera se aliara con otras fuerzas en la lucha por derrocar a la autocracia zarista. Los mencheviques vieron un obvio aliado principal en los

liberales democráticos asociados a la clase capitalista. Los bolcheviques buscaron una alianza con el vasto campesinado. Los mencheviques creían que los campesinos eran demasiado atrasados para ser aliados confiables y los bolcheviques creían que los capitalistas eran demasiado hostiles a los derechos de la clase

obrero, demasiado temerosos respecto de la insurgencia de masas y demasiado proclives a pactar con élites autoritarias como para ser socios de confianza.

Lenin sostenía que una victoria decisiva sobre el zarismo requeriría una alianza obrero-campesina para avanzar hacia un resultado democrático más completo. «Solo el proletariado puede ser un luchador consecuente por la democracia», escribió. «Puede convertirse en un luchador victorioso por la democracia solo si las masas campesinas se unen a su lucha revolucionaria». La victoria debía culminar en una *dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado* para vencer «la resistencia desesperada de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo», insistió Lenin. «Sin una dictadura es imposible romper esa resistencia y rechazar los intentos contrarrevolucionarios».

El programa por la positiva de esta dictadura democrática es «llevar a una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar un democratismo consecuente y completo, hasta llegar a la república, desarraigar no solo de la vida del campo, sino también del régimen de la fábrica, todos los rasgos asiáticos de servidumbre, iniciar un mejoramiento serio en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida, y finalmente, *last but not least*, hacer que la hoguera revolucionaria prenda en Europa».

Esta propagación de la «hoguera revolucionaria» a Europa, especulaba Lenin, podría generar revoluciones socialistas en los países industriales avanzados, las cuales, a su vez, podrían crear regímenes

→



obreros socialistas que ayudarían a la clase obrera rusa a avanzar hacia su propia transformación socialista. El destacado menchevique Raphael Abramovitch acusó comprensiblemente a Lenin de querer «una revolución burguesa sin la burguesía».

Lo que Lenin decía encerraba una auténtica ambigüedad. «Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa», subrayó en *Dos tácticas*. Esto significaba «que las reformas democráticas en el sistema político y las reformas sociales y económicas, que se han convertido en una necesidad para Rusia, no implican en sí mismas el socavamiento del capitalismo, el socavamiento del dominio burgués». Por el contrario, estos cambios «despejarán realmente el terreno para un amplio y rápido desarrollo, europeo y no asiático, del capitalismo; harán posible, por primera vez, que la burguesía gobierne como clase».

Sin embargo, otros pasajes del mismo panfleto implican ir mucho más allá. Más tarde ese mismo año, Lenin pareció explicitar hasta qué punto: «De la revolución democrática pasaremos en seguida, y justamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado clasista y organizado, a la revolución socialista. Defendemos la revolución ininterrumpida. No debemos detenernos a mitad de camino».

Puede que esta ambigüedad indique una incertidumbre en el pensamiento de Lenin, o quizá su apertura y flexibilidad características. Lo cierto es que sugiere la existencia de un poderoso impulso subyacente en su pensamiento, que resurgió y se hizo dominante en 1917, alimentando una disputa entre los propios bolcheviques en ese año revolucionario.

Para Lenin, sostiene Lih, es esencial una síntesis democrático-revolucionaria impulsada por las luchas y la conciencia de los propios trabajadores, lo que potenciaría a la clase obrera de una manera que culminaría en el triunfo del socialismo.

El viejo bolchevismo y la dialéctica de la revolución

«Viejo bolchevismo» es el término que suele asociarse a la perspectiva esbozada en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Lih defiende la continuidad: los «viejos bolcheviques» como Lev Kámenev estaban proporcionando una excelente dirección revolucionaria siguiendo los preceptos de *Dos Tácticas*. Lenin, de regreso a Rusia tras el derrocamiento revolucionario del zar, estaba desorientado y confuso. Aunque se peleó con Kámenev y otros dirigentes bolcheviques, pronto quedó claro que todos estaban en sintonía: la página del «viejo bolchevismo» que había guiado a los camaradas desde 1905. Y así, los camaradas unidos siguieron adelante para hacer la Revolución Bolchevique.

En contraste con esto, se puede argumentar que lo que sucedió fue

en realidad una mezcla más desordenada de continuidades y rupturas.

Antes de su regreso, Lenin ya había escrito a los camaradas dirigentes que estaban presentes en el lugar con sus desacuerdos, y estos se aclararon aún más después de que presentara en reuniones de camaradas sus *Tesis de abril*. Allí afirmaba: «La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la *primera etapa* de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía (...), a su *segunda etapa*, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado». Denunciaba la «confianza inconsciente» en el Gobierno Provisional, al que calificaba de «gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo». En su lugar, insistían las tesis, los soviets (consejos democráticos) de diputados obreros, trabajadores agrícolas y campesinos —que representaban a las fuerzas que habían derrocado

realmente al zar— «son la *única forma posible* de gobierno revolucionario». No debe haber una república parlamentaria, sino una república de soviets «en todo el país, de abajo arriba».

Las tesis abogaban por la abolición de la policía, del ejército y de la burocracia; Lenin creía que los obreros y campesinos organizados debían asumir las funciones de estas entidades, con «cargos todos ellos electivos y desplazables en cualquier momento, con salarios que no excedan el de un obrero competente». Las tesis también enfatizaban que «no es nuestra tarea *inmediata* ‘introducir’ el socialismo, sino solo poner de una vez la producción social y la distribución de los productos bajo el *control* de los Soviets de Diputados Obreros».

Parecía que la opción de Lenin de 1905 de la «revolución ininterrumpida» (de la revolución democrático-burguesa a la proletaria-socialista) estaba ahora sobre la mesa. Según Krupskaya, las camaradas habían quedado «algo desconcertados por el momento». «Muchos de ellos pensaron que Ilich estaba presentando el caso de una manera demasiado tajante, y que era demasiado pronto aún para hablar de una revolución socialista». Las mismas *Tesis de abril* fueron compartidas en una reunión conjunta de bolcheviques y mencheviques, y causaron un gran revuelo. Lenin fue acusado de levantar «la bandera de la guerra civil entre los demócratas revolucionarios». Alexandra Kollontai «defendió calurosamente las tesis de Lenin», pero otros bolcheviques presentes no se mostraron dispuestos a hacerlo. Era obvio que las tesis significarían una ruptura brusca con muchos de

los mencheviques y socialistas-revolucionarios con los que los bolcheviques habían estado trabajando.

Entre los bolcheviques había un acuerdo general con la orientación de 1905: una alianza obrero-campesina para impulsar una revolución democrática a fondo (contra la resistencia de los capitalistas y los grandes terratenientes). También había acuerdo sobre la necesidad de una «dictadura democrática del proletariado y el campesinado» para sustituir a cualquier régimen vacilante de conservadores moderados y liberales.

«La definición bolchevique de la revolución rusa distaba mucho de ser una aplicación directa del marco binario marxista tradicional», como ha subrayado perspicazmente Lars Lih. «Cuando hablaban de la revolución democrático-burguesa, los bolcheviques ponían mucho énfasis en ‘democrática’, apuntando a una democracia de tipo radical». Pero, ¿cómo de radical? El empuje de la «revolución ininterrumpida» de la nueva posición de Lenin (solo insinuada a finales de 1905), amenazaba con alienar a los socios del frente unido entre los mencheviques y los eseristas. Kámenev no era el único bolchevique que no estaba dispuesto a ello: el aislamiento bolchevique parecía una receta para el desastre. Pero Lenin lo veía de otra manera: «Todos los oprimidos vendrán a nosotros, porque el [horrible impacto de la Primera Guerra Mundial] los traerá a nosotros. No tienen otra salida».

«Una lucha comenzó dentro de la organización bolchevique», escribió Krupskaya. «No duró mucho». En abril se celebró una conferencia de los bolcheviques de todo Petrogrado, en la que se ratificó la posición de Lenin tras extensas

discusiones y debates. El considerable terreno común compartido por quienes debatían la cuestión facilitó la victoria de Lenin entre sus camaradas bolcheviques. Pero hubo otro factor importante que preservó la unidad: Lenin insistió en que lo que proponían sus *Tesis de abril* no podía aplicarse hasta que la mayoría en los soviets estuviera de acuerdo. Debía existir un acuerdo mayoritario dentro de la clase obrera para la exigencia de «todo el poder a los soviets». Esto hablaba de la preocupación bolchevique respecto de un posible aislamiento.

En medio del dinamismo de 1917, la suerte de los bolcheviques subió, cayó en picada y luego se disparó. En octubre, la mayoría de la clase obrera abrazaba la idea de «todo el poder a los soviets». Y los bolcheviques se movilizaron para que así fuera.

¿Democrática o socialista?

Algunas de las conceptualizaciones de Lih han sido respaldadas por el académico-militante Eric Blanc, quien tuvo contribuciones valiosas aunque a veces también (en mi opinión) desacertadas. Al cuestionar la noción predominante de que con las *Tesis de abril* Lenin estaba reorientando (o «rearmando») al partido bolchevique, Lih y Blanc discrepan de la opinión de Krupskaya de que en las tesis Lenin estaba «hablando de una revolución socialista».

Ellos insisten en que la línea de la *revolución democrática* de 1905 siguió siendo la orientación bolchevique a lo largo de 1917. Lars y Eric a veces parecen divergir un poco: Lih presenta la posición de Lenin





como un malentendido que pronto se corrigió, mientras que Blanc se inclina a pensar que Lenin *se estaba* desviando del «viejo bolchevismo» pero que los bolcheviques sobre el terreno no se sumaron a su posición en el conjunto del Imperio ruso. Sin embargo, el resultado final es el mismo para ambos: en octubre de 1917, los bolcheviques pretendían completar la revolución democrática y no lanzar una revolución socialista.

Ambos parecen pasar por alto el carácter ininterrumpido de lo que estaba ocurriendo. Lo que vemos en octubre de 1917 es una mezcla de revolución democrática y de revolución socialista.

A lo largo de las últimas seis décadas, investigadores expertos han realizado una gran cantidad de estudios sobre este tema. Pero se puede obtener una visión similar por parte de periodistas estadounidenses capaces y bien informados (aunque bastante diferentes) que observaron los acontecimientos hace un siglo: Isaac Don Levine y John Reed. Levine era un inmigrante de Rusia, con un profundo conocimiento de su tierra natal y de su diverso movimiento revolucionario. Simpatizante del socialista moderado Alexander Kerensky, se inclinaba por ser muy crítico con Lenin y los bolcheviques, convirtiéndose más tarde en un destacado anticomunista. Por el contrario, Reed nació y creció en Estados Unidos, se graduó en Harvard y se identificó con el ala izquierda del Partido Socialista de América, sintiéndose tan atraído por Lenin y los bolcheviques que pronto se uniría al movimiento comunista, antes de su trágica y prematura muerte.

Los reportajes que Levine publicó en 1917 para el *New York Tribune*

Las contribuciones de Lenin evolucionaron a través de la interacción con otros, como parte de un proceso colectivo revolucionario.

se reunieron en un volumen hoy poco conocido titulado *The Russian Revolution*, editado en junio de ese año, después de la Revolución de Febrero que derrocó al zar pero antes del ascenso bolchevique que culminó en la Revolución de Octubre.

Las observaciones de Levine sobre la Revolución de Febrero son reveladoras. Mientras que los políticos dominantes en el parlamento zarista, la Duma, se replegaban atemorizados (con el destacado liberal Pavel Miliukov prediciendo que «la revolución sería aplastada en quince minutos» por las tropas zaristas), «los líderes de los elementos socialistas, revolucionarios y obreros se organizaron para un ataque general (...) contra el viejo régimen». Formando consejos de activismo democrático (soviets), movilizaron

a un ejército revolucionario compuesto por soldados, estudiantes armados y obreros. Las banderas rojas ahora ondeaban en el aire por todas partes y, cantando canciones de libertad y revolución, las masas continuaron

su lucha victoriosa. Los líderes del movimiento requisaron todos los carros que pudieron conseguir, los armaron con ametralladoras y equipos de artillería y los pusieron a recorrer la ciudad para acorralar a los agentes del Gobierno.

Al cuarto día de la insurrección, las tropas desobedecían las órdenes de los oficiales zaristas, se unían abiertamente y en masa a los obreros, disparaban contra las comisarías y ayudaban a liberar a todos los presos políticos. La autocracia zarista se derrumbó. La revolución triunfó. Los políticos liberales y conservadores tradicionales, con el apoyo de los socialistas moderados, compusieron apresuradamente un Gobierno Provisional, pero su poder era limitado. «Fueron los obreros y los soldados quienes realmente lucharon y derramaron su sangre por la libertad de Rusia. La Duma tomó cartas en el asunto solo después de que la revolución hubiera logrado su principal éxito», informó Levine.

«El abismo entre el Gobierno Provisional y el Consejo de

Diputados es tan grande como entre el Gobierno de Estados Unidos y el socialismo», explicó Levine a sus lectores. «Solo una convulsión como la revolución podría haber salvado este abismo entre los dos extremos». Mientras que el Gobierno Provisional «representa (...) los negocios y el comercio — señaló —, el objetivo último del Consejo de Trabajadores es la revolución social. Para lograr esta revolución es necesario destronar primero a los políticos autócratas, dicen. Luego el sistema capitalista debe ser atacado por las clases trabajadoras de todas las naciones como su enemigo común».

Es necesario subrayar que este no se trata de un relato leninista. Es una descripción de la situación sobre el terreno varios meses antes de que los bolcheviques se abrieran camino hacia el liderazgo en los soviets. De hecho, nos ayuda a entender cómo y por qué ocurrió eso. Y la perspectiva predominante que Levine describe como existente entre los obreros insurgentes parece encajar con la orientación de las *Tesis de abril* de Lenin.

Los seis meses que van de abril a octubre estuvieron plagados de complejidades y fluctuaciones dramáticas, pero el resultado se resumió acertadamente en el clásico de John Reed *Diez días que estremecieron al mundo* (1919):

Los bolcheviques no conquistaron el poder mediante el compromiso con las clases acomodadas o con otros dirigentes políticos, ni mediante la conciliación con el viejo mecanismo gubernamental. Tampoco mediante la violencia organizada de una pequeña camarilla. Si las masas de toda Rusia no hubieran

estado preparadas para la insurrección, esta habría fracasado. La única razón del éxito bolchevique residió en que cumplieron los vastos y sencillos deseos de las capas más profundas del pueblo, llamándolas al trabajo de derribar y destruir lo viejo para después, entre el humo de las ruinas que caían, cooperar con ellas para erigir el armazón de lo nuevo.

Revolución democrática y socialista

A la mañana siguiente de la toma del poder por los bolcheviques, Lenin —hablando en nombre del nuevo gobierno revolucionario— proclamó: «¡Camaradas, trabajadores! Recuerden que ahora son ustedes mismos quienes llevan el timón del Estado. Nadie los ayudará si ustedes mismos no se unen y toman en sus manos *todos los asuntos* del Estado. *Sus* soviets son desde ahora los órganos de la autoridad del Estado, órganos legislativos con plenos poderes».

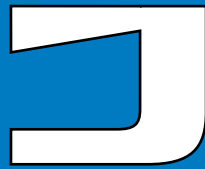
Esta visión ultrademocrática incorporaba el compromiso explícito de avanzar hacia el socialismo, en Rusia y en el mundo: «Gradualmente, con el consentimiento y la aprobación de la mayoría de los campesinos, de acuerdo con su experiencia práctica y la de los trabajadores, avanzaremos firme e inquebrantablemente hacia la victoria del socialismo, una victoria que será sellada por los trabajadores avanzados de los países más civilizados, traerá a los pueblos una paz duradera y los liberará de toda opresión y explotación».

Aquí hay continuidades y rupturas. La perspectiva a la que Lenin da voz se basa ciertamente en el «viejo bolchevismo», pero también va mucho más allá, acorde con el espíritu de la revolución ininterrumpida. Vale la pena prestar atención a las formulaciones clave en este pasaje de la proclamación de Lenin. No está proclamando la existencia del socialismo en Rusia sino que está diciendo:

- el socialismo depende de que el pueblo trabajador ruso tome el poder en sus propias manos;
- el socialismo se hará realidad gradualmente;
- el socialismo debe realizarse con el consentimiento y la aprobación de la mayoría de los campesinos;
- el socialismo debe surgir de la experiencia práctica de los obreros y campesinos;
- el socialismo debe ser refrendado por los trabajadores avanzados de los países más modernizados e industrializados (a través de sus propias revoluciones socialistas).

Esto claramente no proyecta la creación inmediata de una Rusia socialista. Tampoco prevé el objetivo de permitir que «la burguesía gobierne como clase». Más bien supone un flujo de la revolución democrática a la socialista. «Defendemos la revolución ininterrumpida», como había dicho Lenin una docena de años atrás. «No nos detendremos a mitad de camino». Es en ese sentido que octubre de 1917 fue una revolución socialista.

Esto clarifica lo que Lenin y sus camaradas creían estar consiguiendo en 1917. También, probablemente, aporte ideas valiosas para luchas futuras. ×



«No sé dónde empieza Lenny
y termina Carl»

— Lenny Leonard, *Los Simpsons*

ISSN: 2718-6466

